



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Ital 506.546.40

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

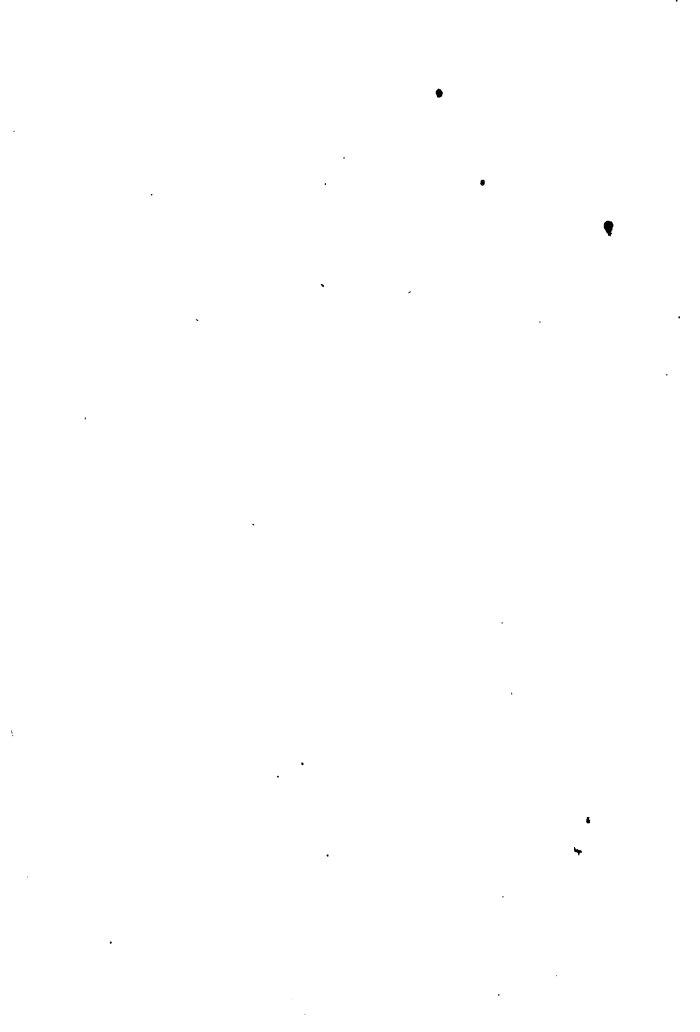


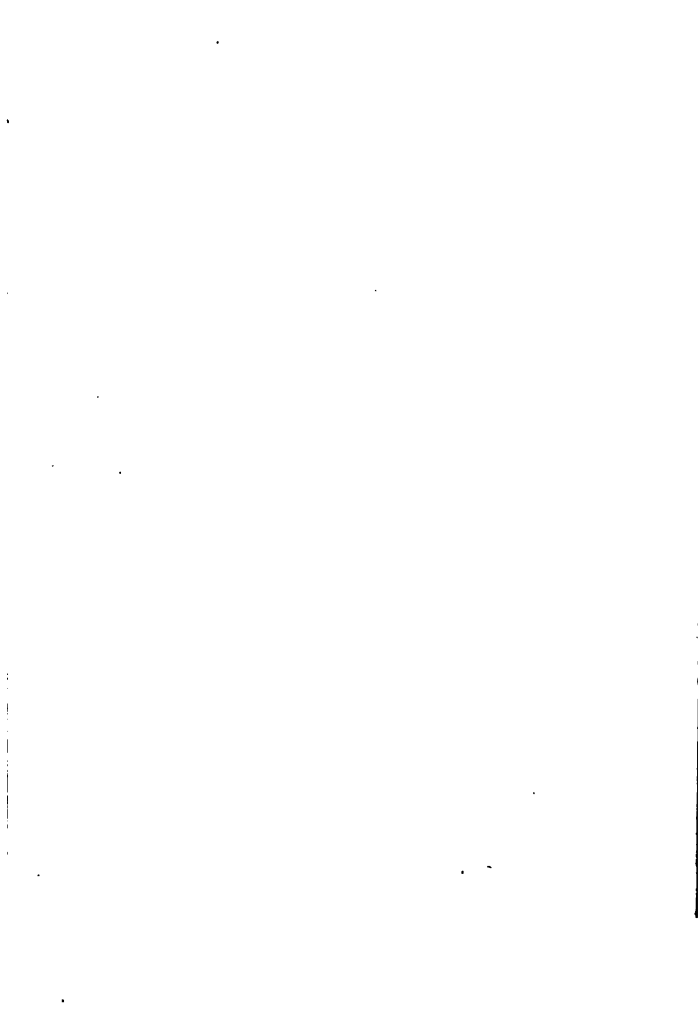
FROM THE LIBRARY OF
JEAN SANCHEZ ABREU

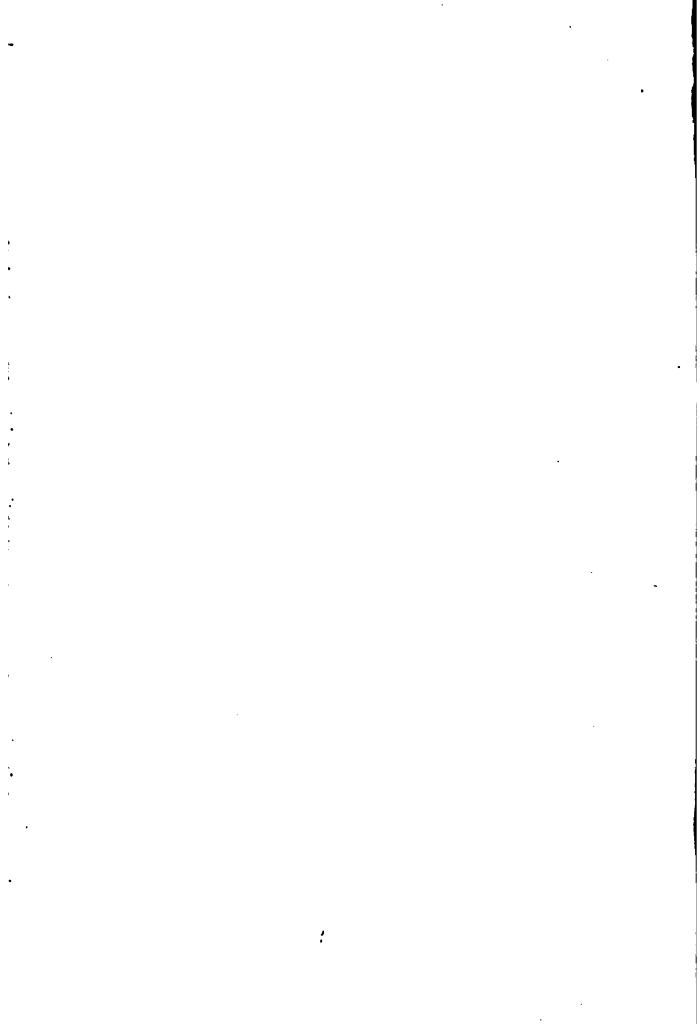
(CLASS OF 1914)

September 14, 1918









Sta. 1876
JOSÉ MAZZINI

ENSAYO HISTÓRICO

SOBRE EL MOVIMIENTO POLÍTICO EN ITALIA

por

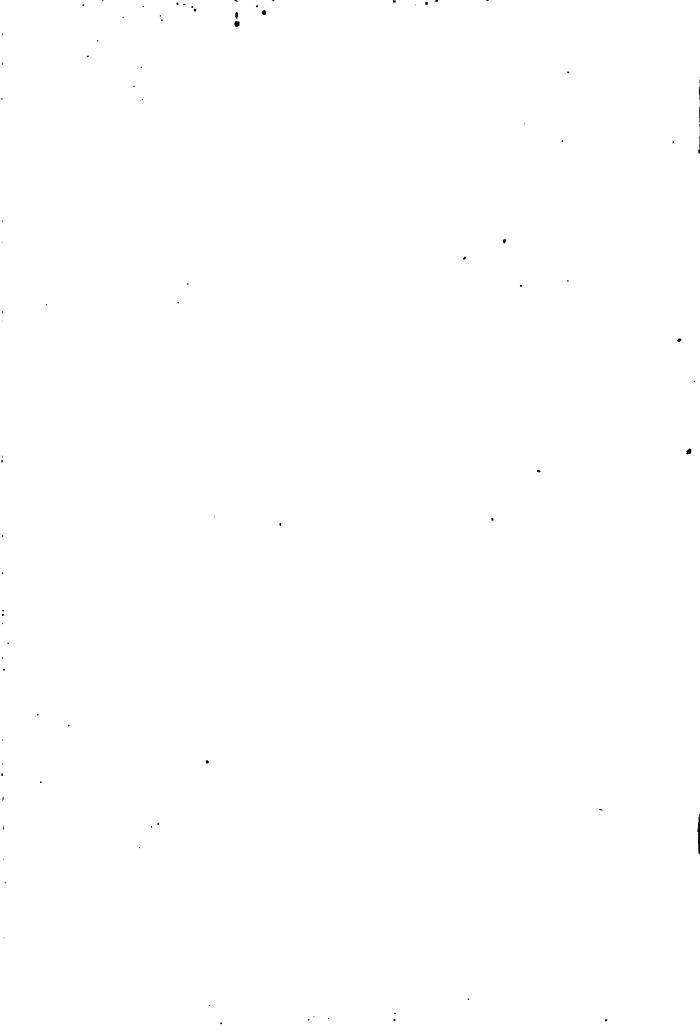
D. NICOLÁS DÍAZ Y PEREZ

con un prólogo

POR D. FRANCISCO PI Y MARGALL.

Precio: 4 reales.

MADRID: 1876.
IMPRENTA, CALLE DEL PEZ, 6, PRINCIPAL.



JOSÉ MAZZINI

ENSAYO HISTÓRICO

SOBRE EL MOVIMIENTO POLÍTICO EN ITALIA

por

D. NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

con un prólogo

POR D. FRANCISCO PI Y MARGALL.

Segunda edición.

MADRID: 1876.

IMPRENTA, CALLE DEL PEZ, 6, PRINCIPAL.

I 101 653.25

HARVARD COLLEGE LIBRARY

FROM THE LIBRARY OF

JEAN SANCHEZ-ABREU

SEPT. 14. 1918

^{TO}
Esta obra es propiedad
de su autor. Queda hecha
reserva y ~~se~~ ^{se} ~~conservan~~ ^{conservan} los ejempla-
res en el ministerio de Fo-
mento, para los efectos de
la ley del 10 de Junio de
1847.

DEDICATORIA

SR. D. JOAQUIN BAÑON.

Mi distinguido amigo: Cuando en 1859 me encontraba preso en la cárcel de Trujillo, leí el siempre célebre discurso de mi amigo D. Emilio Castelar, sobre la unidad italiana, que tantas felicitaciones le valiera por parte de los hombres que de antiguo militaban en el viejo partido democrático.

Aquel escrito y la epopeya gloriosa de los héroes de Sicilia que mandaba el ilustre Garibaldi, despertó en mí vivos deseos por conocer la historia de un pueblo desgraciado, que, presa de los tiranos, dividido y fraccionado por los príncipes de Italia, subyugado también por diez y nueve siglos al poder de los Papas, ha venido luchando, año en pos de año, por redimir su triste suerte y conseguir su unidad bajo la bandera

que permitia escribir como lema de sus principios: La Italia una, desde los Alpes hasta el Adriático, obra inmortal que habian soñado todos los grandes genios y habian cantado los poetas de todas las edades.

Y en medio de la gloriosa campaña que los principios democráticos habian sostenido en Italia; en esa lucha sin tregua que ha venido dándose entre la libertad y la tiranía, aparece un genio coronando la gloriosa epopeya del pueblo de Dante y de Petrarca.

Este hombre es José Mazzini, el apóstol de la libertad, el campeón de la democracia, el nuevo Rienzi que ha hecho cien veces temblar á todos los tiranos de la tierra. Mazzini llama al pueblo y el pueblo le rodea y le declara su jefe; busca tambien al brazo fuerte de la revolucion, á José Garibaldi; otro genio, soldado valiente, capitán entendido, general del pueblo, que guió cien veces las huestes liberales á la victoria, desde las costas de Sicilia hasta los muros de Gaeta, viendo caer á sus piés cien tronos seculares que habia bendecido el Papa mil veces desde los balcones del Vaticano, coronando así el triunfo de la gloriosa revolucion de 1859.

Mazzini ha muerto poco há: el 23 de Febrero de 1872.

Garibaldi, el vencido en Aspromonte, está tambien á bajar al sepulcro.

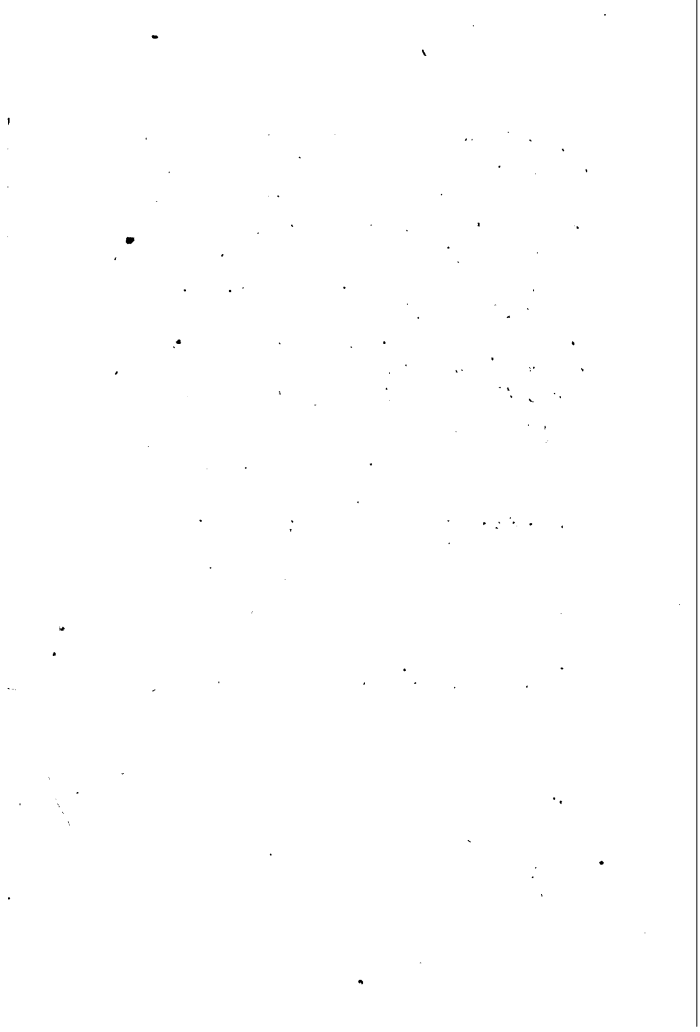
▼

Respetemos al encanecido prisionero de Caprera, y hoy que el héroe de la libertad de Italia no existe, quiero escribir este libro á su memoria, para enseñanza del pueblo, y que el ejemplo que nos ofreció en vida el ilustre italiano sea imitado por todo buen ciudadano.

A Vd., amigo mio, que viene consagrando sus tareas constantes á la defensa de las ideas liberales y á la propaganda de la democracia, dedico este libro, como justo tributo de admiracion y de cordial amistad.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

Madrid 10 de Enero de 1876.



PRÓLOGO.

Cuando tan rebajados están los caracteres, tan poco firmes las conciencias, tan prepotente el egoísmo, conviene recordar á los hombres que se han distinguido por la fortaleza de sus almas.

Mazzini fué en realidad todo un carácter. Después de haber ensayado sus fuerzas en una revolución literaria, las consagró á la revolución política, y nada bastó á detenerle: ni las acerbos censuras de sus compatriotas, ni las maldiciones del mundo, ni el destierro, ni la cárcel, ni las sentencias de muerte. Carbonario, triunfador, proscrito, no dejó nunca de sostener sus principios ni de agitar las naciones de Europa en favor de su patria. Realizaron otros su pensamiento; pero él fué quien lo comunicó á los doctos, lo difundió por las muchedumbres, y á fuerza de sentirlo y hacerlo sentir, lo arraigó en el corazón de los pueblos.

Desde la caída del imperio de Oriente, Italia vivía desunida y hecha pedazos, ya por la rivalidad de sus ciudades, ya por la ambición de los príncipes. Campo de batalla y objeto de codicia para invasores y reyes, había

sido contados los días de su libertad, largos los de su servidumbre. Aun en el presente siglo, no hace todavía veinte años, gemían dos de sus provincias bajo extranjero yugo. Imperaban en ellas tres casas reales además de los Pontífices: la casa de Este, la de Borbon y la de Saboya. Mazzini se propuso reconstituirla haciéndola á la vez una, independiente y libre. Otros antes que él habían concebido el mismo pensamiento. Mazzini puso toda su inteligencia, toda su voluntad, toda su energía en llevarlo á cabo.

Era Mazzini republicano y demócrata; pero subordinaba todas sus aspiraciones políticas á la de restaurar la nacionalidad de Italia. Así, aunque anhelaba ardientemente ver á su patria apiñada en torno de Roma y regida por los antiguos cónsules, no vacilaba en alentar hoy á los papas, inducir á los reyes á que se pusieran á la cabeza del movimiento que tanto deseaba, y librando á Italia de extraños poderes y de extrañas gentes, la sometiesen á una sola ley y á un solo gobierno.

Querían otros la federación para Italia, no Mazzini. No veía en una federación bastante fuerza; ni para arrojar al Austria de Lombardía y Venecia, ni para mantener contra los rencores ni las concupiscencias de Europa, la integridad del territorio, ni para poner á remolque de Italia á los pueblos latinos, secreto deseo de muchos de sus compatriotas. Como los jacobinos franceses, quería constituir una nación fuerte y poderosa cuya espada bastara á inclinar del lado que ella quisiera la balanza de los destinos de Europa.

Y así estaba sin embargo en un error.

La unidad no excluye la variedad. Las naciones, no porque sean un conjunto de pueblos confederados, dejan de ser naciones. Las une y los da fuerza la identidad de raza, de lengua, de intereses, que es el mayor de los vínculos. Su dificultad estaba aquí, en lograr que los italianos todos reconociesen en Italia su común patria. Sentida la necesidad de redimirla y sostenerla, confederados ó unidos, habrían acudido todos al combate y organizado ejércitos que le sirviesen de escudo. ¿Estaba de Dios que volviese Italia á regir el mundo? No porque viviese bajo una Constitucion federal; le habian de faltar medios de regirlo. Federal es la república de Washington, é influye cada dia mas en los negocios de América. Ella es la que hizo imposible el imperio en Méjico; ella la que arregló nuestras diferencias con las naciones del Pacífico; ella la que hará romper en aquel vasto continente las cadenas del último esclavo. No preponderan unos pueblos sobre otros solo por la fuerza de las armas. Preponderan principalmente por tener una idea, una política, un fin de que los demás carecen. A Monroe, mas que á sus soldados y á sus escuadras, deben los Estados-Unidos su prepotencia.

Se tiene, desgraciadamente, á la federacion un miedo que nada legitima. La federacion, es la forma política mas aplicable á la organizacion de los distintos grupos en que está dividida la gran familia humana. Sin menoscabar la autonomía de que ayer gozasen, puede, con la misma facilidad, reunir los pueblos en provincias que las provincias en na-

ciones, agrupar las naciones mismas, dar unidad y vida á la humanidad entera. Aun dentro de una nación puede armonizar los mil y un antagonismos que la perturban, y multiplicar la actividad y la fuerza de los diversos organismos á que da origen la división del trabajo. Tienden irresistiblemente las demás formas de gobierno á destruir y refundir en una sola masa los grupos á que se les aplica; solo la federación los une sin quitarles la fisonomía que los distingue, ni la manera de ser que les es propia. Deslinda los intereses locales de los provinciales, los provinciales de los nacionales, los nacionales de los continentales, los continentales de los humanos; y deja que cada grupo gire libremente dentro de la órbita de sus intereses. Deja con igual libertad al individuo, dentro de los vastos límites del pensamiento.

No se me arguya con el ejemplo de lo que el año 1873 ha ocurrido en España. Se proclamó entonces la república federal; no se la organizó ni se llegó á discutir sus bases. Hubo un mero aborto de federación: el cantonalismo. Mas aun cuando se la hubiese aplicado y hubiese salido mal el ensayo, ¿qué probará nunca contra la bondad ni la virtud de una idea la incapacidad de unos pocos hombres para realizarla? Cien veces han sucumbido hombres y pueblos en el establecimiento de los principios liberales: la libertad sigue siendo una de las grandes ideas humanas y el desideratum de las generaciones que van entrando sucesivamente en el teatro de la vida.

Sucede respecto á la federación una cosa

verdaderamente anómala. Nadie pone en duda la autonomía de las naciones. Nadie reconoce en ninguna el derecho de inmiscuirse en los negocios de las otras. Nadie niega la conveniencia y aun la necesidad de que se confederasen por de pronto las de Europa, y en uno como consejo de anfictiones se deliberase sobre los intereses que les fueran comunes y se resolviesen los conflictos que ahora decide la fuerza de las armas. Consideraría todo el mundo como el mayor de los progresos que se extendiese la confederación á todos los pueblos de la tierra. No habéis á nadie en cambio de ponerlos á todos bajo el centro de un emperador, ni aun bajo la autoridad de un Senado ó de Cónsules como los de la antigua Roma: protesta la conciencia universal contra esa fusión de naciones en una, sueño que tuvieron y realizaron hasta donde pudieron, genios como Alejandro, Carlomagno, Hildebrando, Napoleón.

Es ya, por otra parte, inmenso el número de los que reconocen la autonomía del individuo y le creen por derecho de naturaleza absolutamente libre en las manifestaciones de su pensamiento y su conciencia. No se le considera ya, como en las antiguas repúblicas, un simple miembro del Estado: es además á los ojos de todos una personalidad, un hombre. No se quiere que el Estado le mantenga, le eduque, le instruya, le modele á su imagen y semejanza, le sacrifique, le absorba; se pretende, por lo contrario, que viva y se desarrolle el individuo en el seno de la familia y haya en cada Estado la mayor variedad posible de caracteres, de ideas, de tendencias,

para que no se estanquen los pueblos y sea cada día mas rápido el movimiento progresivo de la especie humana.

¿Por qué no se ha de reconocer igualmente la autonomía de los municipios y la de las provincias que ayer fueron naciones? Entre los organismos políticos, el municipio es el mas natural, el mas sencillo, el mas comprensible, el que todo hombre acepta con amor ó por lo menos sin violencia. Fué nuestra cuna y será probablemente nuestro sepulcro. En él tenemos de ordinario á nuestros padres y maestros, en él se desarrollaron nuestras primeras afecciones; con él hallamos enlazados nuestros mas dulces recuerdos. En él, por decirlo así, sentimos y palpamos la idea de la patria. La patria, la nación, el Estado, es por de pronto el pueblo donde está nuestro hogar, nuestro campo, nuestra industria, nuestra vida: para los mas de los hombres no deja de serlo nunca. ¿Es posible que á una agrupacion tan real, tan espontánea neguemos la autonomía que no vacilamos en conceder á agrupaciones hijas casi siempre de la violencia? ¿Que no lo consideremos una personalidad y no le reconozcamos el derecho de moverse libremente dentro de la esfera de accion que le trazan las necesidades y las condiciones de su vida? ¿Que le queramos eternamente sometido á la tutela del Estado? ¿Que no veamos que si la nación es soberana dentro del círculo de los intereses nacionales, debe serlo con mas razon el municipio dentro del círculo de los intereses locales?

No doy, ni he dado jamás importancia ni

realidad alguna á las provincias de que hoy se componen las mas de las naciones. Grupos meramente administrativos; y como tales arbitrarios, no puedo ni he podido jamás considerarlos como entidades políticas. Pero ha habido en casi todos los pueblos de Europa, principalmente en Alemania, en Italia, en Francia, en España, grupos de muy distinta índole. Se han formado dentro del territorio que aquellos comprenden, pequeñas naciones, ya monarquías, ya repúblicas, que han gozado por largos siglos de vida propia, dejando no pocos en la historia, una larga y luminosa huella. Algunas, rebosando de actividad y fuerza, no han podido contenerse dentro de sus fronteras, y han llegado á dominar extrañas gentes. Aunque mas tarde, embebidos en las actuales nacionalidades, no ha sido posible quitarles, á pesar de los grandes esfuerzos hechos al intento, la fisonomía y la personalidad que entonces adquirieran. Tienen no solo su historia, sino tambien su lengua, su literatura, sus costumbres, su organizacion administrativa, y lo que es mas, su derecho; y por el vivo recuerdo de lo que fueron, deseo de recobrar la libertad perdida. Nacieron esas pequeñas naciones de verdaderas necesidades ya militares, ya económicas; y aunque no todas purgadas en su formacion de todo vicio de violencia, fueron, á no dudarlo, cien veces mas espontáneas que las presentes. Correspondian algunas á divisiones geográficas, y traian otras origen de la diversidad de pueblos y razas que en los primitivos tiempos ocuparon el suelo de las actuales naciones. ¿Por qué negarles tampoco

La autonomía que en otros días tuvieron? ¿Por qué no permitirles que desarrollen libremente sus ideas y sus gérmenes de riqueza y de vida, ayer fecundas por la libertad, y hoy por la servidumbre estériles? ¿Por qué empeñarse en sostener la unidad que mata, y no conciliarla con la variedad que vivifica? Muchos de aquellos grupos, grandes y poderosos mientras fueron naciones, están desde que dejaron de serlo abatidos y pobres: ayer descollaron por su actividad, hoy están prostrados: ayer brillaron y fueron respetados, hoy yacen olvidados y en silencio.

Hra realmente aquel estado de cosas ocasionado á frecuentes guerras. ¿Cómo evitarlas? El problema estaba en evitar el mal sin cegar ni amenguar la fuente de bienes que de la división nacia: la solución en unir aquellas pequeñas naciones sin desorganizarlas ni menoscabar su independencia: confederarlas y no refundirlas en otra nación, tal era el remedio. Y ¿por qué no hemos de corregir el error de nuestros padres, ó por mejor decir las faltas de la monarquía de suyo absorbente, niveladora, enemiga de todo lo que pueda limitar su autoridad ú oponer algún obstáculo á su marcha?

Marxini habia nacido en un país donde existían esas hasta hoy pequeñas naciones. Qué lástima que al tratar de constituir la gran nacionalidad italiana no propusiera la federación como única y exclusivo medio! En hora buena que aceptara por de pronto la unidad como quiera que viniese; ¿podia el hombre de pensamiento y de principios dejar de sostener lo mas conveniente y justo para la

organizacion de su patria? Federales eran todas las grandes repúblicas de la joven América. Federal es la de Suiza. Sobre la base de la federacion se ha constituido la monarquía alemana. En la federacion ha encontrado Austria la manera de evitar sus conflictos con Hungría; y aun la unitaria Francia ha visto ya surgir del seno de su capital el principio que creyó muerto con los girondinos. Se realizará la federacion mas ó menos tarde y con mas ó menos sacudimientos dentro de las naciones, y terminará por dar la paz al mundo.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

Madrid 20 de Enero de 1876.

JOSE MAZZINI

CAPITULO PRIMERO.

**MAZZINI: —LA ANÉCDOTA DEL GÉNIO.—NACE
MAZZINI.—SU JUVENTUD EN LA PRENSA.—
Los Carbonarios DE ITALIA.—LA PROPAGAN-
DA PERIÓDICA DE MAZZINI.**

I.

José Mazzini ha muerto.

La memoria del ilustre revolucionario italiano pertenece ya á la historia.

Su nombre no ha dejado de ser pronunciado, para mal ó para bien, un sólo día en el mundo civilizado, desde 1833 en que fué condenado á muerte en Génova.

Aquel condenado al último suplicio, ha dado vida á la Italia, la patria del Dante y de Petrarca, y la ha creado para el descendiente de su perseguidor.

Pero siempre, sin mas medios que su palabra, sin otra fuerza moral que la que le prestaba su pluma, sin mas capital que su autoridad, José Mazzini ha derrotado ejércitos, ha destronado reyes, ha sepultado en el abismo del pasado prepotentes dinastías, y, lo que es mas extraordinario, ha apagado las rivalidades, los odios inveterados, históricos, de las ciudades italianas.

Turin, la hermosa Turin, se ha inclinado ante la popular Florencia, como Nápoles y Milan, y Venecia, y Génova, y Toscana; y todas las ciudades italianas han levantado á Roma sobre sus hombros aun con el peso de una monarquía débil y combatida como la que hoy ofrece el hijo de Carlos Alberto, que apenas si puede sostener el nombre de su padre entre los antiguos partidarios del rey demócrata, que pagó con una estraña muerte su falta de valor por la causa de un pueblo que le impulsaba al combate.

Y no se diga que Mazzini ha sido de los últimos en defender á Italia; porque entonces será preciso reconocer que si es un absurdo pretender que ha sido el único, no puede negarse que ha sido el primero que mas trabajara por la libertad en Europa.

Suprimid este génio organizador, incansable, tenaz, constante, incorruptible, indoma-

ble, inflexible; orador, apóstol, persuasivo, generoso é inspirado; dominando siempre moralmente con la severidad de sus palabras y de sus obras; austero, raro y contrariado, viviendo como un anácoreta, absorbido constantemente en su pensamiento favorito, en su ideal único: la Italia emancipada del extranjero; crear su unidad nacional; devolverle Roma, y Víctor Manuel no sería hoy rey de Italia, ni María de Roma su capital.

Realizar esta utópica, obligando á servirle de instrumento á los que de él se burlaban, á los que le condenaban y le perseguían, y por último, dejarles repartirse el botín y morir en un rincón, oscuro, pobre, como había vivido, iluminada la frente por la aureola del martirio, es en verdad una epopeya magnífica, grande, gloriosa para Italia y para la civilización moderna, y sobre todo, ¿por qué no decirlo? es una de las pruebas más evidentes de lo que puede el talento y el carácter del hombre, de lo que es capaz de realizar la voluntad humana.

Aunque la Italia no hubiera producido otro hombre, Italia sería grande.

Todos los amigos sinceros del progreso, le deben respeto, admiración, agradecimiento; pero los italianos le deben veneración, por-

que á sus hercúleos trabajos le deben la independencia y la unidad de su patria.

Mazzini ha muerto en Pisa, su patria, oscuro y pobre, como un ser vulgar.

Víctor Manuel ciñe una corona que, en primer lugar debe á ese hombre muerto en la pobreza y el olvido; á ese hombre que tanto ha luchado por extirpar el jesuitismo y la intolerancia religiosa.

Pocos dias antes de su muerte escribia á un amigo suyo, á un español ilustre, una notable carta en la cual se leian los siguientes párrafos:

.....

«Italia no puede ser libre mientras de su corazon no se cure el mal que le ahoga, el mal del catolicismo. Asusta examinar la estadística de curas, frailes y monjas que anidan en las iglesias de este país, patrocinados por la liberal casa de Saboya. Y para que nadie crea que yo exajero, lo diré aquí, segun aparecen en la estadística civil de 1864. En esta época tenia Italia:

FRAILES. MONJAS.

Dos Sicilias.	100.000	45.000
Toscana.	50.000	40.000
Estados Romanos.	200.000	200.000
Módena.	30.000	25.000
Parma.	38.000	30.000
Lombardo-Véneto.	105.000	85.000
Cerdeña.	70.000	53.000

TOTALES. 591.000 478.600

Estas dos cifras forman un total de frailes, curas y monjas de 1.069.000, esto es, casi una décima-cuarta parte de poblacion; y calculando á unos diez reales diarios la renta que disfruta cada clérigo, fraile ó monja, lo cual no es mucho si se atiende á las inmensas riquezas que poseen los obispos, cardenales y demás dignidades de la iglesia papal, resulta que el clero cuesta á la Italia la enorme suma de ¡¡¡cuatro mil millones de reales al año!!! cantidad empleada para sostener 1.069.000 hombres, que están siempre conspirando contra la unidad de su pátria.»

Y hablando del estado de la riqueza pública de Europa añadia, en la misma carta, el ilustre Mazzini,

«Tiene Europa 260 millones de habitantes: de ellos 21 son ricos, 6 soldados, 7 empleados y 226 trabajadores y proletarios.

¡Si será justa y equitativa esta repartición que la ley ha sancionado y los tiempos la santifican!»

Así pensaba Mazzini. Ahora, después de muerto, estamos seguros, se acordarán los falsos liberales de Italia, de honrar la memoria del que tanto maltrataron en vida.

¡Dios nos libre del día de las alabanzas de los tiranos!

Pero ahora, como ayer, como siempre, nosotros repetiremos: hombres de la libertad, amantes del progreso humano: ¡Mazzini ha muerto! ¡Viva Mazzini!

¿Pero quién era José Mazzini?

Su nombre para la Italia, ¿qué representa?

¿Qué es, también, para la causa del pueblo, para el porvenir de la democracia, para la historia de la libertad?

II.

En *El Último Napoleón*, precioso libro que hace muy poco se ha publicado en París, debido a la pluma del inmortal Víctor Hugo, leemos las siguientes líneas:

.....

«Un día sir James Hudson pidió á Mr. de Cavour una audiencia para un lord inglés.
»Cavour, que era muy madurador, concedió sus audiencias á las cinco de la mañana. El protegido del embajador fué exacto. Sus ademanes eran distinguidos; parecia el tipo ideal del *gentleman traveller*.

»El inglés expuso al ministro italiano un plan completo y formidable para la salvación de Italia.

»Cavour, que era conocedor en la materia, se asustó del atrevimiento, de la lunidez, de lo profundo, y sobre todo, de la perspicacia, de su interlocutor, pero comprendiendo imperfectamente la lengua inglesa, le preguntó si hablaba el francés. Entonces el *gentleman*, con completa calma, continuó la conversacion y sus ideas en el dialecto italiano mas puro y elegante.

»Cavour, fascinado, escuchaba.

»El extranjero, al fin, saliendo para despedirse.

»—Caballero—le dijo el ministro;—hablais de política como Machiavelo, é italiano, como Manzoni. Si yo tuviera un compatriota como vos, le cederia hoy mismo la presidencia del Consejo de Ministros! Ahora, ¿en qué podria, á mi vez, seros agradable?

»—Siuviéseis un compatriota como yo.

»respondió el *gentleman*.—¡le condenaríais á muerte!... Me preguntais cómo podreis reconocer los buenos consejos que os he dado... Ejecutándolos y salvando á Italia. Hasta entonces la proteccion de sir Hudron me basta.

»Y el desconocido se retiró, dando su tarjeta al ministro. Cavour retrocedió asombrado: acababa de leer el nombre de MAZZINI (1).»

.....
Basta el anterior rasgo para que al lector interese vivamente la vida de un hombre, tan grande como lo era el profundo agitador del siglo XIX.

III.

Nació José Mazzini en Ginebra el día 18 de Junio de 1805, en una casa de la vía Lomellini.

Su padre era un modesto profesor de medicina de la Universidad y gozaba de muy buena reputacion, tanto por sus conocimientos y

(1) Mazzini habia sido condenado á muerte durante el ministerio del conde de Cavour.

virtudes morales cuanto por sus opiniones políticas, francamente liberales.

Tuvo por primer preceptor á Patroni, coronel de artillería, quien notaba en su discípulo «tenacísima memoria, grandes deseos de saber, y sobre todo, talento extraordinario.»

Dedicado al estudio de las leyes, por indicación de su padre, dió Mazzini marcada preferencia á los estudios históricos, base de la ciencia política, y muy pronto la historia griega y romana, la historia clásica, modelo de grandes virtudes y de nobles hechos, fué para el joven escolar ocasión bastante para lucir su incisiva y brillante elocuencia, habiéndose granjeado un señalado puesto entre los escolares de la Universidad de Génova, á quienes fascinaba de continuo por sus rasgos nada comunes y por la elevación de sus pensamientos.

José Mazzini, que había jurado dedicarse por completo á la emancipación de su patria, buscaba en la historia, en esa ley sabia y reguladora que encadena los sucesos de la humanidad, el principio santo de la regeneración de Italia, y por eso persistía tenazmente en el estudio de la filosofía y de la historia.

Y como quiera que en sus tiempos imperasen en las escuelas las doctrinas del amor

En Vico, bien pudiéramos decir que esto causó gran influencia en sus ideas, pues en José Mazzini se hallaba confirmada aquella trilogía de saber, querer y poder, que constituyen todos los elementos del Sér Supremo; y por otra parte, en Vico es donde se demuestra la acción del Dios de todos los siglos, de todos los pueblos: la Providencia, en la que tanto confió y esperó siempre José Mazzini. Sabemos también que uno de los primeros libros que leyó y que mas profunda impresion le dejaron fué *Il ultimo lettere de Jacopo Ortis*, imitación del *Werther de Goeth*, por M. Ugo Foscolo; y como es sabido que este último introdujo en la obra un nuevo elemento, pues Ortis se suicidó, tanto por el amor de Teresa como por no poder tolerar la servidumbre de Italia; en estos estudios y en estas letras, que «le inflamaban en tanto odio contra los tiranos de su pátria,» debe buscarse la explicación del misticismo de las ideas de Mazzini, y su decidida voluntad de imponer á sus compañeros los mayores sacrificios.

Dírase que así como Ortis se arrancó la vida, para no ver la servidumbre de la pátria, Mazzini se había prometido dejarse arrancar mil vidas, si las tuviera, para emanciparla.

Punto es este que para nosotros tiene gran importancia, pues sabido es cuánta influen-

cia causa en el ánimo de la juventud las primeras lecturas.

IV.

José Mazzini, obediente al paternal consejo, acababa de recibir el grado de doctor en leyes.

Sentíase, por aquel entonces, poco inalinado á las luchas del foro, pues hallaba mezquino ese campo para su poderosa actividad.

Decidido una vez á trocar la toga del magistrado por la pluma del periodista, ensayó sus fuerzas en un primer artículo que publicó *Il Subalpino*, y que bien pudiera decirse que fué el programa político de Mazzini.

Intitulábase *Amor pátrio di Dante*, y como se tiene al Dante por el precursor de la unidad italiana, la exaltación del jóven genovés, el divino fanatismo que inspiraba su amor pátrio, su estilo ardiente, conciso y hasta fascinador, todo envuelto en los atractivos de un ideal de patria libre, cuando los austriacos dominaban en Milan, en Venecia y en Nápoles, valióle al jóven doctor en leyes grandes aplausos por parte de los patriotas que habian visto semi-realizado su deseo, cuando Napoleon, y por parte de los absolu-

tistas la saña, el odio y el rencor con que le han perseguido hasta la muerte.

El éxito de su primer artículo le llevó decididamente al periodismo, y aunque en aquella época la prensa política no existiese, y fuese necesario velar los mas puros sentimientos bajo la fórmula de la novela ó de los estudios científicos y literarios; Mazzini, que habia devorado el pensamiento de *l'Addechiis*, de Alejandro Manzoni, de cuya escuela era fervoroso partidario, supo en *Il Indicatore Genovese*, desde su primer artículo, que apareció en el número 3 de Junio de 1828, inflamar la idea del *risorgimento* de la patria, hasta el punto de formar el jóven redactor una verdadera escuela que mas tarde habia de ser la que llevara la bandera democrática de la Europa latina, y la que borró el mapa que Napoleon I habia hecho, para formar su Imperio Universal, sueño dorado del gran capitán de nuestro siglo, que murió en Santa Elena purgando sus ambiciones y sus crímenes, para enseñanza de los tiranos.

V.

Por el mismo tiempo, esto es, en 1829, entró Mazzini en la seccion genovesa de los *Carbonarios*.

En aquellos tiempos, la sociedad secreta era el único medio que quedaba á los liberales para propagar las ideas del bien humano; pues siempre que por la fuerza se quiere cohibir la opinion, ésta, que es muy sutil, se retira de la luz del dia, para alentar en las tinieblas la llama sagrada del amor pátrio y de la libertad que algun dia inflamarán á la humanidad entera.

Al carbonarismo pertenecieron Marat y Luciano Bonaparte; al carbonarismo pertenecian tambien los patriotas Mastai Ferretti, Ricciotti y Garibaldi, y en el carbonarismo aprendió Mazzini aquella fuerza de sumision y de respeto que incondicionalmente imponia siempre á sus amigos, y al cual no han faltado sino raras si bien altísimas personalidades, llevadas mas bien del vano oropel de las grandezas terrenales, que del santo y casto amor á la libertad y al progreso.

Organizados, pues, los carbonarios en *ventas* de veinte *buenos primos*, sin relacion unos con otros mas que por el intermediario de un diputado que, de viva voz, trasmitía las órdenes de la alta *venta*, que á su vez, y por el mismo orden, las recibía de un comisario de la *venta* suprema ó Comité de accion, castigaban con la muerte la revelacion á los *profanos*, de lo que en la *venta* se hacia ó se decia,

así como las señales que tenían para conocerse los individuos de esta poderosa asociación, que tenía por objeto «hacer triunfar los dogmas de libertad, igualdad y fraternidad: odio á la tiranía, y si la independencia no podía alcanzarse por el combate, combatir hasta la muerte,» á cuyo fin cada asociado debía proporcionar un fusil con bayoneta y veinticuatro ó treinta cartuchos, y pagar á la caja común un franco mensual y cinco el día de entrada. Era el carbonarismo una sociedad secreta que vivía en Italia de la misma manera que el masonismo en España y Portugal; donde, desde 1812, y muy especialmente cuando la reacción se apoderó del poder, sostenida en Madrid por los partidarios de D. Carlos y en Lisboa por los de D. Miguel; el masonismo eran las Catacumbas de los antiguos cristianos que sirvieron en los tiempos modernos de guarida para que los liberales pudieran conjurarse y resistir valientemente al fanatismo.

Y por lo que hace á Italia, el carbonarismo se dividió en varias ramas. De entre estas la más notable era la *Ausonia*. Mas atrevida que las otras, mas resuelta al sacrificio, mas pura en sus hombres, había jurado establecer una *República italiana federal, dividida en veintian estados, representados en una Asam-*

bles nacional por un diputado. Esta Asamblea era el poder legislativo de la nación. Las asambleas provinciales debían elegir los tribunales de Casación, los Consejos departamentales de distrito, los Consejos departamentales de los Cantones, el jefe de la Guardia nacional, el arzobispo y los superiores de los seminarios y colegios civiles y militares.

El Poder ejecutivo se confiaba a un rey de tierra y a un rey de mar, elegidos por veintidós años por la Asamblea soberana y sin distinciones hereditarias. El Papa sería el patriarca de la República. En la parte económico-administrativa se establecía el impuesto progresivo: el más pobre debía pagar la sétima parte de sus rentas; el más rico, la sexta.

Esta extraña República que había tomado parte de la de Suiza y algo de las de América, era, puede decirse, un poder casi monárquico, ó al menos, como la descentralización no se decretaba, como no establecía la autonomía de los municipios ni de la provincia, y sobre todo, la del individuo, era de temer que no tuviese de república mas que el nombre, y para comprender esto, basta decir que conservaba la unidad católica, reconociendo al Papa como Patriarca de la República (!!!) Tan extraña cosa no se le podía haber ocurrido

mas que á algun fraile ó algun jesuita que soñase en ser Papa y regir bajo su tiara el mando temporal de toda la Italia.

No eran estos, ciertamente, los principios de Mazzini, y de seguro, si entró en el carbonarismo fué como medio de trabajar por los principios sociales y propagar sus doctrinas eminentemente liberales, bajo el velo de las tinieblas, ya que no podia hacerlo á la luz del claro dia.

Otra de las ramas del carbonarismo, francamente republicana, era la que se llamaba *Protectores republicanos*, pero no tenian un plan tan determinado como la *Autonia*.

Los afiliados en la rama que protegía á los republicanos, negaban su credo político y no reconocian el Papado, siendo mas de notar estas consecuencias cuando pertenecían á la secta mas de 6.000 curas y frailes.

Nótese bien lo que dejamos dicho en otro lugar, á propósito de una carta de Mazzini, y se verá la poderosa influencia, que no obstante su talento ejerció en sus ideas el carbonarismo, quizas llevado de la necesidad que tenia de contar con 300 ó 400.000 hombres, de esta secta, si lograba imponerse en ella, como superior, á todos los afiliados.

VI.

Pero Mazzini no se conforma con sus trabajos en las sociedades secretas: queria venir á la esfera política, para buscar resultados mas inmediatos y así apeló al periodismo.

El periódico ha sido la gran palanca que han movido todos los hombres mas respetables del presente siglo.

Esos libros diarios que se entregan á la publicidad, para mover á los pueblos; esas hojas repetidas donde se refleja el sentimiento del momento, ha sido el recurso de Camilo Desmoulins y de Girardin; ha sido el medio con que Guizot y Gonzalez Brabo movian en torno de sus deseos á una falange de hombres que les obedecian como satélites. El periodismo, es innegable, que forma en estos tiempos el quinto Estado. Por él fué destronado Luis XVI; por él cayó el doctrinarismo de los Napoleones en Francia y por él Chambord es reducido á la impotencia.

Bien sabia Mazzini que el periodismo era la muralla desde la cual podia resistir á los tiranos de Italia, y con fé, con entusiasmo, acudió á los medios que le prestaba la publi-

CAPITULO II.

LA BANDERA DE LA UNIDAD ITALIANA.—LA JUVENTUD ITALIANA, GÜERRATZZI, CÁRLOS ALBERTO Y MAZZINI.—LAS ASPIRACIONES DE MAZZINI.—CAMPAÑA DEL PIAMONTE; ROMARIUS EN NOVARA Y LA DERROTA LEJIONARIA; LA ANEXION DE LA LOMBARDIA AL PIAMONTE Y LAS NUEVAS DERROTAS DE LOS MAZZINIANOS.—GARIBALDI, RICASOLI, CAVOUR Y MAZZINI.—PRECY EN NÁPOLES.—CALUMNIADORES É INGRATOS.—MAZZINI ES EL MÁRTIR DE LA ITALIA.

I.

»Italia sin jefe, abatida, despojada, cubierta de ruinas—dice amargamente Machiavelo en la última parte de su libro del *Príncipe*—está pronta á seguir una bandera siempre que un hombre consienta en levantarla.»

Italia, luchando desesperadamente por su independencia, esclava de los tiranos, rota y destrozada por príncipes desatentados, ha esperado tres siglos á este hombre, á este revolucionario redentor.

José Mazzini apenas tenia veinte años,

cuando juró alzar la bandera que Lorenzo de Médicis habia soñado..

Como todos los hijos de esa tierra italiana, bañada de luz y cubierta de flores, cantó antes á la pátria que habia jurado librar de los tiranos.

La fiebre poética, la fiebre revolucionaria, exaltaba su alma jóven, y se le oía frecuentemente recitar, llorando, estos versos del inmortal Petrarca, y que nosotros traducimos aquí:

.....

*«De sus siete colinas en lo alto
Roma, llenos de lágrimas los ojos
Loca de pena tu socorro implora.»*

.....

¡Ahl... se vé aquí al poeta suspirar por un bien que le engrandece. Pero los hombres del temple de Mazzini no se dejan mucho tiempo debilitar por las lágrimas.

En 1830 se convierte en hombre de accion.

El poeta arroja su lira, toma las armas, y penetra en las lógias de los carbonarios, que estendian sus profundas ramificaciones por todos los ámbitos de Italia.

Espíritu positivo y sério, no tardó en sus- traerse al vacío de estas asociaciones, que no ofrecian á la juventud de entonces mas que un aparato ridículo y reuniones misteriosas,

donde cada cual manejaba armas que no sabía esgrimir fuera de allí.

En Italia el carbonarismo no apeló al puñal, sin embargo de que sobre sus adictos pesaba una persecucion constante.

Mazzini, aprisionado en Savona, arrojado de los Estados del rey de Cerdeña, se refugia en Marsella, y funda la *Juventud Italiana*, nueva asociacion política que nació poderosa y estaba llamada á regenerar gloriosamente la Italia moderna.

Mazzini queria trabajar con toda su alma y levantar la bandera de la revolucion desde los Alpes hasta el Adriático, y no encontraba toda la accion viva que necesitaba en el carbonarismo, apelando de aquí á otros medios mas vivos que le dió la *Juventud Italiana*.

II.

La juventud de Italia responde, como debía suceder, al llamamiento de Mazzini.

Güerratzzi, se apresura á unirse al gran revolucionario en Marsella.

Todo el que siente latir un corazon en su pecho, se destierra voluntariamente y acude á colocarse á su lado.

Es inútil nombrar á estos jóvenes de pocos años.

Digámoslo en gloria del que acaba de morir pobre, solo y abandonado.

Ellos componen hoy todo lo que la Italia tiene de mas noble: ministros, diputados, senadores, generales, diplomáticos, periodistas, poetas y oradores: todos, agrupados en una formidable masa, trabajan por un ideal que Mazzini había espresado en estas palabras:

Italia por los italianos.

En cuanto al jefe de veinte años que sostiene ya con mano firme la bandera de la independencia de su país, no tiene, como Machiavelo, más que un programa que realizar:

«¡Atrás los extranjeros!»

«¡Viva la Italia una!»

«¡Italia libre desde los Alpes hasta el Adriático!»

«¡Italia por los italianos!»

Y á este programa lo sacrificó Mazzini todo, absolutamente todo, hasta sus sueños mas queridos, hasta la república.

La idea de la pátria era toda su gloria, toda su vida.

El decia: «Primero Italia; despues la república.»

Antes de lanzar los voluntarios imberbes de la Jóven Italia sobre los desfiladeros de los

Alpes, donde muchos habían de hallar una muerte segura, Mazzini toma la pluma y exhorta á Carlos Alberto para que se haga jefe de la independencia de Italia.

Mas tarde escribe á Pio IX y le suplica que se ponga á la cabeza del movimiento unitario, que habia de hermanar á todos los pueblos de la vieja Italia.

Y algunos meses despues, no teme dirigirse de nuevo á su perseguidor, á Carlos Alberto, al hombre sombrío que quiso fusilar friamente á sus antiguos amigos, conspiradores como él, para conjurarle á que dirigiera este esfuerzo supremo de la Italia hácia su independencia.

Cuando Víctor Manuel toma el título de Rey de la Italia, Mazzini le dice:

«Señor:

»Italia busca su unidad: quiere constituirse
»en nacion una y libre. Dios lo decretó entre
»los Alpes eternos y el mar eterno tambien.

»Señor, atreveos.

»Os llamo en nombre de toda la Italia á
»una de esas empresas en las cuales el hom-
»bre fuerte cuenta sus amigos y no sus ene-
»migos. Sed grande, como el acto á que os
»destina Dios; sublime como el deber, audaz
»como la fé. Marchad hácia adelante, sin vol-
»ver la vista.

»Seréis vencedor; os lo aseguro. Entonces,
 »señor, yo, republicano, pronto á volver al
 »destierro para morir allí, despues de haber
 »guardado la fé de mi juventud, no gritaré
 »menos que mis hermanos: ¡Presidente ó rey;
 »que Dios os bendiga á vos y á la nacion por
 »la que habreis peleado y vencido!»—MAZZINI.»

III.

Las palabras de Mazzini no hacian efecto en el alma del rey de Italia, porque Víctor Manuel no queria comprometer su situacion en aventuras dudosas, como le decia á Cavour.

Y era que el rey saboyano no tenia el valor del patriota, ni en su pecho se agitaba el sentimiento de un buen italiano, cuando no le conmovian las palabras del gran agitador.

¿Pero queria Mazzini el bien de la patria realmente? ¿Dudaba el rey de ello?

Empezar por la expulsión de las monarquías; crear una nacionalidad en el centro de Italia; propagar la democracia; levantar despues el lema de la *unidad italiana*, haciendo de Roma un coloso que, con sus brazos abiertos, pudiese extender la mano desde la cima de los Alpes á las aguas del mar Jónico.

Esto queria Mazzini. Este programa es to-

da su vida, y no se ha desmentido un solo instante; no se ha debilitado; no se ha desnaturalizado.

Mazzini solo ha sido para muchos, incluso para los príncipes de Saboya, un agitador político. Esta calificación se ha hecho, entre ciertas gentes, inseparable de su nombre, mayormente entre los que vivían contentos, gozando grandes sueldos, para quienes la patria representaba bien poco, pues querían, ante todo el *statu quo* que les garantizaba la posición adquirida á la sombra de los reyes.

¡Ah!... Mazzini era entonces calumniado, porque Mazzini no era comprendido.

¿Y quién ha tenido una parte mayor en los acontecimientos que en Italia se han sucedido durante cincuenta años? ¿Quién, que no sea el conde de Cavour, pretenderá haber ejercido una influencia tan irresistible, tan decisiva, tan universal como la de Mazzini sobre la política general del país?

Responda la Italia, hable la historia contemporánea.

Pero sigamos ahora rápidamente á este hombre extraordinario en su carrera política, y veamos si existió en todo el siglo presente un espíritu valeroso como el suyo.

IV.

En Mayo de 1839, lanza á sus primeros voluntarios sobre el Piamonte. Son dispersados y diezmados; pero algunos meses despues, este hombre resuelto é infatigable, reforma su reducido ejército y corre con él al peligro, buscando el combate. Ahora son mil, como en Marsala; polacos, alemanes é italianos, mandados por Ramorino, para quien el nombre de Mazzini debia ser fatal, pues muere fusilado, al dia siguiente de la accion de Novara, como un traidor. Mazzini, al cual tantas veces se ha reprochado injustamente de no exponer su propia vida, está en medio de sus amigos; pero la fortuna les abandona una vez más. Se lanzan, y sorprendidos al anocheecer, estenuados de fatiga, son dispersados y diezmados de nuevo por el ejército real.

La Europa se conmueve. Prusia, Austria, Rusia y otras muchas potencias, piden y obtienen la disolucion de los comités revolucionarios organizados en Suiza.

Obligado Mazzini á abandonar su predilecto retiro, perseguido por la policia francesa, tarda tres años en reanudar los rotos lazos de la *Jóven Italia*.

Entra en relaciones con los comités revolucionarios de Malta, Lóndres, París y Madrid.

Apesar de tantos descalabros, Mazzini fué siempre el jefe reconocido del movimiento republicano. Los hermanos Bandiera, que se hicieron matar en Calabria, y cuyas cenizas fueron despues trasladadas á Venecia, á costa del Tesoro italiano, tomaron la palabra de órden de Mazzini, antes del sacrificio de su vida.

En Febrero de 1848 Mazzini conduce al *Hotel de Ville* los voluntarios italianos, y marcha en seguida á Génova y Milan, para propagar allí el movimiento revolucionario.

Se opone á la anexion inmediata de la Lombardía al Piamonte, porque la política ambiciosa de Carlos Alberto le inspiraba justas desconfianzas.

Mazzini, despues del abandono inexplicable de la Lombardía, por el rey del Piamonte, quiere ser el último que deponga las armas, acompañado de Garibaldi, en cuya legion se alistó como simple soldado, á pesar de que habia tomado parte en las cinco gloriosas jornadas de Milan. En Roma, donde fué verdaderamente dictador, despliega las cualidades del hombre de Estado, y trabaja para que la República romana sea reconocida

per el Gobierno francés, cuyos soldados tenían la mision de combatirla.

Mr. de Lesseps habia apoyado estas pretensiones; pero fué desatendido por su gobierno.

Mazzini habia compartido con Garibaldi la gloria de prolongar la defensa de Roma hasta la última extremidad.

Refugiado en Suiza, reunidos en torno suyo una gran parte de los miembros de la Constituyente, desterrados y perseguidos, declaró ante la faz del mundo conmovido, que la República romana vencida vivia vencedora en las personas de sus legítimos representantes.

V.

La desgracia no intimida á Mazzini.

El amor pátrio inflama su alma mas y mas, y á cada nueva derrota que sufría en todas sus audaces empresas, de nuevo acometia á realizar lo que todos decian ser una utópia, lo que clasificaron de sueño fantástico, capaz solo de la cabeza enferma del gran revolucionario del siglo XIX.

Y así, dados los constantes propósitos de Mazzini, nada pudo debilitar la persistencia y la decision de su naturaleza siempre indomable. No se parecia el carácter de Mazzini

al de ningun otro político de nuestros tiempos. Desde Napoleon hasta Gonzalez Bravo, desde Alcalá Galiano hasta Saldanha y desde Lafarina hasta Olivier, todos han apostatado de sus primeros tiempos y haciendo una conversion, siempre sensible, han venido á negar sus antecedentes, volviéndose contra aquellos á quienes habian llamado correligionarios. La consecuencia de Mazzini la han tenido en España solamente el malogrado Sixto Cámara, apóstol incansable de la democracia, y constante defensor de estas doctrinas en la prensa. Las apostacías se explican solamente cuando el hombre pasa de las sombras del absolutismo á la luz de la libertad. Un Thiers está mas justificado dentro de la democracia que un Valdegamas ante los absolutistas. Progresar; ir empujando el carro de la civilizacion, hasta donde lo lleve el movimiento de las ideas que se obra por medio de la marcha regular de la humanidad, es justo; pero el que desde la niñez ha llegado á la edad última de la vida, como Mazzini y Orense, y siempre se le ha oido pensar en un mismo sentido y sostener unas mismas ideas, estos hombres merecen la eterna confianza del pueblo y el laurel de la inmortalidad. Son otros Galileos que aparecen en la política para enseñar á los débiles

cómo se sostiene siempre el ideal humano.

Mazzini, desde que estudiaba en Génova, era el mismo. Despues de tantas vicisitudes porque atravesara desde 1851 emite el famoso *empréstito mazziniano*.

En 1853, Milan se subleva contra los austriacos. Mazzini acepta esta audaz insurreccion. Escapa milagrosamente de la poliofia austriaca, y reaparece en Génova en 1857, dirigiendo un complot formidable que le apoyaban los carbonarios. Una parte de la poblacion debia ocupar los fuertes, apoderarse por sorpresa de la flota y hacer vela para Nápoles, pronto á levantarse.

La fortuna hizo de nuevo traicion á Mazzini. Todos sus planes abortaban cuando se habian vencido las mas graves dificultades.

En 1860, Ricasoli, dictador de la Toscana, no se desdeñó en obrar de acuerdo con Mazzini. Confia al baron Nicotera, amigo íntimo de este último, el mando del pepueño ejército de voluntarios, dispuesto á marchar sobre Roma.

Mr. de Cavour, alarmado con esta intervencion de Ricasoli, ordena apresuradamente á Cialdini y sus tropas, que invadan las Marcas y la Umbría, y para disculpar acto tan atrevido, hace que escriban á París manifestando la necesidad de contener á Mazzini.

Contener á Mazzini, contener á Garibaldi; detener la revolucion, apropiándose su programa político,—eterno lugar comun,—el Gobierno italiano no ha seguido otra marcha durante los últimos veinte años.

¡Hé aquí la política por la cual Cavour lo ha sacrificado todo!

Mr. Julio de Precy seguia paso tras paso estos sucesos que acabamos de narrar, tomados de un importante libro que acaba de publicarse en Turin, y escribe á propósito de la actitud de Mazzini, por aquellos tiempos, las siguientes líneas, que nos preciamos en traducir a continuacion:

.....
 « Mazzini estaba entonces—dice Precy— en » Nápoles. Halléle cierta noche en el prosce- » nio del teatro de San Carlino, y me resistí » á dar crédito á mis ojos. Pronto supe que » esta interrupcion en sus hábitos de aisla- » miento, reconocia por causa la primera re- » presentacion de una tragedia de Aurelio » Soffi, su antiguo colega en el triunvirato » romano.

» Como Mazzini se hallaba rodeado de in- » divídúos, hácia los cuales yo experimenta- » ba pocas simpatías, esperé al dia siguiente » para hablarle. Adquirí con gran trabajo » noticia de su domicilio, conocido tan solo

» de algunos amigos fieles; y al día siguiente
» llamaba á la puerta de una casita; situada
» en uno de los barrios mas sombríos de Ná-
» poles, en un callejon, cuyo nombre no re-
» cuerdo.

» Me parece ver en este momento aquella
» pequeña habitación, alumbrada por una
» ventana que caía á un patio triste y redu-
» cido, sin mas muebles que un pobre lecho
» y dos sillas, en medio de la cual se desta-
» caba la fantástica figura de Mazzini (1).»

» Daba miedo verle; vestido con un raído
» chaqueton gris, delgado, macilento, calvo,
» descolorido, verdadero esqueleto, cuya ca-
» beza parecia iluminada por dos áscuas.

» Aquel era el hombre que habia ejercido,
» al principio de su larga carrera, por la no-
» bleza y atractivo de su rostro, un irresisti-
» ble ascendiente sobre sus compatriotas, y
» cuyo retrato tantas veces habia yo admirado

(1) El ejemplo que ofrece Mazzini es muy notable, si se compara con otros hombres políticos que abandonaron altos puestos para huir á la emigracion, donde vivieron largos años proscriptos gozando de las mayores delicias, gracias á los crecidos ahorros que lograron hacer en los pocos meses que fueron poderes y gozaron 120.000 reales de sueldo al año.

»en casa de Bertain. Aquel hombre de cincuenta y dos años, convertido en anciano de setenta y cinco, me alargó su helada mano, apartó algunos papeles y un paquete de esos largos cigarrillos de á sueldo que se fuman en Milan, y me acercó una silla.

»—Sé que venís de Roma—me dijo:—¿qué pensais de la situactou?

»Pocos momentos despues me hizo leer la carta que habia dirigido al rey Victor Manuel, y me decia:

»—Si de aqui á dos años la dinastía de Saboya demuestra que no se halla en condiciones de poner el sello á la unidad italiana, trasladando á Roma la capital de Italia, volveré de nuevo á la vida política; volveré de nuevo á ella con pesar, porque soy ya viejo; he perdido la dentadura, me veo reducido á no comer mas que sopas, y no encuentro placer sino en fumar.

»—Garibaldi, — me dijo enseguida, — es víctima de sus ilusiones; Víctor Manuel le ha reservado sus mejores caricias; todo esto pasará pronto... pasará...

»Nos vemos algunas veces; pero la excesiva reserva de Garibaldi me impone una reserva mayor: la carta que acabo de escribir al rey, debe demostrar á entrambos que no quiero contrariar en nada sus proyectos.

» Yo era joven, curioso y atrevido, y ansiaba conocer á ese hombre tan singular. Por esto, por una temeridad de que seguramente me sentiria incapaz hoy, decidí abordar los asuntos mas graves, el asesinato político, la razon de Estado.

» —Jamás he armado el brazo de nadie,— me dijo. Cierta dia,—añadió,— Gallenga, hoy diputado y corresponsal del *Times*, vino á verme, manifestándome propósitos de acabar con los tiranos de nuestra patria: necesitaba 1.000 francos y un puñal... Le di ambas cosas, lo mismo que á M..., hoy Consejero de Estado.

.....

» No nos volveremos á ver sin duda,— me dijo en el instante en que me despedia de él,— voy á regresar á Lóndres; por otra parte, siento disminuirse mis fuerzas; pero á despecho de los amigos que me han hecho traicion, veo que la Juventud Italiana está todavia conmigo.»

.....

Hasta aquí lo que cuenta Julio de Precy.

Es indudable que la Europa no ha tenido muchos hombres tan consecuentes como Mazzini, por la causa de la revolucion. Aparte del viejo Kossúth, el gran capitan de Polonia y de Sixto Cámara, el joven periodista

de 1855, Mazzini no tiene imitadores en este siglo. Su patriotismo, su talento, su ardiente fé por la causa de la libertad, y su decidido valor para acometer empresas arriesgadas, siempre que encontraba una esperanza para el triunfo de la idea popular, no le ha tenido ningun otro hombre, y por eso la historia de nuestro siglo lo señala como un génio prodigioso.

VI.

Conviene tambien vindicar aquí á Mazzini de los injustos ataques que le dirigian acusándole de estar divorciado del gran movimiento nacional italiano de 1859, cuando de su intervencion tenemos numerosas pruebas.

Ya hemos dicho en otro lugar de este libro cuanto se afanó para aunar los esfuerzos del rey del Piamonte con los suyos, en pró de la causa de Italia, y ahora veremos cómo á contar desde el año de 1859, el rescate de Venecia, Roma y del Tirol italiano, fué el único objetivo de todas sus ideas y manifestaciones.

La paz de Villafranca que derribó el ministro Cavour y estremeció de dolor á todos los patriotas italianos, hizo redoblar á Mazzini sus esfuerzos, y desde Lúgano (Suiza), punto de su habitual residencia, publicaba su *Dia-*

rio, que aparecía como impreso en Londres y que adquirió gran popularidad en Italia, denominado *Pensiero di Azione*, desde cuyas páginas mantuvo el espíritu público, encaminándole á las nuevas empresas que tan gloriosamente realizaba poco despues Garibaldi.

Llegamos en esto á la expedicion de Sicilia y Nápoles; á la invasion de las Marcas, al sitio de Ancona y de Gasta. Mazzini corrió de los primeros á Nápoles, advirtiéndole á Garibaldi del peligro que amenazaba á su obra, si no se marchaba decididamente á Roma. Acusóse al gran patriota de perturbador; se deseyeron sus atinados consejos; poco tiempo despues se reconocía la prevision y esquisita vigilancia de Mazzini, y entonces se fundó *La Asociacion democrática italiana*.

Reunióse en 9 de Marzo de 1862 el partido democrático en Gêneva; para establecer los cimientos de la asociacion que acabamos de nombrar, siendo su primer acto reclamar enérgicamente la vuelta de Mazzini á su patria, del único italiano que no podia gozar de la revolucion, despues de haber trabajado tanto por ella; y en esta ocasion supimos, por boca de Mordini primero, y de Menotti Garibaldi, despues, que tanto Ricassoli, como Ratazzi habian manifestado grandes de

seos de levantar al destierro del *proscrito genovés*; pero que los acontecimientos y los cambios ministeriales lo habian dificultado hasta entonces.....

El Congreso democrático, Congreso compuesto de conservadores y republicanos, resolvió que no debia amnistiarse á Mazzini, sino que por un acto solemne del Parlamento, se debian abrir las puertas de la patria, para que tornase á ella el hijo querido de la libertad y de la independencia de Italia.

Y á pesar de tan pública manifestacion, el Gobierno se mostró menos dispuesto á ceder á lo que bien podia llamarse general asentimiento de la nacion. Por su parte Mazzini, no se encontraba en el caso de aceptar una amnistía vulgar. Sentia que su culpa, si culpa tenia, era por haber amado á su patria y por haber trabaja-lo por su redencion, cuando tantos la olvidaban, y estaba orgulloso de sus faltas ó de su crimen. En prueba de lo cual, basta solo recordar las cartas que de Mazzini publicaron *La Democracia*, diario de Nápoles, en Marzo de 1862, con fecha 12 de Febrero, dirigida á los estudiantes, y *La Nueva Europa*, del 1.º de Julio, dirigida á los obreros.

En la primera decia «que agrupasen todas las asociaciones patrióticas, reuniéndose to-

»dos los elementos de accion y los relaciona-
»sen con el Comité de la Asamblea de Génova
»va de 15 de Diciembre.» El fundamento de la
gran asociacion democrática italiana esta-
blecida «que la union habia de ser, hasta cierto
»punto, militar para estar pronta á obrar:

»1.º En caso de amenazas monárquicas ó
»separatistas.

»2.º En el de intervencion extranjera,
»venga de donde venga.

»3.º En caso de nuevas enajenaciones ter-
»ritoriales en beneficio del extranjero.

»4.º En el de un golpe de Estado ó su-
»presion ilegal de la libertad constitucional.

»5.º Y, finalmente, en el caso de que fue-
»se necesario, urgente y posible la accion po-
»pular para el Véneto y Roma.»

En esta carta decia tambien que el jefe mi-
litar era Garibaldi.

En la carta á los obreros añadia:

.....
«No os acongoje mi destierro. Esa contra-
»dicion de la unidad, proclamada en Italia,
»no es más que la última consecuencia de la
»política servil para con el extranjero, que
»empequeñece el alma de los que reinan y es
»causa de hechos mucho más importantes
»que la injusticia cometida con un solo hom-
»bre.»

.....
Y continuaba la carta exhortando á los obreros á que trabajasen sin descanso por la liberacion de Roma y Venecia.

En otra carta que escribia á Ruiz Pons, cuando éste se encontraba proscrito en Porto (Portugal), decia así:

«Amigo mio: La libertad de Italia y su unidad con la monarquía es imposible. Con-
»vengamos en que si con esta se quieren rea-
»lizar aquellas, no ha de ser á gusto del pue-
»blo. Los reyes no pueden abandonar su so-
»beranía, ni los pueblos han de deponerla
»tampoco, so pena de dejar postergados todos
»los principios democráticos.

»Aquí con la república, iremos derechos á
»Roma y á Venecia; con la monarquía y con
»la vista que pone en este país Napoleon III
»y Prusia, no podrá la Italia realizar sus
»constantés deseos. Tenemos que hacer un
»poderoso esfuerzo para acabar la obra em-
»prendida y salvar el honor de un pueblo
»que llevamos de cinco siglos; arrostrando
»los horrores de la mas negra de las ti-
»ranías.»

Estas cartas de Mazzini, la actitud del Congreso de Génova y el lenguaje de los diarios mazzinianos, *Il Diritto*, *A Unità Italiana*, *Il Movimento*, *Il Proletario*, *Roma é Ve-*

acuerdo (1), etc., elaboraron hasta tal punto las tranquilas aguas gubernamentales, que

(1) Este periódico era dirigido por el consecuente patricio Federico Bellajji, y tenia de corresponsal político en España, al autor de este libro. La carta que nos honramos conservar, del ilustre propagandista italiano, dice así:

» Asociacion del Comité del Provvedimento.—Presidente Garibaldi.—Comité central.—Génova, núm. 111.—Génova 18 de Enero de 1862.—Señor D. Nicolás Díaz y Perez.—Señor: Conociendo que V. ama á la Italia y á Garibaldi, me tomo la libertad de rogarle se sirva mandarme alguna correspondencia política para el periódico garibaldino *Roma é Venezia*, del que le mandaré un número, si tiene á bien indicarme la direccion que debo ponerle en la faja. Y en el caso que V. pudiese mandarme dichas correspondencias, le suplico tambien me remita nota y nombres de sus correligionarios que se presten igualmente á este servicio, ó por cualquier otro medio á la cooperacion del triunfo de nuestra santa causa.

» Mazzini me encarga dé á V., de su parte, un fraternal recuerdo, y con este motivo soy con la mayor consideracion de V. fraternal y consecuente amigo, *Federico Bellajji*—P. D. Cuando escriba pondrá V. el sobre á mi nombre, vía Giubia, número 15, Génova, ó á casa del general Garibaldi, nuestro común amigo.»

Por nuestras indicaciones eran correspon-

los diarios realistas declararon á una á Mazzini el hombre mas funesto para la libertad y unidad de Italia y el que menos habia trabajado por la independencia de la patria.

Por toda contestacion publicó el célebre revolucionario aquella *declaracion* que hemos ya citado, y que aquí extractamos mas detenidamente.

Il Nomade, de Nápoles, insertóla en su número del 7 de Junio, y allí declaraba: «que »tácita y expresamente se habia puesto de »acuerdo con el Gobierno de Turin para la »revolucion; que este habia faltado al pacto, »y que, por consiguiente, este quedaba roto; »que todo su pensamiento y el de sus amigos »habia sido *hacer* la Italia una, *con* la monarquía, *sin* la monarquía, *contra* la monarquía »y *sobre* la monarquía, si esta se rebelase á

sales de este periódico en Porto D. Marcos Argüelles; en Zaragoza, D. Juan Pablo Soler; en Madrid, D. Pedro Pruneda; en Lisboa, D. Eduardo Ruiz Pons y en Badajoz, el autor de estas líneas.

Recordamos aquí estos hombres por la grata memoria que guardamos á los que de ellos ya no existen, y por la consecuencia política que guardan los que viven, que firmes en las filas republicanas no han desmentido ni un ápice de sus honrosos antecedentes.

»aquel fin. Que habiende faltado el Gobierno,
 »toda la razon del pacto desaparece desde el
 »momento en que abandona la liberacion del
 »territorio.» Y terminaba diciendo: *Yo mi*
sento, da oggi in poi, libero da ogni vincolo,
fouiché da quel che mi impossano l'utile del
paeze é la mia coscienza, elocuentes frases
 que repetian todos los periódicos de Turin y
 Nápoles.

Pocos dias despues, el 15 del mismo mes,
 el consejo de la asociacion democrática ita-
 liana publicaba en *Il Diritto*, el siguiente ma-
 nifiesto:

.
 «Nosotros estamos convencidos de que la
 »triste y equívoca situacion nuestra, de iner-
 »cia y de sumision al extranjero, mata la ini-
 »ciativa popular, que tanto concurre á apre-
 »surar la unidad nacional y que puede y debe
 »empujar enérgicamente á la liberacion de
 »las provincias esclavas. El plebiscito, que es
 »nuestro código político, debe tener su com-
 »plemento. Todos los patriotas italianos hán-
 »lo aceptado. No existen entre éstos ambicio-
 »nes individuales, ni sectas, ni diversos pro-
 »gramas. Hay solamente de una parte hom-
 »bres apocados y resignados á *dejar hacer*; de
 »la otra, hombres siempre determinados á
 »obrar. Nosotros somos de estos últimos, á

»los cuales remuerde la menor vacilacion
»cuando se trata de libertar los presos her-
»manos nuestros y constituir á Italia se-
»ñora de sí misma. Todos tenemos derecho
»para marchar á la liberacion de nuestros
»hermanos los esclavos.

»La nacion ha manifestado ya su decisiva
»voluntad: secundarla y cumplirla es el de-
»ber de todos. Que las asociaciones patrióti-
»cas, esas agrupaciones de valientes que han
»sabido conocer las aplicaciones de la ley del
»progreso de la época, garantía é instrumen-
»tos de la libertad, perseveren en la obra de
»su emancipacion, custodien en tanto su de-
»recho y recuerden al país que para ir á Ro-
»ma y Venecia es necesario batir la vía tra-
»zada de Marsala al Volturno.—Belgirate.—
»El presidente del Consejo Central, José Ga-
»ribaldi.—El vicepresidente, Campanella y
»Guillenzoni.—Vocales, De Boni, Nicotera,
»Mario, Morto, Miceli, Salfi, Libertini, Fris-
»cia, Saocchi, Crispi, Bertani, Manzoni, Dol-
»fi, Cairoli.—Secretarios, Cadolini, Savi.»

Nuestros lectores recordarán perfectamen-
te que todos estos esfuerzos solo bastaron
á conducir al inmortal Garibaldi á Aspro-
monte.

Preso Garibaldi, no es para contar en es-
tos momentos lo que sintió la democracia

italiana y la causa de la libertad en Europa; lo cierto es que desde este incidente la actitud de Crispi, de Mordini y de otros antiguos demócratas, la de *Il Diritto*, que era el diario mas considerado de la prensa revolucionaria, ofrecia sospechas; así es que tan extremada crisis señaló una nueva línea de conducta á las ideas de Mazzini, que guardó, por largo tiempo, el mas profundo silencio.

Ya en 1863 aparecen varias cartas apócrifas de Mazzini (1), en las cuales se maltrataba severamente al ilustre jefe de los *mil*, signo gráfico de las sensibles discordias que mas tarde estallaron entre dos hombres que, para servirnos del lenguaje del gran patriota, *eran pensamiento y accion* del partido revolucionario de la Italia moderna.

Sucede por instantes tambien la insurreccion polaca, y Mazzini la alienta y favorece grandemente, reuniendo dinero y hombres para tan noble causa. Entonces escribió su

(1) La prensa reaccionaria, y sobre todo, la que defendia á los príncipes reinantes de Italia, acogió estas cartas con fruicion y las publicaba con comentarios poco gratos para los republicanos, porque, eso sí, la prensa reaccionaria tiene grande habilidad en todos los países para sacar partido de las cosas mas insignificantes.

célebre folleto *Osservazioni sul'importanza
el'avvenir e della Polonia*, en el que se mani-
festaba convencido de la noble actitud que,
juzgada por su levantado corazon, tomarian
las potencias europeas.

Desgraciadamente, para la infeliz Polonia,
el egoismo de los Césares fué superior y con-
mucho, al entusiasmo de los pueblos; y nue-
vos mártires vinieron á continuar la nunca
desmentida causa que defendia el pueblo po-
laco.

Mazzini, que ya en su alocucion de Marzo
de 1863, habia dicho á los patriotas italianos:
«La salvacion de Polonia está en Venecia.
»Belgrado y Pesth...» «En nombre del santo
»principio de nacionalidad, representado por
»Polonia é Italia; en nombre de los polacos
»que dieron su sangre en las batallas para
»nuestra unidad, deshonro á quien rehusare
»su nombre y su dinero.» Mazzini que decia
esto, se encontraba ahora en posesion de
una respetable suma. La cuestacion era un
franco disponible para otras empresas, y pú-
blicamente, pues Mazzini era enemigo de las
sombras, dijo á todos los que le querian oir,
«que debia aumentarse y continuarse la sus-
»cripcion para comprar armas con que poder
»libertar el Véneto.»

Semejantes propósitos, revelan los cons-

tantes esfuerzos que hacia Mazzini por libertar de tiranos y de extranjeros, no solo á su patria, si que tambien á otros pueblos, que como ella, eran presa del martirio de los reyes.

VII.

Desde 1860 á 1865, José Mazzini tuvo que sufrir las amarguras de ver á sus mas entusiastas amigos desertar de la bandera de la democracia. La célebre Convencion de Setiembre, que impuso la traslacion de la capital de Italia á Florencia, enardecidó de nuevo los espíritus, y Mazzini fué uno de los candidatos que en mayor número de colegios se votó para diputado al nuevo Parlamento. Contra Mazzini desplegó el Gobierno italiano todo el lujo de iniquidades de que hace poco daban insigne muestra los que dirigian en España las últimas elecciones; y por insignificantes mayorías de diez ó doce votos, Mazzini salió derrotado en Nápoles y Génova, habiéndole costado este triunfo al Gobierno mas de 90.000 florines que repartió entre los electores, para comprar sus sufragios. Pero la ciudad de Mesina, por tantos títulos ilustre, eligió á Mazzini por gran mayoría, porque supo despreciar las dádivas y rendir un jus-

to respeto al sufragio universal. No fué corto el embarazo que esta eleccion trajo al Gobierno de Florencia, y no estaria fuera del caso reseñar la discusion que sobre su acta hubo; mas la circunstancia de hacer en este libro un trabajo muy reducido, nos impone el deber de atenernos á lo mas preciso, y así solo diremos que, tras borrascosísimas discusiones, fué anulada por 191 votos contra 107.

Antes, sin embargo, de que recayera la votacion de la Cámara sobre este acta, Mazzini habia hecho pública renuncia de su cargo. Su carta, que publicó *La Nazione*, de Florencia, decia entre otras cosas:

«Que no habia olvidado su fé republicana, y haberse contentado con dejar hacer á la monarquía mientras la monarquía servia á sus propósitos; que ahora habia perdido toda la fé en la realizacion de su obra, si la monarquía continuaba con la direccion; que se habia divorciado completamente de ésta, y que por esto mismo no aceptaba un mandato en una Cámara tan corrompida y servil como la de Florencia.»

Estas elocuentes frases inspiraron á su amigo Saffi á imitar su conducta, renunciando

do la diputacion por la ciudad de Forli. Ambos querian la unidad italiana y no podian aceptar la obra hecha á medias por Víctor Manuel en Florencia, cuando ellos querian la República de Roma; esto es, *todo ó nada*, la célebre frase del viejo marqués de Albaida, cuando le preguntaban por qué no queria la Constitucion de 1856.

Mazzini ha resistido diez años más, trabajando quince y diez y ocho horas diarias: ha muerto de inaccion. La hora de la muerte ha sido para él la de la justicia y de la reparacion.

.....

No ha saboreado ninguna de las alegrías que endulzan la existencia de los demás hombres.

Comprometido desde la edad de veinte años en las luchas políticas, no ha conocido nada del amor que tanto lugar ocupa en la vida de los jóvenes.

Su madre, que velaba inquieta por aquel niño, siempre enfermo, se apresuró á asegurarle una renta de 3.000 francos y abandonó el resto de la herencia paterna al audaz innovador.

Mazzini ha vivido cuarenta años en la pobreza y en el destierro, lleno de amarguras, engañado por sus amigos, calumniado por

todos, y se oía llamar, por voces tan desautorizadas como las de Manin, Gioberti y Montanelli, EL GÉNIIO MALO DE LA ITALIA!... Nada ha podido contenerle. Sus compañeros le han abandonado, le han negado, le han denunciado. El no ha dejado por esto de permanecer en la lucha, impávido, inmutable, con la vista fija sobre esa Roma, que han vencido otros á quienes él habia mostrado antes que nadie el camino.

Este gran italiano, á quien su ingrata patria preparó á su muerte públicos funerales, no ha tenido mas que un momento de debilidad.

Como Demóstenes, desterrado, errante por la playa de Trezene y por las montañas de EGINE, con los ojos vueltos hácia el Atica, Mazzini, despues de haber vivido cuarenta años en el destierro, sintiendo que se acercaba su última hora, ha ido á morir á Pisa, sobre la tierra italiana que tanto amaba.

¡Ay!... ¡Era en él tan profundo el sentimiento de la patria, que su vida hubiera sido eterna, si no encuentra un rincon italiano donde exhalar su último suspiro!

CAPITULO III.

MAZZINI Y CÁRLOS ALBERTO.—LA JÓVEN ITALIA Y EL «DIO ET POPOLO».—LA TENTATIVA DE SABOYA Y LA DERROTA DE SUS PLANES.—«L'APOSTOLATO POPOLARE» Y «L'EDUCATORE».—REMORDIMIENTOS DE CÁRLOS ALBERTO, Y LA INTENTONA DE 1844.—LA CARTA DE JAMES GRAHAM Y «LA LIGA PARA LA LIBERTAD DE ITALIA.»—MAZZINI, TRIUNVIRO DE ROMA.—LOS TRAIADORES DE LA REPÚBLICA.

I.

Conocemos ya el ideal que inspiró á Mazzini durante toda su vida: redimir á su patria: *tentar* para esta obra cuantos medios le sugiriese la ocasion ó los recursos que se le facilitasen, ó los que le suministrase su propio ingenio, era un santo deber que estaba siempre dispuesto á cumplir. Veamos ahora si Mazzini descuidó un solo momento la regeneracion de su patria, el cumplimiento, mejor dicho, de su santa mision.

El gran revolucionario habia entrado en 1830 en el período de obrar y realizar de

una vez sus bellas teorías de la unidad italiana, como base del fundamento de la República latina, sueño constante, aspiración eterna de todos los grandes hombres de la época presente.

Hay en la historia de Mazzini un período sorprendente, que hace temblar á todos los políticos que conociesen las grandes agitaciones del mundo y los esfuerzos supremos que hacian los tiranos por resistir á las nuevas ideas que presentaban los revolucionarios. Este período está en la época de conjuraciones, en los días de conspiración, en aquel tiempo inolvidable en que Mazzini vivía en continuas agitaciones, y traía conmovidos todos los pueblos, desde Rusia hasta Portugal, desde Bélgica hasta Suiza.

Cuando José Mazzini se decidió á que obrase la revolución, abandonó á Inglaterra y está dos años oculto á las miradas del mundo. Al aparecer en Génova le sorprendió la revolución parisiense de 1830. El carbonarismo se agitó de nuevo y creyó favorable la coyuntura que la revolución francesa le ofrecía para romper la obra de la Santa Alianza. Mas en esta ocasión la policía, que había husmeado las tramas de la conspiración, prendió una noche á los principales jefes de la sociedad, y entre ellos se contó

Mazzini. Durante seis meses estuvo encerrado en la fortaleza de Savona, y en tan largo cautivarío, según confesión propia, ideó el plan de una nueva sociedad, mas activa y mas fuerte que el de la carbonaria. Este plan pueda decirse fué el que dió vida é hizo tan terrible durante largos años á la *Jóven Italia*.

Puesto en libertad, pero continuamente molestado y acosado por la policía, prefirió voluntariamente el destierro para poder trabajar con mas desembarazo por la noble causa á que consagró toda su vida, antes que permanecer en una quietud que hubiera acabado con su propia existencia.

Breve tiempo permaneció en Marsella.

La revolucion de Paris halló eco en Italia, y los Napoleones fueron los primeros que dieron el grito de *Italia y libertad*.

En Roma se intentó la insurreccion, pero tambien con desgraciado éxito. Triunfó en Módena, Bolonia y Parma; mas de nuevo los extranjeros esclavizaron la pobre Italia, esta Italia que habia confiado un momento en que Francia, por cuya gloria tanta sangre habia derramado, la salvaria. ¡Cuán terrible debia resonar en el corazon de todos los italianos la voz de *Ciro Menotti*, que al subir las fatales escaleras del cadalso dijo: *italianos no osáis*

en promesas de extranjeros; díganlo cuantos sientan latir su pecho á los gritos de la libertad y de la patria.

Mazzini habia marchado á Córcega al estallar las insurrecciones de Italia central, y como estas duraron lo que nube de verano, la intervencion del gran patriota fué nula.

Por aquellos mismos dias, 27 de Abril de 1831, Cárlos Alberto ocupaba el trono del Piamonte. Los liberales piamonteses habian olvidado su anterior conducta; y lo que era aun peor, la parte que tomó en el Trocadero contra los constitucionales españoles. Se necesitaba un brazo que decidiese el movimiento de Italia, y este brazo solo podia ser el de Cárlos Alberto, el único rey italiano que no pactaria con el Austria. Entonces escribió Mazzini su famosa carta á Cárlos Alberto, de que hemos hecho mencion en el capítulo anterior.

¿Anduvo, al dar este paso, desacertado?

Aquí seria preciso demostrar que era posible á Cárlos Alberto realizar, con un pequeño esfuerzo, la unidad italiana, poniéndose al frente de su ejército y de sus patriotas; mas de seguro que se calificaria nuestra demostracion de vana, como así se tuvo por muchos tambien la carta de Mazzini; y pues queremos vindicar al ilustre genovés de la

nota de visionario que, á contar de la publicacion de aquella mereció, veamos lo que Chateaubriand, embajador de Francia en Roma, en 1829, escribia al ministro conde de Portalis, y que leemos en la página 348 de la edicion francesa, tomo XI, de la *Historia de los italianos*, de César Cantú.

.....
«Mas si alguna impulsión del exterior, ó si algun príncipe de entre los Alpes concediese una Constitución á sus súbditos, una revolución, para la cual todo está sazonado, reventaría muy pronto.»
.....

Mazzini, pues, de acuerdo con Chateaubriand, creía que un príncipe podía salvar á Italia; acudió al príncipe, y no le hizo caso. ¿Es por esto acaso menor la gloria de Mazzini? Conteste por nosotros el lector.

II.

Descorazonado el joven *agitador*, volvió á Marsella, dando cabo al proyecto de sociedad secreta que habia ideado en Lorena.

Esta, como hemos dicho anteriormente, era la *Jóven Italia*.

El objeto que los asociados se proponían cumplir, al jurar los estatutos de la sociedad,

era: «Consagrarse enteramente y para siempre á constituir á Italia en una sola nacion independiente, libre y, sobre todo, republicana.» A este fin, no se podia admitir á miembro alguno que pasase de cuarenta años, como á los que no contaban diez y seis, debiendo procurarse un fusil y diez paquetes de cartuchos para estar dispuesto á obrar á toda hora.

El símbolo de la sociedad era una rama de ciprés con este lema: *Ahora y siempre*. En sus sellos y documentos mas notables tambien escribia la sociedad estos otros lemas: *Todo para Italia: Todo por Italia: Todo de la Italia*; completa trinidad que da la medida del amor acendrado que sentian los afiliados por su pueblo y por los santos principios de la democracia republicana.

Su enseña, la bandera tricolor: blanca, roja y verde. Esta es la bandera que hoy tiene Italia. Estos colores significan libertad, igualdad, unidad é independencia.

Los estatutos que primeramente juró Mazzini, y mas tarde el piemontés Bianchi y el famoso Santi di Rimini, que le ayudaron eficazmente en su árdua empresa, fundaban la conspiracion en una ley natural y en el santo principio de la asociacion.

Se diferenciaba del carbonarismo en que

era francamente política, que abolía toda clase de privilegios y deseaba sustituir la religión católica, por otra basada en la religión natural, que agrupase á todos los hombres en un solo pensamiento: en el de adorar á Dios. Si hemos de creer á Ricciardi, de esta comunidad universal, pretendía Mazzini ser el Papa (1).

Estableció, pues, desde luego Mazzini, un comité directivo en Malta, al frente del cual se pusieron los célebres agitadores modenese Juan y Nicolás Fabrizzi, á fin de poder obrar enérgicamente y á un mismo tiempo en el Norte y en el Sur de la Península.

Publicó por entonces también otro diario que llevaba por nombre el de la asociación. Su lema era el célebre *Il Dio et Popolo*, que se introducía en Italia, primero por comisio-

(1) Mr. de Ricciardi, no era muy amigo de Mazzini, ó al menos no veía con buenos ojos la jefatura que llevaba el ilustre revolucionario en el movimiento para la libertad de Italia. Como otros muchos, que nunca hicieron nada por la libertad de su patria, Mr. Ricciardi veía en Mazzini un conspirador vulgar, que tenía deseos de trabajar para sí, compartiendo con la patria el botín de sus victorias. Grosera calumnia que no merece ni los honores de ser desmentida.

nados que hacian el viaje de Marsella á los puertos del Mediterráneo, luego en barriles de piedra pomez, mas tarde en botes de pescado. Eran redactores y colaboradores La Cecilia, Cherardi, Sismondi, Giaunano, Gioberti, Güerrazzi, Módena y Popoli. Tenia por corresponsales á Kossuth, Radeski, Pelletan, Orense y Dominguez, esto es, los hombres mas acentuados en la idea revolucionaria en Polonia, Francia, Italia y España,

Obtuvo la asociacion tan rápido incremento, que apenas habia trascurrido un año cuando contaba entre sus afiliados á los hombres mas eminentes de Italia, á aquellos precisamente en quienes se fundaban las mayores esperanzas para la futura regeneracion de la patria. A la *Jóven Italia* pertenecian, segun puede verse en los escritos de Mazzini, en Toscana Güerrazzi, Bini, Mayer y Basttogi (ministro en 1862); en la Lombardia y en el genovesado se contaba con el auxilio de Corsini, Montanelli, Francini, Montucci, Matteucci (hoy senador del reino), Cempi, Fauzi y Maffei; en las Marcas era el alma Farini.

Un solo hecho demostrará la gran importancia que habia conquistado la *Jóven Italia*, á pesar de su corta existencia. Aburrido un dia el Gobierno sardo por tan activa propa-

ganda, que minaba los cimientos de todo el edificio del orden social entonces existente, condenó á la pena de horca á José Mazzini, por perturbador del orden público. La sentencia es del 26 de Octubre de 1833, al mismo tiempo que Luis Felipe, obedeciendo á las instancias del Gobierno piamóntes, obligaba á Mazzini á abandonar á Marsella (1).

En este intervalo, trabó relaciones con José Garibaldi, que apenas llegado á Marsella, de un viaje á Oriente, se afilió á la *Joven Italia*. Desde aquel dia Mazzini y Garibaldi, el político y el soldado, fraternizaron, juraron pelear por la independendencia de Italia y pactaron las condiciones que aun el tiempo

(1) Desde aquella época, y por excitaciones de Luis Felipe, se formó una liga contra Mazzini, compuesta de un número de personas que pagaban los reyes de Europa. Puede decirse que esto era ni mas ni menos que la policía de los reyes, contra el gran revolucionario, policía que tenia la mision de envenenar ó asesinar á Mazzini en la primera ocasion, y vigilarlo siempre, así como á todos los amigos que le rodeaban. Pero el gran revolucionario sabia mas que estos *esbirros reales*, y jamás se puso al alcance de tan miserables asechanzas, siendo mas de notar que nunca fué sorprendido por esta rara policía, ni le cogieron documentos que comprometieran la suerte de la revolucion.

no ha podido descubrir, y sobre las cuales el antiguo desterrado de Capprera, guarda el mas profundo silencio.

III.

Habia Mazzini, ó mejor dicho, la *Jóven Italia*, publicado un folleto en ese mismo tiempo y que se reimprimió veinte años mas tarde, titulado *La guerra por bande*, y que era en resúmen las instrucciones que la asociacion pasaba á sus afiliados para el momento de accion.

Ya Mazzini en Ginebra, donde se refugió á su salida de Marsella, organizó aquella primera tentativa contra el Piamonte, que llevaba por nombre *la de Saboya*, cuya direccion militar confió al genovés Ramorino, que habia combatido brillantemente en Polonia. Los que acusan á Mazzini de imprevisor, por esta segunda intentona, recuerden la tentativa de los hijos del general Roussaroll, en Nápoles, que costó la vida á trece patriotas fusilados en Palermo, y el violento estado de los ánimos en Módena y Toscana; las persecuciones de los austriacos en el Milanesado, tan pronto se tuvo conocimiento del desastre de los compañeros de Ramorino y su formal declaracion de intervenir para lo su-

cesivo en la pacificación de las revoluciones que los patriotas intransigentes intentasen en los estados sardos, y dígase si con todo esto no estaba bien preparado y escogido el terreno y el momento de acción.

Por otra parte; bien que fracasase la tentativa por defección de Ramorino, quien abandonó á sus compañeros, sin ver al enemigo; bien que el desaliento se apoderase de la columna expedicionaria, al ver que los pueblos no la recibían con el entusiasmo que se prometían la calidad de los emigrados, que entre otros figuraban Durango, Garibaldi, Cambiaso, Balbini, Piòvera, Durazzo, Pareto, Maxi, etc.; el suplicio del infortunado abogado Andrés Vichicéria, quien se obligó á atravesar la calle que habitaba para que su mujer é hijos pudiesen contemplarle en su marcha al suplicio; la muerte del genovés Ruffini; el fusilamiento de doce soldados, cabos y sargentos; el envío de treinta de estos á los presidios y de setenta mas que fueron encausados por conato de rebelión, y otros rigores que sería muy largo enumerar, como los fusilamientos de Volenteri y Borrel, prueban, á nuestro entender, que no puede calificarse de loca intentona,—como sostenía Cavour en la prensa de aquellos tiempos,—la de Saboya, aunque su desgraciado resul-

tado diese motivo para criticar los planes del siempre censurado Mazzini.

En la proclama que este dió á sus compañeros decia, «que iba á establecer la república federativa en Italia, desde los Alpes al Faro, y que se trataba de fundar una Roma del pueblo, centro de una gran unidad política, social y religiosa...»

Estas palabras fueron duramente censuradas por los demócratas de Europa, que querian ver establecida la federacion italiana para que de una vez tuviera ensayo la doctrina democrática de la escuela mas pura, esto es, la de los principios federativos. Mazzini no comprendia esta necesidad, al menos para Italia, que, fraccionada y dividida desde el siglo X, en pequeños reinos, ducados y principados, necesitaba, segun él, borrar las fronteras que habian establecido los déspotas para hacer una gran república bajo la bandera tricolor que habia de tremolarse en Roma. Y bajo este punto de vista, la conducta de Mazzini era disculpable, puesto que habia pueblos refractarios á la república, y que con la federacion habia de trabajar de continuo por las anexionés ó emancipaciones, matando así la idea principal de Mazzini, de reconstituir su patria bajo una sola bandera. Pero aparte de otras consideraciones que nos sugiere este

asunto, continuaremos diciendo que vencida la insurreccion de Saboya, tuvo Mazzini ocasion de recordar por primera vez aquellas palabras de Jacobo, que dicen: *Ma situ caditra via, vediti esecrato come demagogo.*

Y en efecto, las acusaciones de inesperto y orgulloso llovieron sobre el jefe de la *Jóven Italia* que en 15 de Abril de 1834 se refundió en Berna con las sociedades de la *Jóven Polonia* y la *Jóven Alemania*, fundadas á imitacion de la primera y por iniciativa del intrépido y valeroso conspirador italiano. Pero las enérgicas reclamaciones del Gobierno piamontés, apoyadas por el austriaco, obligaron al presidente de la *Jóven Europa* á abandonar á Berna, y de hecho á la disolucion de la sociedad que tendia al establecimiento de la República Europea, por medio de la federacion ó confederacion política que dejara á los pueblos el derecho de conservar su autonomía y darse las leyes especiales que cada municipio, cada canton, cada Estado, tuviese por conveniente legislar para el orden interior, administrativo y político de su pueblo.

Pasó entonces Mazzini á París, donde en Octubre de 1836 publicó *L'italiano, foglio letterario*; mas tuvo tambien que abandonar esta ciudad, suspender el periódico y refugiarse en Lóndres, en este mismo año, donde para

distraer la atención de sus enemigos y desorientar la policía, que celaba rigurosamente sus pasos, se dedicó á estudios filosófico-literarios que le valieron la consideración y estima de los hombres mas eminentes de Inglaterra en letras y artes, y el respeto de la prensa inglesa, que no siempre se consigue.

En el ínterin estaba en estrechas relaciones con todos los centros de la península, y, con el comité de Malta mayormente.

IV.

La reputación que le valieron sus trabajos literarios y filosóficos, que tenían siempre por objeto la causa de Italia, le decidieron á publicar un nuevo periódico, que intituló *L'Apostolato popolare*, cuyo primer número apareció en Londres, el 10 de Noviembre de 1840, y no en 1844 como equivocadamente afirma Vaperan, y dijo también el Sr. Mañé, en 1862. En este primer número restablecía Mazzini su teoría de la asociación, fundada en el deber, principio *cardinali* de la escuela mazziniana, que sentaba esta doctrina: «Deber del hombre para con Dios, con la ley y con la humanidad, el deber de asociarse nacionalmente y que nos impone el deber de contribuir al progreso de los demás, á fin de

»completar el nuestro y perfeccionarle para
»ser útil á todos....»

Al *Apostolato popolare* sucedió en 1843 *L'Educatore*, que redactaba en union de Pepoli, Rosseti y otros, á la vez que continuaba siendo el eco de todas las conspiraciones que se sucedian por aquel tiempo en la Romania y en Sicilia.

Cárlos Alberto, el padre de Víctor Manuel, quien, al decir de Cibrario, se entregó á una vida ascética por calmar así mejor los remordimientos que nacieron en su alma, á consecuencia de los fusilamientos de los primeros años de su reinado, en 1836, emprendió algunas reformas, que le valieron de nuevo las simpatías de los patriotas italianos, que, como todos los hombres liberales, estaban dispuestos á perdonar toda clase de agravios en cambio de una Constitucion, en cambio de libertad:

..... *ché é sicara*
Come sa chiper lei vita rifnita.

No así en las Dos Sicilias, donde el mas abyecto despotismo continuaba teniendo formidable asiento.

Despues de varias intentonas, todas desgraciadas, llegamos á 1844, época en que se prometia Mazzini la libertad y la independencia de Italia. Ricciardi debia, desde Cór-

cega, marchar á Roma. Los refugiados en el Tessino invadir el Piamonte. Fabrizzi, que estaba al frente de la legion extranjera, de la Argelia, debia, con la misma, penetrar en Sicilia y los hermanos Bandiera desembarcar en las Calabrias y amenazar á Nápoles. ¿Por qué fracasó la empresa? Por que un tal Partesotti, iniciado en la conjuracion, vendió sus planes á los austriacos, que avisaron á las demás potencias. Aterrados con las precauciones que veian tomar á los gobiernos italianos, los iniciados dejaron de concurrir á sus puestas. Solo los valerosos hermanos Bandiera cumplieron como buenos su palabra, y el fatal dia 25 de Julio perecian fusilados en Cosenza, pagando así su arrojo y el amor que profesaban á la libertad.

Se ha disputado largamente sobre la participacion que en la insurreccion de los hermanos Bandiera tuvo Mazzini, llegándose hasta el punto de suponer que estaba ignorante de ella. Esto cuenta tambien Vaperran y lo mismo afirma el Sr. Mañé, en el estudio que sobre Mazzini publicó en 1862. Mr. Lattari en sus notas á la *Storia dei fratelli Bandiera e consorti*, de José Riciardi, sienta la peregrina idea de que la insurreccion no era republicana, sino simplemente constitucional, fijándose en las declaraciones

que Atilio dió en este sentido, para salvar á sus compañeros; mas el mismo Ricciardi, autoridad en la materia, desvanece completamente estas dudas, como asimismo muestra de una manera indudable la participacion de Mazzini, pues las proclamas que repartieron al desembarcar y que terminaba una de ellas, la que dirigia á los napolitanos, con el grito de: «En nombre de los ilustres desterrados desembarcados: *no mas rey, no mas tiranos...*» y en las que mandaron á los calabreses decian tambien, «que venian á librar batallas para hacer admirar la bandera republicana,» eran escritas por Mazzini, y de Mazzini salieron tambien los pocos fondos con que contaron para el movimiento. En nuestro concepto, basta recordar la defensa que de los hermanos Bandiera, y de su participacion en el movimiento del 15 de Julio, escribió en el folleto titulado *Ricordi dei fratelli Bandiera*, para no intentar arrebatár al genovés la triste gloria que pueda caberle en el movimiento de los hermanos Bandiera.

V.

Es sabido el profundo desaliento que toda intentona revolucionaria, malograda en su

gérmen ó ahogada por la fuerza, produce en el ánimo de los afiliados. A propósito de la derrota de los hermanos Bandiera, resucitaron aquella série de recriminaciones contra Mazzini que ya se hacian crónicas en la prensa monárquica de Italia. Pero Mazzini, que conocia mejor que nadie las armas de sus eternos enemigos, las despreciaba, y muy pronto volvió á su porfiado trabajo, que nunca la desgracia produjo en su ánimo debilidad alguna. En 1847 contribuyó poderosamente á la agitacion que estalló en Italia, al advenimiento de Pio IX al sόlio pontificio, con la publicidad que dió á la carta del inglés sir James Graham, que tradujo en tres lenguas. En esta carta, que se titulaba *La Italia, el Austria y el Papa*, se defendia con porfiado empeño la causa de la independencia italiana y el compromiso que tenian los Papas de redimirla, y hacia un llamamiento á los ingleses para que atendiesen las quejas de tan bello cuanto desgraciado país.

El extraordinario efecto que causó la carta de James Graham indujo á Mazzini á organizar la sociedad denominada la *Liga para la independencia de Italia*, cuyo programa claramente manifestaba cuáles eran las tendencias de sus fundadores. Este programa, cuya fecha era la del 28 de Abril de 1847, estable-

cia que, para llegar al fin propuesto, era necesario:

«1.º Ilustrar al pueblo inglés sobre su
»condición política y sus varias relaciones
»con los países extranjeros.

»2.º Difundir los principios de libertad y
»progreso nacional.

«3.º Acrecentar y manifestar eficazmente
»la opinión pública en favor del derecho de
»todo el pueblo á gobernarse por sí mismo y
»á conservar su propia nacionalidad.

»4.º Promover la buena inteligencia en-
»tre los pueblos de todos los países.»

.....
.....

Háse querido ver en el programa de la *Liga para libertad de la Italia*, la prueba del decaimiento de Mazzini, al renunciar á los medios violentos, vulgarmente llamados revolucionarios. Fundada es la crítica si nos atenemos á la letra, y muy errada si se considera:

1.º Que el grito de *reforma*, era comun por aquellos tiempos en Italia, Francia y Alemania.

2.º Que para Mazzini lo esencial era la independencia de Italia, y es bien seguro que por estos tiempos, no dejaría de recordar aquellas sabias palabras de uno sus autores

mas favoritos: *vincono qualunque modo vincono.....*

Testimonio vivo son estos hechos de que Mazzini no se separó ni un solo momento de la causa del pueblo y por él trabajaba constantemente, ya en la prensa, ya en la tribuna, ya dirigiendo revoluciones, que traian alarmados á los reyes y príncipes de toda la Italia.

Y no obstante los reveses que Mazzini llevara en 26 años, poco tiempo despues de haber fundado la *Liga*, en 8 de Setiembre del mismo año de 1847, escribia su célebre carta al Papa Pio IX, de la que hemos hablado ya, y en la que en vano pretendia que el Pontífice enarbolase la bandera de la libertad para redimir á la Italia, que sufría muchos siglos ya la tiranía horrorosa de los príncipes y reyes, que, con el veneplácito de los Papas, habían mandado en el pueblo italiano, dejando escrita en su historia un sin número de crímenes, que las generaciones presentes anatematizan, y la moral pública condena como contrarios al derecho de gentes.

VI.

Llegamos al período mas difícil para hacer este libro; llegamos á reseñar el gran papel

que desempeñó Mazzini en el movimiento de 1848, y hemos de decir, pues, los principales hechos de la extraordinaria revolucion que estalló en Italia.

Principiaremos por consignar que Mazzini, cuando vió que Milan se oponia á la unificacion de la Lombardía y el Véneto, acudió de los primeros á Milan y supo combatir, ya con su periódico *L'Italie del Popolo*, ya en *El Círculo Nacional*, por la unificacion de ambos países, actitud que tanto aplaudia el podestá Casati, partidario de Cárlos Alberto, no siendo cierto, bajo ningun concepto, que esta fuese causa de los desastres de Custozza y Novara, como se complacen en cantar sus pérfidos detractores. La causa de estos estaba en la lentitud con que procedió en todos sus movimientos Cárlos Alberto, y en la segunda intencion que llevó al hacer la revolucion, manifestada despues de la derrota de Custozza, en el despacho que dirigió al Gobierno de la república francesa, pidiendo socorros y la *posesion de la Lombardía*, por lo que tan duramente le increpó Mazzini en su valiente diario *L'Italie del Popolo*.

Recuperado Milan, no se retiró Mazzini á escribir folletos en Lugano, como con cierta complacencia cuenta un escritor catalán. Mazzini fué á Lugano en compañía de Gari-

baldi y sus voluntarios, en cuyas filas se habia alistado. Despues se retiró al lago de Como. Tomó este partido porque él no podia entrar en el Piamonte sin exponerse á graves peligros, pues sobre él pesaba una sentencia de muerte, y es de creer que esta sentencia se hubiese ejecutado aun despues de lo ocurrido en Milan.

Por último, le vemos detenerse en Lugano los momentos necesarios para escribir su *Ricordi del giovini*, en el cual le decia «que habia acabado la guerra de los reyes; que iba á comenzar la de los pueblos;» partiendo despues á Liorna desde donde pasó á Florencia, creyendo que Güerrazzi, su antiguo amigo y hasta aquel entonces dictador de Florencia, le recordaria. Pero no fué así. Mazzini, que ardía en deseos de ser útil á la patria, se trasladó á Roma, donde fué elegido miembro de la Constituyente romana, que declaró el 9 de Febrero de 1848, por 143 votos contra 11, «la destitucion del poder temporal del Papa, salvando su independencia en lo espiritual, y el establecimiento de la República romana,» por la cual tanto habia luchado.

El venia trabajando por la revolucion desde 1830. El movimiento de Roma lo habia él iniciado desde las provincias. Todos sus amigos le secundaban. Mazzini era el salvador de

aquel pueblo que venia suspirando por la libertad, desde los tiempos de Cárlo Magno. Respondiendo Roma al movimiento, la victoria era segura. Y en este momento supremo para la Italia llega Mazzini á Roma, cuando se iba á decidir de la suerte de la libertad.

Nombróse á su llegada un *triumvirato* para que la rigiera, y entró á formar parte de él junto con su fiel amigo Saffi, en los momentos mas críticos de la revolucion italiana.

Lo que trabajó entonces Mazzini era increíble. Multiplicábanse sus decretos; se sucedian las alocuciones suyas como por encanto, y supo levantar el espíritu público como ningún otro hombre de estado podria haberlo hecho en momentos tan difíciles.

El pueblo, entusiasmado por su triunfo, recorria las calles de Roma gritando dia y noche á Mazzini, mientras el antiguo revolucionario, que ya veia su obra en camino de terminarla, se entregaba á ordenar la república, y á legislar con urgencia las leyes fundamentales sobre que habia de descansar la paz pública.

Su primer decreto decia así:

«¡Viva la República Romana!

»El silencio y la quietud de esta noche (la del 9 de Febrero de 1849) han sido interrump-

»pidos por el eco de la campana capitoliana.
»Su sonido nos anunciaba un suceso feliz, un
»acontecimiento deseado hace muchos siglos,
»y que por muchos siglos tambien se venia
»retardando.

»Despues de media noche, la Asamblea romana habia entonado el glorioso nombre de la República.

»Este nombre lleva consigo Virtud, Honor y Gloria.

»Dos cosas se derivan inmediatamente de este solemnísimó acontecimiento: la regeneracion de los pueblos y la santificacion del sacerdocio.

»La palabra República, bautiza de nuevo al hombre, el cual salió de las manos de Dios soberanamente republicano, así es que Dios no le sometió ni á reyes ni á verdugos; antes bien, le puso en posesion de Sí mismo y de todo lo creado.

»La república restituye al hombre la dignidad de hombre, le saca de la abyeccion de la esclavitud, le separa del oprimido rebaño, que un sacerdocio usurpador esquilmaba y arrastraba al pasto de la limosna y del oprobio.

»Ciudadano; hoy puedes tu decir: yo soy romano, italiano, republicano; yo he vuelto á ser hombre, como Dios me habia creado;

»yo no pertenezco ya al arbitrio del tirano;
 »ni comeré mas el pan del deshonor; sino
 »que me siento al banquete de mis hermanos:
 »ninguno de estos es mas que yo: la ley de
 »la república ha nivelado la condicion de los
 »hombres.

»Volvamos ahora la vista al sacerdocio.
 »El recibe tambien de la república un nuevo
 »bautismo: á ella debe la nueva pureza de
 »que se reviste; á ella el respeto que los pue-
 »blos le rendirán; á ella la soberanía de la
 »conciencia y del dogma. El Evangelio vol-
 »verá á ser un código de salud. La estola no
 »volverá mas á ensangrentarse. El báculo no
 »goteará ya lágrimas humanas. El apostola-
 »do católico comenzará de nuevo sus glorio-
 »sas conquistas; y poderoso con el auxilio del
 »Divino Verbo, no invocará mas, ni el terror
 »de la cuchilla, ni la prepotencia de los ejér-
 »citos. Buscaremos al sacerdote, y le halla-
 »remos junto á los adorados altares, y no le
 »veremos mas con las reales insignias. Dios
 »le bendecirá nuevamente, porque al fin
 »vuelve á conducirse por el sendero del Cal-
 »vario.

»Decreto fundamental. — Artículo 1.º El
 »papado ha prescrito de hecho y de derecho
 »el Gobierno temporal del Estado romano.

»Art. 2.º La forma de gobierno del Es-

»tado romano será la democracia pura.

»A la primera hora de la mañana del 9 de
»Febrero de 1849. El presidente de la Asam-
»blea Constituyente romana, Galleti.—Los
»secretarios, Juan Pennachi.—Aridante
»Fabbretti.—Antonio Zambianchi.—Guérico
»Filopanti Barilli.»

Este decreto, que venia á echar por tierra al poder temporal de la iglesia de Roma, cayó como una bomba entre el clero católico que habia dominado á Italia eternamente.

Y mucho mas le ofendió aun, si se quiere, la alocucion que el mismo dia que se publicara el anterior decreto, fijaron por las esquinas de Roma los constituyentes.

Héla aquí:

«Al pueblo Romano: ¡Viva la República!
»Un hecho grande ha tenido lugar.—Reunida
»la Asamblea nacional de vuestros legítimos
»representantes, y conocida la soberanía del
»pueblo, la única forma de Gobierno que nos
»convenia, es aquella que hizo grandes y
»gloriosos á nuestros padres.

¡»Así lo decretó la Asamblea, y la Repúbli-
»ca romana ha sido proclamada hoy desde el
»Capitolio.

»Después de tantos años volvemos á tener
»patria y libertad. Mostrémonos dignos del
»don que Dios nos envia, y la República ro-

»mana será eterna y feliz.—Roma 9 de Febrero de 1849.—Los ministros del Gobierno republicano, C. E. Muzzarelli.—C. Armellini.—F. Galeotti.—L. Mariani.—P. Sterbini.—P. di Capello.»

En aquellos mismos días los pueblos de Roma se constituían en poderes republicanos, por medio de juntas revolucionarias, que cada una de ellas legislaba dentro del momento presente de la acción, con un criterio eminentemente levantado y justo.

La de Liorna, por ejemplo, publicaba el siguiente acuerdo:

«Viva la república:

»Ciudadanos: Nosotros, pueblo-rey, deliberando una vez para siempre, hemos decretado y decretamos:

«Artículo único. Todos los Papas, empezando desde Pío IX, están destituidos completamente del poder temporal.

»Nos, pueblo, con aquel poder que ha sido y será siempre propio del pueblo y de Dios, los arrojamus de Roma como usurpadores y tiranos, y los declaramos destituidos de todo poder temporal.—El presidente, E. la Cecilia.»

Estos decretos hacían temblar de rabia á los ultramontanos que, como el clero, ya se negaban á prestar su servicio á la república,

hasta el punto que el Gobierno tomó la siguiente providencia:

«En nombre de Dios y del pueblo.—El
»triunvirato:

»Considerando que los canónigos del Cabildo Vaticano han repetido el día Pascual
»la negativa de prestarse á las funciones sagradas dispuestas por el Gobierno;

»Considerando que la negativa, al mismo
»tiempo que ofende gravemente la legalidad
»de la religion, agrava tambien la majestad
»de la república;

»Considerando que el Gobierno tiene el deber de conservar pura la religion, y de castigar cualquiera ofensa contra la república;

»Ordena: Los canónigos del Cabildo Vaticano, en pena de su criminal negativa á
»asistir á las funciones sagradas dispuestas por la república el día de Pascua, son multados personalmente en la suma de ciento
»veinte duros cada uno, etc., etc.

»Los triunviros:—C. Armellini.—J. Mazzini.—A. Saffi.»

Basta con estos documentos para conocer lo que Mazzini queria con la república romana; y es de sentir que no hubiese seguido mas tiempo el Triunvirato deliberando y decretando, para habernos completado una série de reformas que bastasen á retratar gráfica-

mente á los hombres de la Italia de 1848.

VII.

La traicion por una parte, y por otra la ambicion de los hombres de la república de París, hicieron que la república romana cayera muy pronto, para reponer en su silla á Pio IX con todas las prerogativas y derechos de sus antecesores los demás pontífices.

Semejante conducta no merece mas que el desprecio y la censura mas severa para los hombres que formaban el Gobierno francés, pues la historia ya ha condenado fuertemente estos hechos, diciendo de los hombres cuanto son y lo que deseaban del porvenir para sus locas ambiciones.

Mazzini, el infatigable Mazzini, triunviro enérgico que legislaba como Salomón, veia dirigirse sobre Roma un ejército francés, cuando podia recordar los ofrecimientos que M. Lamartine le habia hecho en el Hotel de Ville de París en la memorable revolucion de Febrero, cuando llevó allí á los patriotas italianos.

Bien es verdad que el ejército del general Oudinot iba impulsado por el brazo de Luis Bonaparte, y que la inconstante opinion de los franceses estimaba como mas liberal y re-

publicano al falso héroe de Strasburgo y de Boulogne, que no al general valiente, al honrado soldado de la libertad, á Cavaignach.

Dé lo que hizo Mazzini como triunviro poco podemos decir que no lo sepa el lector. Recordemos, no obstante, solamente su proclama del 18 de Marzo de 1849, en que el condenado á muerto por Cárlos Alberto, decía á los romanos: «Unámonos con el Piamonte para la obra de la redencion de la patria.»

De la conducta que observó en tan apurado trance, son buen testimonio sus mismos detractores: todos alaban su tolerancia, su espíritu de justicia, su rectitud, en fin.

En las negociaciones diplomáticas que siguió con M. de Lesseps (á quien antes de hacerse célebre en el canal de Suez, le habia dado celebridad entre nosotros la intervencion que tuvo en los sucesos de Barcelona, cuando el general Espartero) mostró *raro ingenio, mucha precision y excelente estilo*,—dice el Sr. Mañé,—hasta el punto de recabar concesiones que no aprobó mas tarde el general francés, ni menos su Gobierno.

CAPITULO IV.

MIRADA RETROSPECTIVA.—ITALIA EN 1846-48.

—CAUSAS DE LA REACCIÓN.—GIOVANE MARIA MASTAI FERRETTI.—PIO IX.

I.

Háse dicho por muchos que Mazzini fué el que mató el movimiento republicano de Italia, y nosotros hemos de confesar aquí, para justificación de la verdad, que quien lo mató fué la actitud del clero por una parte, y la maldad del pueblo por otra. Roma era una ciudad corrompida, una Sodoma que envenenaba á cuantos alentaban en ella. Las costumbres de aquellos cortesanos, no podían ser mas inmorales, reflejando esta gran verdad todos los actos á que el pueblo concurría.

En su libro titulado *Pictures from Italy*, Cárlos Dickens relata una ejecucion de la pena capital en Roma. El célebre novelista

la habia presenciado. Tratábase de un ladron y asesino que habia dado muerte á una condesa bávara, que iba en peregrinacion á Roma. La ejecucion se verificó el sábado 8 de Marzo de 1844.

«En Roma—dice Dickens—no hay épocas determinadas para la administracion de justicia, ni para la ejecucion de las sentencias. El viernes por la tarde, hallándose aquel hombre comiendo con los demás presos, fueron á notificarle que al dia siguiente seria decapitado. Pocas veces se guillotina en Roma durante la cuaresma; pero la naturaleza del crimen habia hecho escoger esta época para que sirviera de ejemplo la ejecucion por la mucha abundancia de peregrinos que acuden á Roma con motivo de la Semana Santa. Me anunciaron el suceso el viernes, y pude leer en las columnas de las iglesias los carteles en que se rogaba á los fieles que rezasen por el descanso del alma del criminal.

»Debía verificarse la ejecucion á las catorce horas y media (hora romana), ó sea á las nueve menos cuarto de la mañana... El lugar de la ejecucion estaba inmediato á la iglesia de San Juan el Decapitado (como rindiendo un homenaje de gusto problemático á la memoria del Bautista).

»Una gran muchedumbre se agrupaba en

aquel sitio, mantenida á cierta distancia por un destacamento de dragones del Papa. Dos ó trescientos soldados de infantería estaban sobre las armas, agrupados acá y allá, mientras los oficiales, paseándose de dos en dos y de tres en tres, charlaban y fumaban.... Dieron las nueve, y luego las diez, y nadie venia. Las campanas de todas las iglesias sonaban como de costumbre. Todo un parlamento de perros corria y jugueteaba en el espacio libre entre el tablado y la muchedumbre. Muchos altivos romanos, embozados en capas azules y rojizas, ó cubiertos de andrajos, iban y venian en grupos.

»Dieron las once ¡y nada! Entonces circuló el rumor de que el reo no queria confesarse; decíase que si persistia en su negativa, los sacerdotes le acompañarian hasta la hora del *Ave María*, ó hasta la puesta del sol, pues tienen la caritativa costumbre de no apartar el crucifijo de los ojos de un hombre en el momento supremo antes de tal hora... De pronto se oyó el sonido de la trompeta. ¡Atencion! gritaron los jefes de la infantería. Los soldados se adelantaron hácia el cadalso y le rodearon... La guillotina se convirtió en centro de un bosque de bayonetas y sables desnudos. El pueblo se agrupó en torno del cadalso. Al cabo de un rato se vió salir algu-

nos frailes de una iglesia vecina y dirigirse al tablado; ostentábase sobre sus cabezas la imájen del Crucificado, cubierta con un velo. Los frailes se colocaron junto al tablado y se volvieron de modo que el reo pudiera ver la cruz hasta el último instante. Casi en el mismo momento apareció el condenado sobre la plataforma con los pies desnudos y las manos atadas: el cuello de su camisa había sido cortado hasta los hombros. Era un joven de veintiseis años próximamente, robusto... Arrodillóse inmediatamente debajo del cuchillo, su cuello se adaptó á un agujero practicado en una tabla; otra tabla cayó por encima. Debajo habia un saco de cuero. Su cabeza, en un abrir y cerrar de ojos, cayó en el saco.

«El ejecutor la agarró por los cabellos y recorriendo el cadalso la mostró al pueblo, que apenas habia tenido tiempo de observar la caída de la pesada cuchilla. Cuando la enseñó perfectamente por los cuatro lados del tablado, la fijó en un garfio para que se viera desde el extremo de la calle y pudieran venir á ella las moscas. Sus ojos estaban vueltos hácia el cielo como si no hubieran querido mirar el saco de cuero, y contemplaban el crucifijo. Aquella cabeza estaba fria, lívida, parecia de cera: el cuerpo lo mismo.»

Dickens da otro detalle no menos horrible.

Los aficionados á la lotería se habian colocado cómodamente para contar las gotas de sangre que habian salpicado el suelo y comprar un número igual al de aquellas.

Otros se habian ido á la taberna á beber tantas copas de vino como gotas habian visto brotar de aquella cuchilla fatal que manejó el verdugo con tanta maestría.

En lo general, el pueblo romano se entregaba aquel dia á la alegría, como si tuviera que conmemorar un gran suceso. ¿Podia esperarse algo bueno de los que esto hacian? Mazzini queria encontrar grandes almas adonde no habia mas que miserables seres. Ya lo comprendió, aunque tarde, y se fué á agitar á otras gentes más nobles y dignas. Antes de 1846, cuando nadie apenas le respondia en Roma, se fué al Véneto y enarboló la bandera de la independencia. «Arrojemos al austriaco y la Italia será una,» repetia á quienes querian oirle. Sus trabajos dieron fruto al fin.

La voz de Mazzini se dejó escuchar en el Lombardo-Véneto. Milan ofreció al mundo aquellas cinco jornadas admirables. Venecia su heroica revolucion. En 1848, no poseia Austria en Italia mas terreno que el Cuadrilátero; de los 100.000 soldados de su ejército en Italia habian muerto 4.000; 24.000 estaban

heridos ó prisioneros y el resto desorganizado é indisciplinado. Mazzini seguia su obra.

El 23 de Marzo, Carlos Alberto pasó el Tesino; el 25, el primer cuerpo de ejército entró en Milan. Carlos Alberto comenzó la campaña con 25.000 hombres contra 70.000 austriacos, que se reunieron en Montechiarío. El rey los atacó y desalojó de allí, llevando de un solo golpe la guerra sobre el Mincio, en donde Francia é Italia la terminaron juntas en 1859. El rey batió á los austriacos en Goito y en Monzambano, entrando en 11 de Marzo en Valeggio. Toscana, el Papa y hasta el rey de Nápoles proclamaron la guerra santa, que habia iniciado Mazzini, contra el extranjero. En 8 de Abril escribia un grande político desde Viena: «Aquí se dan ya por »perdidas las provincias italianas, aunque »las tropas austriacas triunfaran en la guerra. La victoria de Austria podrá ser fatal á »Carlos Alberto; pero no puede mejorarse la »suerte del Gobierno imperial de estas provincias lombardas. Esto es lo que aquí se »piensa.»

El ejército de Carlos Alberto fué reforzado con 5.000 toscanos que se detuvieron para sitiarse á Mantua, y 17.000 soldados pontificios que franquearon á Venecia y tomaron no poca parte en la guerra provincial. El rey de Ná-

poles envió un regimiento, que se portó admirablemente. Los austriacos fueron batidos en Pastrengo y el ejército italiano avanzó hasta Rívoli, poniendo sitio á Peschiera y Verona. Radetzki desalojó á los piamonteses de Santa Lucía, batiendo con 40.000 austriacos á los toscanos cerca de Mántua. Carlos Alberto á su vez triunfa en Goito y rinde á Peschiera. Radetzki se replegó sobre Mántua y repuso su ejército. Carlos Alberto hizo alto en Goito para reunir todas sus fuerzas, marchar sobre Mántua y bloquear ó batir á Radetzki, el cual habia desacampado de noche. El rey perdió algunos dias y despues regresó á Rívoli. Radetzki manioobra en union de Eugent y Walden, los cuales mandaban 15.000 tiroleeses. El rey acampó en las colinas de Valeggio y Bussalengo, donde esperó refuerzos. Así dejó pasar un mes. El 13 de Julio, el rey atacó á Verona en una línea larguísima que se extendia desde Mántua hasta los Alpes. Esto, junto al genio militar de Radetzki, perdieron al rey; pero á pesar de esta falta, los italianos vencieron todavía en la Corona, tomando á Governolo. Radetzki gana la batalla de Sammacampagna y avanza hasta el Mincio. Carlos Alberto levanta el sitio de Mántua de noche y llega á Villafranca; movimiento de genio, pero incompleto,

porque dejó á su retaguardia 20.000 hombres inútilmente, con los que, de otro modo, se hubieran decidido los destinos de Italia. El rey atacó á los austriacos, atrincheros en las cumbres de Valeggio el 21 de Julio, con solo 25.000 hombres; renovó su ataque al día siguiente, y Radetzki ganó la batalla de Custoza, que fué en Marengo, y que casi terminó definitivamente la guerra. Víctor Manuel, á la sazón duque de Saboya, se portó como un héroe. Radetzki, que había triunfado con mucho trabajo, atacó á los piemonteses en su retirada sobre Goito.

Mazzini, que había preparado estos acontecimientos desde 1840, levantaba la opinión en favor de la libertad de su patria, en tanto que el rey de Nápoles tenía fija su vista en el botín antes que en la victoria, y en el engrandecimiento del Piamonte ante la expulsion de Austria. Carlos Alberto decía: «Enviadme tropas, buques de guerra, y vencamos; despues arreglaremos lo demás.» Fernando, por su parte, respondia: «Tratemos desde luego la cuestion,» y presentaba una série de escusas miserables, fundadas en la distancia, en la falta de base de operacion y en el mal estado del Tesoro. El Papa se acordó de pronto de que los austriacos eran tambien católicos y que él era padre comun de los fieles. Carlos

Alberto habia protestado ante la diplomacia que pasaba el Tesino y rompía el tratado de Viena para impedir la proclamacion de la república en Lombardía; no podia, pues, aceptar los socorros de Francia, que, dicho de paso, no habian sido ofrecidos nunca de una manera formal. Y de ahí la frase obligada de «*La Italia farà da se.*» Los lombardos, desconfiando de Carlos Alberto, no se mostraban muy propicios á prestar su concurso en la guerra, y Mazzini desde Milan preparaba todo. Disentíanse los destinos de Italia á cañonazos. Mazzini proponia la cuestion política de la forma de gobierno y de los lazos que debian unir la Lombardía al Piamonte. Venecia fué grande en todo. El nombre de Manin sobrevivirá con el de Mazzini, Garibaldi y Cavour para gloria de la Italia del siglo XIX. Leopoldo de Toscana se condujo como un hombre de honor, por mas que como archiduque de Austria tenia que temerlo todo del ódio de los italianos contra el extranjero. La Sicilia fué inferior á las demas provincias de Italia: no hizo mas que insultar y alabarse. Las proposiciones de Austria, de dejar oeder la Lombardia hasta el Adigio, fueron rechazadas cuando, por el contrario, era conveniente aceptarlas: despues era ya demasiado tarde. Por lo demas, no faltó na-

da: errores, crímenes, chiquilladas, rasgos de heroísmo, bajezas, adulaciones, desconfianza, exaltación, debilidades y locuras. Por todas partes el caos. Afortunadamente la experiencia y las desgracias no fueron inútiles. Los acontecimientos de 1859 y 1860 han probado que Italia recordaba sus faltas y sus desastres, y las ha reparado.

La suerte de Italia se decidió en menos de un año. Los hechos no respondieron á las palabras, ni pueden recordarse ahora sin sentirse el mal del pasado. El Piamonte sucumbió primero en Novara; despues Brescia, que honró el nombre italiano como Vicenza, Venecia y Roma. Génova fué humillada. Toscana galvanizada un instante por Güerrazzi, volvió á caer en poder del gran duque, corrompido por Pio IX en Gaeta. Leopoldo deshonró su nombre consintiendo la ocupacion austriaca, y mató su popularidad, su renombre de hombre de bien y su dinastía. Messina se defendió valerosamente y fué arruinada. Palermo se entregó y fué prostituido. Los ducados volvieron á caer bajo el yugo de sus antiguos señores. Bolonia se batió dos dias contra los austriacos, no dejándoles traspasar sus murallas. La defensa y caída de Venecia han llegado á ser una leyenda que lleva este epígrafe: «¡¡Dos años de hambre y

bombardeo!!» Fernando II dominó á Nápoles donde no quiso vivir, mas por remordimientos que por miedo. Roma... ¡Roma! fué asesinada por los clericales ultramontanos.

.....

Pero murió Gregorio XVI y Pio IX fué coronado Pontífice y el cual, desde la allocucion del 29 de Abril de 1849, se habia precipitado, de caida en caida, como una cascada de los Alpes. El peso de las cosas aniquilaban al pobre y pomposo cura que se habia elevado tan alto para convertirse en una máquina de guerra, cambiaba á menudo de ministerios, pero nunca de principios. Por una parte se veia atacado del derecho divino; por otra del poder temporal, del derecho humano, cosas que algunos se esforzaron en conciliar. Mamiani entre estos, habia declarado que «Pio IX, elevado á la serena paz de los dogmas, oraba, bendecia y perdonaba; pero dejaba á la Asamblea los negocios.» Pio protestó y propuso mediar con Austria para la paz de Italia. Pero Austria, que veia en esta mediacion un negocio de rutina del Pontífice, no hizo caso de éste: «Es costumbre de la Santa Sede pronunciar una palabra de paz en tiempo de guerra.» Tales eran las palabras del Papa al emperador. Walden, despues de la

batalla de Custoza, invadió sus estados en su nombre. Pio IX protestó por la forma; pero el general austriaco no retrocedió sino ante los fusiles de los boloneses. El pueblo romano y el ministerio pidieron medidas enérgicas para salir en auxilio del Piamonte y la Lombardía; Pio IX recordó, como siempre, que era padre de todos los católicos, se estremeció ante la posibilidad de un cisma en Alemania, y respondió vagamente á la petición. Mamiani presentó su dimision.

El conde Fabri, que le sucedió, tampoco fué mas dichoso y tuvo que retirarse. Pio IX llamó entonces al cardenal Soglia y al conde de Rossi. La eleccion de Soglia era muy desgraciada: carecia de reputacion, de inteligencia y de talento... El partido liberal no estaba mas contento de Rossi, á quien le creyó iniciador de una política antinacional. Nada le obligaba á aceptar la cartera: si le aconsejaba la ambicion, su talento le justificaba; imprimió en el Gobierno un nuevo impulso. Su Santidad se entendia con él en todos los negocios y se inclinó hácia la liga italiana. Soglia no pensó así. Rossi se rodeó de personas á quienes dominaba. El conde de Harcourt, que habia hecho siempre oposicion á este nombramiento, presentó sus observaciones. Su Santidad respondió: «Yo ne-

cesito, de él para organizar mis Estados.» Rossi era unitario; pero, hombre de carácter, de ideas y de valor, tenía un programa, sabía á dónde se dirigía y de qué manera, y trató de poner un poco de orden á la bacanal de Ciceroucchio, y de Sterbini, y de todos los murmuradores, intrigantes, espías y satélites de los dos partidos extremos. Rossi quería una alianza italiana «para la garantía mútua de los príncipes italianos.» El objeto era contrarrestar la influencia de Carlos Alberto, que decia siempre: «Peleemos; nosotros arreglaremos despues lo demás.» Rossi admitia al Austria en la liga como potencia italiana, y quería conservar el poder temporal del Papa, que era contrario á los intereses de Italia. Rossi fué muerto; Pio IX, se sobrecogió de terror. Rossi habia abandonado su política de prudencia; amenazaba, pasaba revistas, jactándose de fuerte y aspiraba á una política antinacional. Se le creia enemigo de Italia.

Al dia siguiente, 19 de Noviembre de 1848, el pueblo se dirigió al Quirinal para pedir al Papa un ministerio democrático. Pio aceptó. Se le impuso unas Constituyentes italianas y una declaracion de guerra nacional á Austria. Pio protesta. El pueblo insiste cercando el Quirinal para obligar al Papa á aceptar el

nuevo ministerio. Pio IX resiste. El pueblo grita: ¡subito! ¡subito! ¡pronto! ¡pronto! Ciérranse las puertas; los suizos hacen fuego y el pueblo se dispersa. La guardia nacional y los carabineros comienzan la lucha contra los suizos, resultando tres muertos, y entre ellos monseñor Palma; prenden fuego á la puerta y dirigen la puntería del cañon para apoderarse del Papa traerle á San Juan de Letran, y proclamar un Gobierno provisional. Pio IX llamó al abogado Galletti, y le dijo que estaba dispuesto á ceder. El Papa cede al fin; pero ocho dias despues, 24 de Noviembre, tramaba su fuga con la diplomacia: vestido de lacayo sale de Roma hácia Gaeta, mientras que el embajador francés le esperaba en coche en otra puerta de la ciudad, segun tenian acordado, para conducirle á Civitta-Vecchia y luego á Francia. La partida del Papa no impresionó gran cosa al pueblo romano; pero, segun un historiador muy formal, César Cantú, «los Cristos sudaban sangre y lloraban las imágenes.» El Parlamento romano delegó el poder ejecutivo en un triunvirato compuesto del príncipe Cosini, del marqués de Camerata y del abogado Galletti. Los triunviros convocaron una Cámara constituyente por sufragio universal. El Papa excomulgó. El pueblo puso la bula

sobre las columnas Vespasianas. Reuniéronse las Constituyentes en 5 de Febrero bajo la proteccion de estas dos santas palabras, como dijo su presidente el viejo Armellini: *Dios y el pueblo*. Garibaldi propuso la proclamacion de la república. El príncipe de Canino batió en brecha á Mamiani, que queria dejar á las Constituyentes la declaracion de forma de gobierno. El 9 de Febrero se proclama la abolicion del poder temporal y se reinstala la república romana en el Capitolio. Diez dias despues llegaba Mazzini.

Lo que pasara despues, los actos del gran revolucionario, la actitud del pueblo y lo que querian los triunviros, ya lo hemos dicho en el capítulo anterior. Ahora nos toca examinar lo que era Italia en 1848.

II.

Las primeras palabras de Pio IX en la Encíclica despues de su eleccion, fueron quejumbrosas: la repeticion de aquellos estúpidos lugares comunes de Gregorio XVI contra el racionalismo, la indiferencia, la irreligion, el progreso, las sociedades bíblicas y la prensa. Proclamó que él era ante todo Papa católico, y padre, tanto de los italianos como de todos los fieles; inquebrantable res-

pecto al sostenimiento de los derechos de la Iglesia. Un mes después concedió una amnistía necesaria; pero defectuosa por las condiciones, promesas y juramentos impuestos a los amnistiados. Este paso dado así dejó suspenso al pueblo. No se sabía si elogiario ó maldecir, sublevarse ó agradecerlo. Un hombre, que conocia á Pío IX desde su infancia, aconsejó á Ciceruacchio que se le colmase de elogios y se le comprometiese. El consejo fué puesto en práctica, menos por Mazzini que lo rechazó. No obstante de esto, Pío IX se hizo de moda, no el Pío IX del Vaticano, ni el Pío IX de la historia; sino aquella hechura fantástica que ocupó á la Europa todo un año con un famoso artista.

Los romanos, de suyo impresionables, pedían la ejecución del *Memorandum* de 1832. Pío nombró una comisión para estudiar las reformas: diez meses después, en 14 de Abril de 1847, formó un Consejo de Estado compuesto de un miembro por cada provincia, elegido por el Papa en terna y á propuesta del legado, bajo la presidencia de un cardenal: algo mas tarde acordó tambien la creación de un Consejo de Ciento, en el cual estableció un Senado de nueve individuos. Estas simplezas, llamadas por algunos reformas democráticas, sirvieron de pretexto para los

aplazados. Los *sanfedistas* se alejaron. Se habló el 16 de Julio de una conspiración de jesuitas y reaccionarios para obligar á abdicar á Pío IX en medio de una matanza popular, mientras se preparaba una invasión de Austria.

Metternich fué acusado de esta conspiración. Palmerston lo creyó y el canciller de Austria tuvo que justificarse. La verdad es que Pío IX encontraba una gran oposición en Nápoles, Viena y el partido reaccionario.... ¡Le habían creído revolucionario!

Ludolf escribía al ministro del rey de Sicilia, el 21 de Noviembre de 1846: «El Papa es débil; las ovaciones le mueven á continuar la senda que ha emprendido: su posición es muy difícil y la complica más su sed de popularidad. El partido reaccionario y el progresista se encuentran el uno enfrente del otro: el primero se compone de altos funcionarios, quienes crean obstáculos oponiendo todo género de trabas. Los cardenales no abandonan al Papa, sin comprender el estado de las cosas y que no puede hacerse hoy lo que antes se hacia. Las reformas son muy urgentes; pero hasta aquí nada se ha hecho: el carácter de este Gobierno es la incertidumbre. El partido liberal crece, y la situación está de manera que solo la encuentro un re-

medio: tomar una pronta resolución y seguirla con firmeza.»

Rossi se había alejado de Roma descontento de no haber obtenido la expulsión de los jesuitas de Francia. Pio IX había retrocedido ante la popularidad que esta medida pudiera proporcionarle. Lutzow se había ausentado igualmente ante la actitud del pueblo romano y á consecuencia de las pocas consideraciones que recibía del Papa.

Entretanto las reformas proyectadas en Roma se realizaban y extendían por Italia. El mas liberal fué el gran duque, es decir, el que menos tenía que reformar. Después Carlos Alberto, el mas sério y cauteloso, y que ya había roto con Austria por una cuestión de aduanas. Y mientras los italianos malgastaban el tiempo y la energía en agitarse en la plaza pública, él escribía á Castagnoto, que se hallaba en Casala: «Qué hermoso día será aquel en que se dé el grito de guerra por la independencia de Italia! Montaré á caballo con mis hijos y me pondré á la cabeza de mi ejército.» Púsose sobre el tapete un tratado aduanero entre el Papa, Toscana y Cerdeña.

Muerto el duque de Módena, Francisco V, su sucesor, inicia algunas reformas; el duque de Luca, sin querer ceder á la presión de los estudiantes y literatos, abdicó un poco ene-

jado y su Estado pasó dividido á los de Toscana, Módena y Parma. Solo el rey de Nápoles y el de Austria conservaron su actitud tenebrosa y amenazadora. Fernando II declaró tambien que no tenia reforma alguna que hacer, porque todo lo que los demas gobiernos proyectaban lo poseia su reino desde 1815. La Sicilia y las Calabrias, empujadas por Mazzini, respondieron con la insurreccion á este arranque. Fernando ahogó el motin en sangre. Europa censuró, Italia execró, el Czar Nicolás aplaudió.

El príncipe Metternich habia comenzado haciendo reservas, principalmente sobre las reformas del Piamonte, y esto de acuerdo con Francia, amenazando tambien con una intervencion en caso de llegar á organizarse la guardia nacional. Lord Palmerston, que admitia el derecho de los príncipes para establecer reformas, el mantenimiento de la division de Italia consagrada en Viena y el derecho de los príncipes á reclamar la intervencion extranjera contra sus pueblos, no admitia, sin embargo, que la situacion actual de Italia justificase la alarma, los proyectos, la amenaza de la intervencion de Austria. Llamó, pues, á los ministros de Prusia y Rusia, encargándoles aconsejasen al príncipe Metternich tuviese presente que

la Inglaterra tenia una armada en Malta, que podria visitar á Ancona, Trieste y Venecia. Aconsejaba además al ministro austriaco no contase para nada con Mr. Guizot, que de buena ó mala gana debia de seguir la corriente, ó ser derribado. Metternich, en presencia de semejante actitud, se excusó diciendo: que él solo trataba de proteger el Lombardo-Véneto. Empero, Metternich no hizo caso de la advertencia y ocupó á Ferrara, ó mejor dicho, dejó ocupar esta ciudad por las autoridades militares de Lombardía, que le apretaron la mano, principalmente Avesperg, comandante de la guarnición y de la ciudadela de esta ciudad. Excepto Prusia, todos los Gabinetes europeos aprobaron la invasion austriaca en los Estados pontificios. El pueblo italiano rugió, hizo versos, dió banquetes y agitó banderas. Pio IX protestó con soberbia y energía, y el príncipe Metternich retiró sus tropas de Ferrara.

Pero el impulso estaba dado. El consejo mas prudente de los príncipes hubiera sido ponerse al frente de la opinion pública y dirigirla: esto precisamente era lo que deseaba, lo que queria, lo que esperaba siempre Mazzini. A Pio IX, como á Carlos Alberto, como á Víctor Manuel, les habia impulsado para que aceptaran la revolucion que unificase á

Italia. Pero los príncipes se negaron á complacerle, y nadie sino ellos hicieron que el patibulo se desbordase, quizá intencionadamente, para justificar una represion que meditaban y tramaban en la sombra. El pueblo romano pidió al Papa libertad de imprenta, la expulsion de los jesuitas, la liga cristiana, la emancipacion de los judíos, cátedras de economía política, la colonizacion de la campiña romana, la abolicion de la lotería, la publicacion de las actas del Consejo, la libertad de veinticuatro reas políticos, el armamento, la desamortizacion y abolicion de mayorazgos. Pio IX respondió: «No, fijaos vuestra »atencion en los rumores públicos, ni hagais »peticiones contrarias á la santidad de la »Iglesia, que ne puedo, que no debo, que no »quiero admitir... Nuestros tres millones de »almas tienen doscientos millones de hermanos de todos los países; hé aquí la salud de »Roma; hé aquí quien defenderá á la Santa »Sede. ¡Gran Dios, protege á Italia y conserva en ella el precioso don de la fe!»

El pueblo respondió: «Benedicid entonces á »Italia entre los oficiales de la guardia nacional.» Pio IX rehusó.

En Marzo de 1848, todos los príncipes italianos habian dado su Constitucion.

La Sicilia se habia levantado el 12 de Ene-

ro de 1848 y arrojado á los soldados del rey de Nápoles; éste se habia asustado del incendio que se comunicaba á su Estado, y temia que abrasase sus provincias del continente, y acusaba á los príncipes de Italia de *esta ruina*. «Ellos, dijo, han arrojado un palo entre mis pies para hacerme caer; yo les daré con él en la cabeza.» Y, «en nombre del Todopoderoso y santo Dios uno y trino,» concedió á los napolitanos la carta francesa de 1830. Era esta la quinta otorgada á este pueblo desde 1799. Cárlos Alberto, con algun tanto de vacilacion, siguió su ejemplo. El gran duque no pudo retroceder. El Papa entonces se postró *sobre la cruz* y cedió tambien. El duque de Parma y el príncipe de Monaco mismo se resignaron á esta concesion.

Metternich respondió á esta actitud de los príncipes italianos, mandando á Italia una intervencion armada de cien mil hombres. Nada hicieron en Milan el archiduque Regnier, Radetzki, Ficquelmont y el director de la justicia: Ficquelmont y el virey no querian encargarse del gobierno militar. El consejo áulico, en sesion extraordinaria, sin embargo, habia dispuesto cambiar poco á poco el giro del gobierno de Milan, sobre todo cuando el príncipe Metternich hizo presente la profunda impresion que habia producido á

Viena la Constitucion de todos los Estados de Italia. Metternich dijo con frialdad al marqués de Ricci, que le comunicaba la noticia del Statuto dado al Piamonte: «Toda nacion es libre para hacer todo lo que tenga por conveniente; pero esto no alterará en nada nuestras relaciones internacionales. «El príncipe de Metternich se encogió de hombros aguardando á poder tomarse la revancha; siempre se desentendió del 24 de Febrero en París, y consideró como un sueño hasta el último momento aquella revolucion de Viena que en menos de tres dias destrozó un imperio de medio siglo y le envió á morir en un dostierro.

Tal era, pues, la situacion política de Italia desde 1846 á 1848.

III.

Habia en Italia en 1849 dos partidos dentro del republicano: el que queria subordinarse al clero, reconociendo al Pontífice como jefe supremo hasta en las cosas mundanas, y el que excluia á la Iglesia de la gobernacion del Estado. Mazzini era de este grupo. Mazzini decia que donde estaba la libertad no cabia la Iglesia con sus negociaciones, con su intolerancia, con su tiranía. Me-

por transigida con la dictadura militar que con la preponderancia del papado. Y no le faltaba razón para pensar así. Para un cardenal Cisneros, para un Richelieu y para un Mazarino que se encuentran en la historia, ¿cuántos Dúbois, cuántos Matillas, cuántos Rocafortis y cuántos Alberonis no se cuentan que causaron la ruina de las naciones que dirigieron; ya desde los consejos de la corona, ya desde el confesionario del monarca!

Y, en efecto, la política mezclada con la religión entendida y explicadas por eclesiásticos ignorantes ó ambiciosos, nos trajeron al vergonzoso estado de los tiempos del infeliz Carlos II, verdadero mártir á quien para librarle de hechizos y maleficios se hacía beber todas las mañanas un bingiton de aceite con huesos humanos que se decian reliquias de santos, á quien se hacía asistir á los autos de fé por espacio de ocho ó diez horas, y á quien llevaron al sepulcro mas las prácticas supersticiosas que las enfermedades.

Después, en el siglo actual, tenemos en España mil ejemplos de lo pernicioso que es el clero en la política. Con pretexto de la religión, ¿cuántos crímenes no se han cometido? ¿Cuántas veces, de 1823 á 1833, no hemos visto predicado el exterminio de los liberales hasta la quinta generacion! Cuántas veces

no se ha excitado al pueblo ignorante á llevar á cabo actos de inaudita barbarie á nombre de las ideas religiosas! Y la guerra civil de 1838 á 1840, y la actual en las montañas vascas-navarras, ¿no tuvieron y tienen por una de sus principales causas la influencia y predicacion de eclesiásticos batalladores que unos abiertamente, y otros por medio del confesionario y del poder sobre la conciencia, han lanzado á la lucha á poblaciones ignorantes y fanáticas?

Lo mismo que en España pasó en Portugal, con aquellos *miguelistas* fanáticos, que como los italianos de Francisco II, obraban á impulso del consejo ó á excitacion del párroco. Pero aun con estos ejemplos, que nos enseña la historia á cada paso, el Pontificado tenía en Italia, en 1849, algunos partidarios dentro de las ideas revolucionarias. Era comun en algunos, decir: «El Papa es liberal.» Otros añadian: «El Papa vendrá con nosotros hasta donde nosotros le llevemos.» Mazzini era el solo que repetia: «Yo no voy con el clero á ninguna parte.» Hablando una tarde con Lafarina, le decia: «La república se pierde por la ignorancia de las clases mesócratas y la resistencia del clero á consolidar los principios de la revolucion.»

¿Tenia razon Mazzini? ¿La tenían acaso los

que querian dar participacion al clero en el gobierno del pueblo?

Mucho se ha vociferado contra las inconsecuencias de Pio IX; pero los que tal han hecho se han equivocado: Pio IX ha sido siempre el mismo. «Soy como la pécora,—dijo un dia al hablar de su carácter;—ó quedo en donde estoy, ó caigo.» Y no mentia: ha sido siempre el Papa, es decir, la antítesis de la Italia, la rémora del progreso. El *Syllabus* era su esencia; solo que tratándose de él, es preciso no confundir las tres entidades que componen su personalidad, á saber: el hombre, el príncipe, el Papa.

Como hombre, Pio IX es un artista dotado de bellas cualidades; sus modales son finos, sobre todo con las mujeres, y la apariencia de sus carácter es la dulzura, que se manifiesta en su semblante, en su sonrisa y en el timbre de su voz.

Pio IX no tiene nada de democrático, ni en sus ideas, ni en sus gustos, ni en sus costumbres, ni en sus principios.

Es perezoso, pero no ocioso: rodará por las calles; vagará de un punto á otro sin rumbo fijo; pero no permanecerá acostado viendo cómo vuelan las moscas.

Es frívolo, pero con gravedad; ha sido poeta, y aun ahora suele hacer versos. Por tem-

peramento debia de ser avaro, pero es generoso por ostentacion y vanidad. Tuvo siempre grande inclinacion á la carrera militar, pero únicamente por el uniforme. Inspirado en la conservacion de su corona, Pio IX no cedió ante la revolucion, ni ante la Italia: como Papa no se opuso al Austria, á la Rusia, ni á la misma Francia: aquel espíritu femenino se mostró tenaz siempre. Lanzóse en brazos del extranjero, rompiendo los últimos lazos que le ligaban á su patria, y renunció su reinado espiritual por conservar el afrentoso gobierno de un puñado de prisioneros de la Europa católica: los romanos.

¿Y qué herencia dejará á sus sucesores? Jamás los soberanos de Europa se han doblegado tanto ante ningun Papa, tal vez porque el Papa y los príncipes sean cómplices; pero tampoco su respeto ha sido nunca mas provechoso á Pontífice alguno. Pio IX creia en la consustancialidad del Pontífice y del principe, y por consiguiente que podia pretenderlo y obtenerlo todo. Europa, sin embargo, no ha adoptado este dogma, porque sabe que si Pio IX, como Papa, ha sido en ciertas circunstancias un astro, como príncipe siempre fué una calamidad. Como príncipe, Pio IX será clasificado en la historia á la par de Fernando de Nápoles, entre los trai-

dores á su patria; y como Papa, dará la mano á Gregorio XVI. En su doble carácter de Papa y de rey, será en la historia del Pontificado lo que Inés Sorel es en la historia de la monarquía francesa: esto es, una cortesana que se toma el trabajo de salvar un gran principio.

Mazzini lo había comprendido así, y decía á sus amigos: «El Papa será todo menos liberal.» Y esto estaba probado. Una tarde los valerosos é intrépidos voluntarios que marchaban á la guerra se dirigieron al Quirinal para hacer vendetta su bandera. S. S. no quiso asomarse á los balcones. Recibió á algunos jefes, les recomendó el orden y les prohibió pasar la frontera: *Guardate la cara mia, ma non altre*, dijo.

Y el 12 de Setiembre, dos meses después de su elección de Pontífice, y en tanto que Italia y Europa entera entonaban himnos y consumían todo su incienso por el *Moisés* del papado, el conde de Ludolf escribía á su soberano: «Los que creen en las tendencias liberales, no digo del Papa, que sería imposible, sino de su secretario de Estado Gizzi, se llevarán un solemne chasco. Si el Papa hubiera previsto los efectos de su amnistía, por mas que esta hubiese sido una necesidad, hubiérase conducido de otra manera al conce-

dería, y hubiese seguido los consejos de aquellos que querían fuese más restrictiva..... Los *delegados* de las provincias son gente corrompida é incapaz. El ejército, corroído también por la gangrena, exige un remedio urgente. No se consulta á los cardenales del partido contrario, y ya se muestran disgustados, ya se colocan en oposición. Gizzi está aislado.» El 26 de Setiembre del mismo año decía: «La obstinación de querer interpretar las acciones y las palabras del Papa en sentido liberal, es un absurdo y una ofensa á la verdad. El príncipe de Canino, con su habitual descaro, se ha presentado en el Congreso científico de Génova como un intérprete de Pío IX. Este dijo al príncipe cuando partía: «Los Papas protegieron las ciencias y las bellas artes; yo seguiré su ejemplo.» Canino amplificó lo dicho por el Papa. Y ahora, después de esta ampliificación, quién habrá que no crea en los sentimientos liberales del jefe de la Iglesia?» En fin, el conde de Ludolf, dijo después para tranquilizar á su soberano: «Siéntese la necesidad de refrenar la prensa: esta continua predicación de *fraternidad*, ese charlar sempiterno sobre la *felicidad de Italia*, eso de depositar todas las esperanzas en el Pontífice actual, es, no solo querer comprometerlo, sino también dar á todos sus actos una impor-

tancia que dista mucho de la verdad y de las intenciones paternales del Papa en favor de sus súbditos. Justifícase perfectamente el resentimiento de las demás potencias de la Península.» Los italianos y la Europa se habían fabricado, pues, un Pio IX ideal: como el escultor de Veracio hacia de un dios leño un dios Priapo; y del mismo modo que su predecesor había hecho de su barbero un Santo Tomás, hacían de un Juan Lanas un grande hombre; pero fuerza es confesar que, si bien Pio IX se aturdió algunas veces, no se embriagó nunca hasta el delirio con el perfume de los inciensos de *Moisés del papado*, de *Mestas de la Italia*, de *hombre de la Providencia*, de *Alejandro III*, etc., que en todas partes quemaban delante de él, hasta el mismo Mazzini, que en un principio, y por un arranque de debilidad en él imperdonable, extendía la Italia á los pies del Vicario divino, como Baleigh extendió un día su manto bajo las plantas de Isabel. Pio IX se ciñó á su papel de Papa, y si los ciegos, si los crédulos se vieron burlados por la brutal alocución del 29 de Abril, no estuvo la culpa de parte de Pio IX. Aquella encíclica, que rompía bruscamente con Italia, fué el castigo de los imprudentes que, seducidos, tal vez, por la condescendencia del nuevo vice-Dios, ha-

bian querido comprometerle con sus alabanzas.

¿Podrían esperar, pues, algo de Pio IX los liberales de Italia? Basta con lo expuesto para comprender la necesidad que habia en seguir á Mazzini en sus consejos contra el Pontificado, si se habia algun dia de ver triunfar la bandera de la unidad de la patria. Es, pues, evidente, que la reaccion se organizó en el Vaticano y era dirigida por Pio IX. Pero en esta obra no estuvo solo el Papa. El famoso Petruccelli de la Gattina, en su folleto sobre Pio IX, que publicaba en 1864, y del cual nosotros venimos extractando algunos hechos, reasume en estos términos la situacion de Europa, cuando se iniciaba el movimiento político de Italia, en 1848:

«Prusia condescendia con el movimiento reformista de Italia; Austria lo toleraba; Rusia lo rechazaba; Inglaterra lo aconsejaba, y la política de Guizot no fué, ni tan retrógrada, ni tan austriaca como se dijo; pues fué mas adelante que la de Rusia y la de Austria, por mas que quedase atrás de la de Inglaterra.

»En cuanto á Pio IX, su historia se resume en dos palabras: mistificacion hasta 1848; desgracia despues.

»En esta mistificacion, Pio IX no fué cómplice voluntario, y se manifestaba tal cual

era á las Córtes, que miraban con horror la libertad y temian las reformas. Casi al dia siguiente de la eleccion, el ministro de Nápoles en Roma tranquilizaba á su rey, que se hallaba muy alarmado por semejante eleccion, y anunciándole el nombramiento probable de secretario de Estado, le decia: «Háblase de Amat, de De Angelis, ó tal vez de Gizzi. Dijo *tal vez*, pues Gizzi seria *demasiado popular*, dado el entusiasmo que manifestó el pueblo cuando creyó que la eleccion recaia en él.»

Con tales aspiraciones por parte de Europa, y dada la actitud de Pio IX, no era posible consolidar la república romana y los planes de Mazzini iban á tierra como castillo de naipes combatido por el viento.

IV.

Mazzini decia en Enero de 1849: «Hé estudiado á Giovanne Maria Mastai Ferrati, lo suficiente para conocerlo, y veo con sentimiento que no dará nada bueno para libertar á Italia. Como hombre no tiene carácter propio; como rey es un tirano; como Papa es una negacion del progrese humano, es un espíritu transitorio. No hará nada notable por el camino de las reformas, ni se separa-

»rá tampoco de la senda que habían seguido
»todos sus antecesores...»

¿Estaba en lo cierto Mazzini, respecto á Pío IX?

Estudiémoslo y conozcamos á fondo á este hombre que vino á matar el movimiento político de 1848.

- Petrucci de la Gattina, en su obra ya citada, cuenta que allá en los mediados del siglo XVI un peínero de Brescia abandonó su país, en donde ganaba con su oficio lo necesario para vivir modestamente, y fué á establecerse en Sinigaglia. Este artesano se llamaba Alberto Mastai. La fortuna sonrió al emigrado. El título de aventureros estimuló á sus descendientes, y el éxito que alcanzaron les dió fuerza y ardor. Vióseles, por consiguiente, á fines del siglo XVII romper la barrera del estado plebeyo y deslizarse entre la pequeña nobleza de la provincia.

Familia turbulenta, nunca pasiva en los disturbios civiles, siempre á la cabeza de los que llegan y nunca entre las filas de los que pasan y los que quedan, la familia de Mastai comenzó á figurar en la ciudad. Uni6se á esto el casamiento de Giovane María Mastai con una Ferretti de Ancona, que le aportó un rico caudal, un nombre mas conocido que unir al suyo y el título de conde Girolamo.

Mastai Ferretti casó mas tarde con la señorita llamada Catalina, de la familia de los condes de Sollazzi, grande, bella y excelente mujer. De este matrimonio nació en 1792 Giovane María Mastai Ferretti, hoy Papa, bajo el nombre de Pío IX.

A principios de este siglo, el célebre astrónomo Inghirami dirigia en Volterra un colegio de escolapios. A él fué enviado Giovane María. Su padre tenia algunos remordimientos de haber descuidado la educacion de sus demas hijos, y su madre, mujer piadosísima, se propuso inculcar en el corazon de éste algunos principios religiosos, que veia casi completamente olvidados en nuestro siglo.

Giovane Maria era de complexion débil, de semblante descolorido. Desde la edad de siete años padecia de convulsiones epilépticas. El padre Inghirami, condolido de aquella organizacion ahogada en su desarrollo y ultrajada por una enfermedad implacable, cuidó-le con el mayor esmero. Esto contribuyó quizá á aumentar la inclinacion de Giovane María á la holgazanería. Inghirami, no comprendiendo lo que habia de ilusorio y de poético en esta pereza de Giovane María, pensó que este jóven era incapaz de llegar á ser algo en su vida.

Entonces, y como los accesos de la enfer-

medad se repetían; hasta el punto de que Giovane María no se levantaba de uno sino para caecer en otro mas violento, determinóse á escribir á los padres para que le sacasen del colegio. Giovane María volvió á la casa paterna hácia el año de 1808.

Nuestro héroe aprendió en el colegio un poco latin, y de griego; pero á sus solas se habia formado un buen gusto literario con la lectura de los poetas, y aun muchas veces habia dado rienda suelta á los deseos de su alma en versos no del todo malos, atendidos los pocos años que contaba. Su alma habia contraído hábitos novelescos que, ayudados por una excesiva movilidad nerviosa, hicieron de él mas tarde un jóven apasionado y entusiasta. Volvió, pues, á Sinigaglia, ciudad que formaba entonces parte del reino de Italia. En todas partes resonaba el nombre de Napoleón, y todo era militarismo: é ideas belicosas. Giovane María cantó la batalla de Dresde y se inscribió en las filas de aquellos francmasones, contra quienes acaba hoy de fulminar sus anatemas. Vivió entre los soldados, con los ojos fijos siempre en las charreteras, que excitaban su entusiasmo. Entonces comenzó á darse una educacion mas conforme á sus deseos y nacimiento: tomó las armas, se ejercitó en montar á caballo, se dedicó á la mû.

esina y aprendió á tocar la flauta y el violoncello; y para ponerse al nivel de la gente de un cuerpo de guardia dióse diestro en manejar una pipa, vaciar una botella de un solo trago y jugar al billar y á la pelota. Merced á estos ejercicios consiguió restablecer su salud, y adoptó un traje medio civil y medio militar: llevaba una polonesa gris con alamares negros, gorra encarnada, pantalón con franja, el cuello de la camisa vuelto, con una corbata roja flotando á merced del viento, unas espuelas, una flor en el ojal y un puro en la boca. Los amores y las aventuras sucedieron muy pronto en el corazón de aquel joven.

Sin embargo, en amores no fué muy dichoso: solo tuvo por amante á una tal Elena, hija de un comerciante al por menor, que le comprendió y amó apasionadamente. Giovane María aceptaba la felicidad de aquella querida, objeto codiciado por todos los jóvenes de Sinigaglia; pero solo se servía de ella como un medio para despertar celos en Elena, hija del príncipe de Albani, desposada poco después en la casa de los Litta de Milan.

La inconstancia es el escudo de los jóvenes voluptuosos y divertidos. Giovane María olvidó á Elena y después á la princesa de Ghigi y mas tarde á Marandi, su hermana de leche,

que con todas tuvo relaciones íntimas, y á todas amó sucesivamente.

Terminada la epopeya napoleónica volvió Pío VII á Roma. Entonces pensóse en dar una posiccion á Giovane María, que arrastraba una vida tan desordenada é inútil, y se le envió á Roma con objeto de que siguiese una carrera.

Giovane María tenia en Roma dos tíos; el uno obispo de Pésaro, y el otro Paulino Mastai, presidente del tribunal de *Auditoris Camarac*, y canónigo de San Pedro. Estos dos tíos debían ayudarle. La familia, por su parte, le asignó una pensión de 15 escudos al mes, que se elevó mas tarde á 27 escudos y medio.

Despues del Congreso de Viena se trató de la organizacion de la guardia noble del Papa, especie de guardia de Corps de S. S.

Cuando Mastai se presentó á Pío VII, á pretender el ingreso en la guardia noble del Papa, S. S. le dijo:

«Hijo mio, *caro Giovane*, sois víctima de dos enfermedades crueles; sois epiléptico y enamorado. Entrad en la carrera eclesiástica (*fatevi chierico*) y os curareis de ambas.»

Mastai obedeció, pero no curó ni de su enfermedad ni de su amor. Este resultado fué un golpe terrible para el jóven, pues toda Roma iba á saber la razon por qué no se le

habia admitido en aquel cuerpo. Dado á la desesperacion, pensó entonces en abandonar el mundo láico é ingresar en la carrera de la prelatura.

Para ser admitido en esta carrera era indispensable someterse á una especie de informacion, despues de la cual se levantaba un acta en la que constan las costumbres, condicion social y medios de subsistencia del aspirante. La prelatura es una especie de guardia de honor eclesiástica del Papa, un plantel de donde salen todos los agentes del Gobierno pontificio. Giovane Maria salió bien de la informacion, gracias á la influencia de sus tios y de las princesas romanas; vistió el traje clerical y fué un clérigo tan elegante como lo habia sido cuando seglar.

Mastai empezó á estudiar el Derecho y á frecuentar el bufete del abogado Garirossi, pero como en esta nueva fase de su vida disminuia la pension que recibia de su familia, su tio Mons. Paulino Mastai trabajó con interés á fin de obtenerle la coadjutoria de Mons. Maccarani, canónigo de San Pedro. Mons. Maccarani se comia los seis ó siete mil escudos de renta del canonicato y daba doscientos ó trescientos escudos por año á su coadjutor. Este debia ir en su lugar al coro, leer el breviario, hacer voto de castidad y

abstenerse de ingestiones; en una palabra, debía desempeñar el canonicato en toda la pureza y severidad de su carácter. El breve estaba preparado: la Dataría se disponia á expedírsele, cuando se supo allí tambien los frecuentes y terribles accesos de su fatal enfermedad. Esto hizo que el asunto se quedara en tal estado.

Entonces se presentó á su confesor, el director del hospicio de *Tata Giovanne*, y le contó cuanto le pasaba.

El canónigo Storace, conolido de la desgracia de su penitente, propúsole una plaza de vigilante en el hospicio. Giovane Maria aceptó, y arrojando á un lado los hábitos de abad galante, vistió el traje de un clérigo de provincias, compuesto de zapatos bastos, sotana de paño grueso, sombrero ordinario y alguna otra prenda de vestir mas grotesca aun, y de que el mismo se reia. Abandonó igualmente todas sus antiguas relaciones y se aplicó al estudio de las ciencias eclesiásticas, bajo la direccion del abad Grazioli, causándole pena no poder estudiar con mas ahínco por temor á su enfermedad, que merced á su permanencia en el hospicio y á una vida mas arreglada fué calmándose algun tanto, y disminuyéndose sus accesos. Giovane Maria atribuyó esto á milagro, y redobló

su activa severidad con las pobres criaturas abandonadas y confiadas á su dirección. Tenía entonces veintisiete años.

Giovane María fué á América, y vino con mucho dinero, cuando Leon XII le ofreció un nombramiento de prelado. Mastai rehusó la *mantelletta*. Insistió de nuevo el Papa; pero Mastai se mantuvo en su negativa. Entonces le propuso la presidencia del hospicio de San Miguel en Ripa, y Mastai aceptó.

Encargóse, pues, de la dirección de este establecimiento, y desplegó una severidad tal, que rayaba en crueldad. Leon XII le nombró mas tarde arzobispo de Spoleto, su verdadera patria, de suerte, que era ya cardenal *in petto*.

El arzobispo Mastai chocó con todos, y todos le aborrecieron. Dotado de un carácter violento, sanguíneo, intolerante, y siempre cruel con los débiles, mostró un celo que no era propio de su época, y desplegó un rigor que rayaba en insolencia y aun en locura. En una palabra, condujose tan desatentadamente, que, cuando estalló la revolucion de 1831, se vió obligado á huir. Una vez garantida su seguridad, volvió á Spoleto, y él fué quien sobornó, cuando se hizo político, á Sercognani, personaje con quien contaba entonces Luis Napoleon para la conquista de Roma.

Desde entonces Mastai se mostró mas moderado. Sus hermanos, complicados en la revolucion, estaban perseguidos, y tal vez se acordó de las ideas por él en otro tiempo acariciadas, de los principios de 1789, de que habia oido hablar en su adolescencia. Movido por este retroceso interior hácia unas aspiraciones que no podia ya manifestar impunemente, disculpó á los liberales, salvó á algunos y libró á otros de las garras de los inquisidores pontificios. Para no despertar ningunas sospechas, mandó que se exhumase el cadáver de un revolucionario enterrado en sagrado, contra lo dispuesto por el Pontífice. La familia del difunto dió nueva sepultura eclesiástica al cadáver y amenazó al arzobispo. Mastai permaneció tranquilo y satisfecho con haber mostrado á Roma que no participaba de los sentimientos de algunos miembros de su familia. Esto, no obstante, por causa de sus hermanos, el cardenal Testaferata le trató con mucha dureza.

El Papa Gregorio XVI le creyó al principio cómplice en el liberalismo de sus parientes, y le miró con malos ojos, como vulgarmente se dice; pero supo luego que Mastai habia sido quien trató con Sercognani, y le desvió de Roma en tanto que él marchaba hácia la Ciudad Eterna para sorprender, como en un

lazo, al Sacro Colegio reunido en cónclave. Desde aquel momento sintió Gregorio una grande y repentina simpatía hacia el arzobispo; hizo de él grandes elogios por haber sabido mantenerse convenientemente entre el clero y el pueblo en tiempos tan difíciles, y quiso recompensarle. Sacóle de Spoleto, en donde no percibía mas que una renta de tres ó cuatro mil escudos, y le nombró cardenal y obispo de la diócesis de Imola cuya renta era de nueve mil escudos.

En Imola adoptó Mastai otra conducta muy diferente de la que habia seguido en Spoleto; allí refrenó un poco su carácter violento. Sin embargo, para ocultar mejor lo que sentia en su corazón, rompió toda relacion con su familia, anotada ya en el libro de la policia como liberal, y por consiguiente peligrosa y contraria al Gobierno eclesiástico; pero al mismo tiempo hizo la vista gorda respecto á la conducta de las personas tachadas de liberalismo, poniendo á cubierto su responsabilidad. Mostróse principalmente muy contrario á los *centurioni*, especie de esbirros armados que, al mando de un corsario vestido de rojo, el cardenal Albini, desolaban á los romanos. Esto le captó la estimacion de los pueblos é hizo que se le perdonara la irritabilidad de su carácter, y hasta que le mira-

sen algunos como la esperanza para la futura revolucion.

Y hasta aquí Giovane María Mastai Ferretti, elevado á la categoría de cardenal. Sus antecedentes no eran, en efecto, como decia Mazzini, para esperar de él gran cosa en favor de la libertad, ni menos para que se lanzara á la revolucion. Los que creyeron lo contrario se equivocaron completamente y estaban ciegos, pues no veian, como Mazzini, que en el cardenal de Imola se ocultaba un tirano que habia de martirizar á los patricios que pelearan por la libertad.

Tal nos aparece Giovane María, como hombre. Mazzini, que lo conocia íntimamente, le combatia sin trégua, de una manera descubierta, como siempre lo hacia el gran revolucionario, diciendo solamente la verdad; porque Mazzini era de aquellos hombres que creen que cuando se está sinceramente consagrado al servicio de una idea, se la debe la verdad, se la debe uno á sí mismo. Y tenia razon Mazzini. El hombre no debe jamás pagarse de palabras ó de frases. Nunca se debe creer que se tiene la fuerza cuando no se tiene. Jamás debe creerse que se representa la mayoría cuando no es así; nunca debe creerse que todo es fácil, cuando todo es casi irrealizable. Es necesario ser mas viril,

mas exacto, mas concienzudo; saber colocarse resueltamente delante de la realidad de las cosas, contar todas las dificultades, no hacerse ilusiones, no dejarse abatir por los obstáculos, continuar la obra, alcanzar el fin propuesto. Mazzini decia: «Es necesario ir adelante, mirar á los adversarios frente á frente, darles la batalla bajo las miradas de la opinion pública.»

Esta política era la política de los resultados, es la sola que está verdaderamente conforme con los intereses de la democracia, porque lo que él queria para la democracia de su país, no era una coleccion de decretos que hoy se insertan en la *Gaceta* y que mañana rasga la reaccion. El queria que la igualdad no fuese una palabra vana, que se le dé al pueblo la educacion prometida, no por medio de decretos ni de anuncios en las paredes, sino asegurada por hechos y por actos, por escuelas abiertas, por maestros de carne y hueso, por buenos libros, y programas de educacion, por discípulos que se les hagan entrar y sentar en los mismos bancos, sin distincion de clases ni condiciones, y por un conjunto de procedimientos prácticos y bien entendidos, que hagan de la reforma que esperamos todos los demócratas, no sim-
s fórmulas ó deseos estériles, sino una

realidad palpable y tangible, una acción incesante que alcanzara hasta el último de entre nosotros, hasta las clases mas ínfimas de la sociedad, para llevar allí el aire, la luz y la inteligencia... Todo esto sobre la unidad de Italia y con la libertad, para que pudiera decirse con franqueza por dónde debe empezarse, por dónde debe continuarse y que no se sepa nunca por donde se debe concluir; porque el progreso no se acaba, es indefinido; allí está el ideal, allí el confin, el límite que los esfuerzos de las generaciones venideras tienen que ensanchar sin cesar, porque en el dominio de las cosas del Estado, el progreso es inconmensurable é indefinido...

Mazzini pertenecía á una escuela que no cree mas que en lo relativo; en el análisis, en la observación, en el estudio de los hechos, en la aproximación y combinación de las ideas; á una escuela que toma en cuenta los medios, las razas, las tendencias, las precauciones y las hostilidades, porque es necesario tenerlo todo en cuenta: las paradojas, los sofismas, pesan tanto como las verdades y las generalidades en la conducta de los hombres y en las cosas que les interesan. De modo que, según Mazzini, se debe ser hombre político á condición de no entregarse á cabalas de bastidores, á miserables intrigas

que ejercieron influencia en cónclave se cuenta también á Falconieri y á Mai. Por otra parte el cardenal Patrizzi había trabajado para reunir los votos de Bernetti y de Lambouschini, en favor de Falconieri. Esto era hecho bajo la inspiración de Austria, que aceptaba también como candidato al cardenal Franzoni.

Era, pues, evidente que si los cardenales se habían de inspirar en la voluntad popular, el Papa era Micara. Pero no se tuvo en cuenta esto, y el cónclave se reunió para decidir. Micara y Bernetti, aunque enfermos, mandaron que se les trasladase á la capilla. Todos abrigan el presentimiento de que el escrutinio era decisivo. Los escrutadores de la tarde eran Fieschi, Amat y Mastai. Este estaba pálido, casi trístico y muy agitado, de suerte que su voz, al leer los nombres de los candidatos, temblaba. El aspecto del bando de monjas era muy sombrío. Riario murmuraba algunas palabras en napolitano y Bernetti, al ver el rostro casi compungido de Mastai, cuchicheaba; Lambruschini parecía abatido; Micara iluminaba su rostro severo con una sonrisa irónica; Gizzi estaba inquieto y distraído; Franzoni temblaba de calentura; Ferreti no podía tenerse en pie; De Angelis, á quien Mastai había dado su voto, ha-

blaba acaloradamente con Ostini; y en fin, *Mai* rumiaba no sabíamos qué versos latinos, que Riario creía eran versículos de salmos.

Entretanto fuera, el cuerpo diplomático y toda la población de Roma tenían fija su vista en el tubo de una estufa, contemplándola. «Esta noche, escribía Broglia el 16 de Junio, á cosa de las diez hallábase en la plaza del Quirinal para ver el humo (*la sfumata*), cuando distinguí un grande movimiento de gente á la puerta del palacio apostólico. Decíase que ya había Papa y se hablaba de Gizzi. El conde de Lutzuw y todo el cuerpo diplomático ardían en deseos de saber lo que había de verdad en esta noticia. Me dirigí á los salones del Quirinal, y el general del cónclave me dijo que durante el escrutinio se había enviado á buscar los hábitos pontificales, y que se decía estar nombrado ya el Papa. En casa de Gizzi se creía en la elección de este cardenal. *La sfumata* tuvo lugar un poco mas tarde.»

En efecto, poco despues quemábanse los boletines del escrutinio y comenzaba la votacion del *accessit*. Esta no fué larga: Falconieri obtuvo un voto; De Angelis dos; luego fueron saliendo, uno tras otro, los nueve votos que debían cambiar al cardenal Mastai en Pio IX, y... ¡nada mas! Mastai obtuvo es-

trictamente los 36 votos necesarios, y cosa muy rara en el último escrutinio de un cónclave, catorce *seminí*!

Habiéndose terminado bastante tarde el último escrutinio, decidieron los cardenales esperar al día siguiente para proclamar el nombre del elegido. Cuando Mastai se vió nombrado Papa, se dirigió á los cardenales, rogándoles procedieran á nuevo escrutinio y le descargaran de un peso tan enorme, del que no se creia digno, hablando de modo que hiciera creer á todos en la sinceridad de sus palabras. El colegio persistió en su eleccion. Entonces Mastai se prosternó delante del altar y oró por espacio de media hora; despues se alzó del suelo, y llorando á lágrima viva aceptó. Al día siguiente, y ya desde el rayar del alba, la muchedumbre se alagaba en derredor del Quirinal. A las siete de la mañana se rompió la pared de la Logia; el cardenal Camarlengó anunció el nombre de Pio IX, y éste se presentó para dar su bendicion. Pio IX fué acogido con frialdad.

No era una figura gigantesca, que viniese á responder á las aspiraciones que en realidad habia de tener el nuevo Pontífice; dadas las luchas iniciadas entre las escuelas filosóficas y las ambiciones de los que mas influencia tenían en la alta política. Sin un

gran principio que salvar; sin ideas propias: sin esperanzas para el futuro, Pio IX ocupó el trono pontificio con la insensata tendencia de los Papas de los siglos XII, XIII y XIV: la fé en la soberanía temporal garantida por el derecho público de los Pontífices de los siglos XV y XVI, pero no su carácter ni su comprension. No se elevó jamás á la altura de Dios, como Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III é Inocencio IV, ni aun á Paulo IV é Inocencio XII. Ha reducido á Dios á la talla de un pobre cura, como Inocencio X, Alejandro VIII y Pio VII; por cuya razon, de su papel mixto de Papa-Rey que hasta ahora viene haciendo, ha hecho una mescolanza deplorable de veleidades y de impotencia, de aspiraciones atrevidas; pero de miserables resultados.

Pio IX entró en escena persuadido de que tenia un papel que representar, porque la Europa se lo imponia y la situacion, las circunstancias lo reclamaban; y la Italia, revuelta con las doctrinas de los neo-güelfos le decia: «Sé un Alejandro III.» Esta alucinacion produjo todos los males que Italia le censura hoy, y que la historia condenará mañana. Cuando quiso elegir, su instinto le engañó: tuvo un instante de inspiracion, brilló un momento y cayó!

Cuando se eclipsó el aureola popular que le rodeaba, se acentuó la reaccion en Italia, y con la reaccion vino la tiranía, reaccion y tiranía impuestas por él y por cuantos le rodeaban.

Pero nos hemos extendido demasiado en este capítulo y hemos gastado tambien mas tiempo del que queríamos en examinar los principales sucesos que agitaban á la Italia en 1846-48.

Reanudando, pues, los hechos de la revolucion, hemos de confesar ingénpuamente cuante ocurrió despues de 1849.

CAPITULO V.

CONMOCION DE EUROPA POR LOS SUCESOS DE 1849.—ITALIA EN 1850.—PREPARATIVOS PARA EL DESEMBARCO DE SICILIA.—LA LEGION IBÉRICA.—OCUPACION DE ROMA POR VÍCTOR MANUEL.—GARRIDO Y MAZZINI.—SUS IDEAS SOBRE LA SOLIDARIDAD.

I.

Antes de que entremos á reseñar el estado de Italia, cuando la reaccion de 1850, hemos de conocer las simpatías que tuvieron en Europa los sucesos de París (1848) y de Roma (1849) mayormente, que movieron á la revolucion á todos los hombres mas exaltados.

Despues del disturbio que tuvo lugar en Nápoles y en la Toscana, corrió la chispa revolucionaria; que Mazzini por tantos años habia llevado en su mano, de un extremo á otro de Europa, y desde Lisboa á Berlin la agitacion fué profunda.

En Portugal, como el sistema representativo ha transigido mas con los principios liberales, las ideas republicanas no se abrieron paso aún en 1848, y solo un puñado de demócratas pensaron levantar el estandarte de la rebelion en Porto; por si respondia Lisboa primeramente y Coimbra, Santaren y Braga, despues. Esta intentona no se realizó, al fin, porque faltaron dos batallones de cazadores y algunas fuerzas mas de artillería.

En España, por el contrario. Los tristes recuerdos que nos han dejado á todos los buenos demócratas los sucesos del 27 de Marzo y 7 de Mayo de 1848, nos enseñan que no éramos indiferentes al grito de revolucion iniciado en París y secundado mas tarde en Roma. En España, sin tropas ni ejército alguno que apoyara el movimiento, se alzó la bandera tricolor en Madrid, donde por primera vez el pueblo español oyó los entusiasmas vivas á la república.

Un puñado de valientes, un grupo de 800 paisanos nada mas, penetraron el 7 de Mayo por la puerta de Atocha, recorrieron armados todo el salon del Prado, subieron por la Carrera de San Jerónimo, atravesaron la Puerta del Sol y penetraron en la Plaza Mayor, á los alegres y bélicos sonos del himno del inmortal Rouget de L'Ysle, *La Marselle*.

sa. Semejante acto de valor y heroicidad, jamás habrá palabras bastantes para describirlo. Mandaba aquellas fuerzas el hoy anciano marqués de Albaida, el Mazzini español, y como el movimiento fracasó porque todos aquellos héroes sucumbieron al número, se repitió pocos días despues, el 24, en que nuevos patriotas libraron una formal batalla en las calles de Madrid, por donde la sangre corrió á torrentes, sucumbiendo el valiente Dominguez, escritor entusiasta que propagaba los principios democráticos; el valeroso capitán La-Guardia, que hizo causa comun con el pueblo, y que como él fué vencido; muriendo, en fin, multitud de valientes: y aquellos que se entregaron salían pocos días despues conducidos á Leganés, para ser llevados mas tarde á Filipinas y Fernando Póo, islas lejanas que sirvieron de panteon á aquellos desgraciados republicanos, que no pudieron ó no quisieron ser indiferentes al movimiento político que se obraba en Italia y en Francia, por los trabajos constantes del gran apóstol de la causa popular, de José Mazzini.

Vencida la revolucion en Europa, primero por el golpe de Estado del 2 de Diciembre, dado por Napoleon el Chico, como gráficamente le llamaba el inmortal Víctor Hugo:

proscriptos los demócratas italianos y en las prisiones y el destierro los españoles; muerto el sentimiento político por la cruda reacción que se obraba en 1850, era preciso descansar, para reconstituir de nuevo los elementos dispersos, y volver muy pronto á la conjuración y tratar en el silencio lo que dañaba la luz clara del día.

En Francia Napoleon quiere parodiarse á su tío, y proclamado emperador, inicia una política de resistencia que recuerda á los peores tiempos de Luis Felipe; en España, el general Narvaez resucita los desgraciados días de Fernando VII; en Italia, después de la retirada de Mazzini, Armellini y Saffi, del triunvirato, para dar lugar á la entrada de Salicetti, Mariani y Calendrelli, la república fué vencida el 1.º de Agosto, y se declaró oficialmente la restauración del gobierno Pontificio, por medio de un manifiesto que firmaban los cardenales Sarmatei, Vanicelli y Altieri, encargados del gobierno de Roma en nombre de Pío IX, obra que se llevó á cabo gracias á las legiones extranjeras que los reyes de España y Francia mandaran sobre la ciudad de los Césares. Traslucíase ya en este manifiesto el disgusto que causaba á los cardenales la presencia del ejército francés, al cual debían ellos el hallarse en Roma, pe-

ro en cuyas banderas veiam escrita la palabra que tanto les asustaba, la palabra *libertad*. «La Divina Providencia,—decian los cardenales—ha librado del desencadenado furor de las mas ciegas y negras pasiones, por el brazo invencible y glorioso de los *ejércitos católicos*, á los pueblos de todo el Estado pontifical y en particular al pueblo de la ciudad de Roma, Sede y centro de nuestra santísima religion...»

Los nuevos triunviros anularon todos los decretos del Gobierno republicano; restablecieron las cosas al estado que tenian antes del destierro de Pio IX, procurando remontarse á la anterior época en que el Pontífice habia hecho las concesiones políticas. Establecieron los cardenales una junta de clasificacion, para inquirir hasta el modo de pensar de todos los súbditos italianos. En tanto Mazzini, expulsado de Roma y condenado á muerte, procuraba escitar al pueblo romano á una nueva lucha, y le decia: «Esta Francia corrompida por el egoismo y vendida al torpe interés, no es ya más que una lonja de mercaderes... Sí, romanos, cuando en Paris se ha sabido que la bandera francesa ondeaba sobre los montones de cadáveres de nuestros hermanos, reemplazando el nombre del Papa rey, la bandera de Dios y del pueblo, los lon-

dos franceses han subido... Herid, pues, á esos avarientos especuladores en sus intereses mas amados (1): demostradles que tarde ó temprano todo crimen atrae sobre su perpetrador la infamia y la miseria!...»

Pero el Dios éxito tiene en todas partes muchos devotes, y fueron mas los que se acomodaron á la restauracion papal que los que rechazaron tanta tiranía, y con ayuda de las tropas extranjeras, Pio IX volvió á ser el rey de Roma.

II.

Así la Italia quedó otra vez dividida y fraccionada en nueve estados distintos, que eran los siguientes:

1.º Reino de Cerdeña, que lo componía la parte continental del reino (Tierra-firme), dividida en ocho intendencias generales; Turin, Coni, Alejandría, Novara, Aosta, Niza, Génova y Saboya, y la isla de Cerdeña, que tenia otras dos, Cagliari y Sassari.

2.º Ducado de Parma, que lo componian los antiguos ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.

(1) Aconsejaba Mazzini que el pueblo romano rechazase los productos mercantiles franceses.

3.º Ducado de Módena, que estaba compuesto del ducado de Módena, propiamente dicho, de los de Reggio y Mirándola y de cuatro principados y señoríos.

4.º Ducado de Luca, compuesto de un puñado de pueblecitos que comprendían el antiguo ducado de Luca.

5.º Principado de Mónaco, enclavado dentro de Cerdeña, y formado por las ciudades de Mónaco y Mentana.

6.º República de San Martino, formada de la ciudad de San Martino y de cuatro aldeas que la rodean.

7.º Gran ducado de Toscana, compuesto de cinco *compartimenti*; (Florencia, Arezzo, Siena, Grossella y Pisa).

8.º Estados Pontificios, formado de la comarca de Roma, el comisariado de Loreto, seis legaciones; Veletri, Urbino, Forli, Rávena, Bolonia y Ferrara, y trece delegaciones; Frosinone, Benevento, Civita-Vechia, Vitervo, Orvieto, Rieti, Espoleto, Perusa, Camerino, Macerata, Fermo, Ascoli y Ancona.

Y 9.º Reino de las Dos Sicilias, que lo formaron dos antiguos reinos, Nápoles y Sicilia, 15 intendencias del primero; Nápoles, Caserta, Salerno, Avelino, Campo-Basso, Terano, Aquila, Chieti, Foggia, Bari, Lecce,

ma, viniendo antes un Aspromonte en que el rey se opone á los deseos del ilustre Garibaldi que queria consumir la obra de la independencia de la patria, despues de la toma de Nápoles, y de haberse rendido Gaeta, último baluarte donde la tiranía se fué á refugiar.

Como Víctor Manuel ahogó el movimiento del 9 de Mayo, eliminando de él al elemento republicano, las legiones no llegaron á formarse: Mazzini, aparte de que con la emigracion de la *Juventud Italiana* habia formado un cuerpo de ejército de 25.000 hombres, que puso á las órdenes de Garibaldi, pueda decirse que á su iniciativa los ejércitos legionarios, que estaban organizados para entrar pronto en Italia, figuraban en la siguiente proporcion:

CLASIFICACION.	HOMBRES.	TOTAL.
Legion sarda.....	2.000	
Legion romana.....	2.500	
Legion módano-toscana..	1.200	
Legion suiza.....	2.800	
Legion polaca.....	3.000	
Legion ibérica.....	3.000	
Legion franco-belga....	3.000	17.500

Con las tropas de que ya disponia Garibaldi, con los recursos que buscaba Cavour y con los elementos que aunaba á la empresa del 9 de Mayo el intrépido Mazzini, el trun-

fo no era dudoso. Europa vió impasible aquella revolucion gloriosa que duró lo que un meteoro, y sancionó aquellos hechos en muy corto espacio, siendo España la última potencia que reconoció el nuevo reino de Italia, si se exceptua á Pio IX, que aun entrando las tropas de Víctor Manuel en Roma, en 1872, no reconocia la unidad de Italia ni el poder del hijo de Carlos Alberto, ya sancionado por el plebiscito y aceptado por toda Europa.

Mazzini, que habia confiado, no sin razon, en su obra, vió contento que con aquel puñado de valientes desembarcados en Sicilia, sobraba para que el movimiento siguiera su marcha, y la obra terminara en poco tiempo, dando orden á los jefes encargados de mandar las legiones, que suspendieran sus trabajos, por si no habia necesidad del sacrificio de estos generosos extranjeros que estaban prontos á derramar su sangre por la libertad de Italia.

Tenia ya Mazzini preparado todo de tal manera que á la primera indicacion suya los 17.500 legionarios caian sobre las costas de Sicilia á proteger ó reforzar á los voluntarios garibaldinos. A este fin la junta revolucionaria de Génova y Turin, habia remesado gruesas sumas para surtir de armas, municiones y equipos á las divisiones legionarias,

y se habían fletado multitud de buques que ya, con tiempo anterior, se encontraban anclados en los puertos de Lisboa, Barcelona, Marsella y Venecia, dispuestos á la conduccion de las tropas.

Deberemos de reseñar aquí el estado en que se encontraba la *Legion Ibérica*, siquiera para conocer las raíces que tenía en nuestra Península la revolucion que, dirigida por Mazzini, se obraba en Italia al comenzar casi el año de 1859.

IV.

En 1859 habia terminado España la guerra de Africa, y con aquella dictadura militar que ejerció por tanto tiempo el general O'Donnell, se encontraban proscritos ó en las prisiones los que se habian significado en pro de las ideas democráticas. Bien que alguna razon habia para que la llamada union-liberal, aceptase una conducta tan reaccionaria. La intentona del general Ortega en favor del Pretendiente D. Carlos, y el movimiento de los socialistas de Loja y Extremadura, hacian ver claramente al general O'Donnell, cuán poco dispuesto estaba el país á que disfrutara en paz las coronas que habia ganado frente á las murallas de Te-

tuan. Por otra parte; Sixto Cámara desde Lisboa estaba agitando la opinión para un movimiento republicano, y Garrido tampoco descansaba en Cádiz y Madrid hasta ver de hallar medios que sirviesan á sus planes revolucionarios.

En este estado el país, Mazzini escribia á Sixto Cámara revelándole sus futuros planes para libertar á Italia de la tiranía, y comenzóse la organizacion de la Legion-Ibérica. Fernando Garrido pasó á Barcelona; en Zaragoza estaba Ruiz Pons y Soler; en Madrid se contaba con Beltran. Se habia licenciado á los cuerpos de voluntarios catalanes, que habian vuelto de Africa, y mas de 1.600 de estos pactaron con Garrido ir a Italia á proteger el movimiento de Garibaldi. En Lisboa, centro de los emigrados demócratas españoles, se habian preparado otros 1.600 voluntarios españoles y portugueses, de modo que al primer aviso hubiesen embarcado en los puertos de Barcelona y Lisboa unos 3.200 voluntarios muy bien organizados.

Mandaban estas fuerzas, como jefe de brigada Romualdo de la Fuente; como coroneles de cuerpo Ruiz Pons, Caso y Diaz y Pablo Soler; como tenientes coroneles los hermanos Moreno Ruiz (Antonio y José, el que fusilaron en Badajoz el 1.º de Setiembre de 1859)

Cárlos Beltran, Forcada y el que estas líneas escribe; como comandantes Pedro Pruneja, Martínez Muller, Mariano Villa, Bernardo García, Benigno Perez, Antonio Huertas; y como oficiales subalternos aparecian una multitud de republicanos, todos muy conocidos y capaces por lo mismo de prestar un gran servicio á la causa de la libertad italiana y de la democr cia europea.

En fin de 1859, el autor de estas líneas, emigrado en Lisboa por los sucesos de Sixto Cámara, escribia, por encargo de todos sus compañeros de emigracion,   los comités de acción de Italia, poniéndose de acuerdo para obrar. Mazzini le habia escrito, diciendo: «Empuje V.   los comités para que reúnan   los cuerpos legionarios,   ver si dando   fuerza   la revolución la dejamos obrar hasta que realice la unidad de Italia y la libertad de mi patria.» A nuestro entender, Mazzini tenia temores de que se ahogara la obra de Garibaldi, en manos de Víctor Manuel, y de aquí estas excitaciones.

El Gobierno de Italia contest    la carta que le dirigiera el autor de este libro, con la siguiente, que nos preciamos en reproducir:

Sr. D. Nicolás Diaz y Perez.—Lisboa.

TURIN 12 de Mayo de 1860.

«Señor: El presidente La-Farina recibió la carta de V., y me ha encargado contestarla.

»Recibimos con la mayor satisfaccion su demanda de venir con su Legion á tomar parte en la lucha que ahora se debate en Sicilia, entre la libertad y la tiranía; la independendencia y la esclavitud; el libre pensamiento y el fanatismo ultra-católico. Siendo fraternales nuestras estirpes española é italiana, tendríamos un placer en tenerle en nuestras filas; pero ahora, no estando aun organizada la expedicion de voluntarios en Sicilia, y atendiendo solamente á aquel número, á los cuales podemos proveer de vestuario, armas y dinero, tendremos que aprovechar mas tarde la aceptacion de su generosa oferta.

»Si la lucha continúa, nosotros no solo le escribiremos para que venga, sino que tambien le rogaremos que obtenga el número mayor de voluntarios la Legion Ibérica, que noble y voluntariamente se apresta á protegerlos.

»La fama bien merecida del valor de los españoles seria de mucha influencia para el logro de la santa causa de la libertad, unida á la independendencia de Italia.

»Le mando un saludo fraternal por parte de la Sociedad Nacional italiana. El secretario por lo extranjero, *Veyezzi Rusuello*.»

Por otra parte, Garibaldi escribía para que la Legion Ibérica se preparara á marchar, y Mazzini se lastimaba de no verla entre las huestes italianas. Mientras Mazzini y Garibaldi sostenían el espíritu en favor á la revolucion, el elemento oficial trataba de amortiguarlo. Y era que mientras los primeros querían ir á Roma, el segundo se encontraba satisfecho con llegar á Gaeta.

Un año estuvo Mazzini esperando á que pisaran su patria los legionarios extranjeros, quizás para haberse puesto al frente de ellos y enarbolar la bandera tricolor en lo más alto del Vaticano. Un año confió Mazzini en que la revolucion no moriria en manos de Víctor Manuel, y despues de este tiempo su desengaño fué atroz...

En Mayo de 1861 volvió á agitarse para buscar voluntarios y dinero y entrar en Roma. En Garibaldi, comprometido con Victor Manuel, no podia confiar mucho. Volvió á escribir á los legionarios, para que se dirigieran al coronel Vuchj, que tenia encargo de organizar las fuerzas, y á él se dirigió el que estas líneas escribe, mereciendo del mismo esta contestacion:

«*Palacio del Pueblo.*—Señor: Me encuentro
»accidentalmente aquí, en el castillo del Con-
»de di Spagna: aquí he recibido vuestra car-
»ta. Lo que tengo que responderos á ella es
»lo siguiente:

»El Sr. Garrido (Fernando), de Madrid,
»tiene en Nápoles la mision de formar una
»legion española, y los recursos que para
»ello sean necesarios: si no lo ha hecho aun,
»no es por culpa suya. No pasará, sin embar-
»go, mucho tiempo sin que se desenvaine la
»espada por la unidad de Italia que el Go-
»bierno compromete; dirigiros á él. En el
»próximo Octubre iré á Caprera y daré vues-
»tra carta á mi general.—Vuestro siempre,
»*C. Augusto Vuchj.*

»10 de Setiembre de 1861.»

Muerto ya Sixto Cámara, que era el que
mas alentaba á los emigrados; bastardeada la
revolucion de Italia, y con la derrota, mas
tarde, de Aspromonte, Mazzini se retiró á
Londres y no quiso entenderse con la ma-
yoría de sus antiguos amigos, vendidos y en-
tregados á Victor Manuel, y satisfechos con
lo que hasta entonces habia obrado la revo-
lucion. Desde entonces José Mazzini, sus-
pirando por la libertad de su patria, siguió
retirado en un modesto cuarto, sin ser visto
ni oído de nadie, pero preparando en el si-

lencio un plan que realizara algun dia todas sus aspiraciones.

V.

Mazzini vivia en Lóndres lleno de esperanzas. Hasta en sus últimos escritos, al salir de Roma, habia predicho con acento misterioso:

«Roma será evacuada: la silla pontificia se sostiene en bayonetas; pero las bayonetas no son un sosten de duracion.»

Y, en efecto, el vaticinio se cumplió veinte años mas tarde, en 1871.

¿En qué ocasion?

Cuando Roma recibia poco antes cuantiosos donativos de la ignorancia de los pueblos que habitan las altas mesetas de Castilla; cuando Roma enviaba la flor de oro á la reina Isabel II; cuando Roma introducía el jesuitismo en la familia, y se apoderaba así de la conciencia de la mujer y del fanático, y aherrojaba la enseñanza, y quemaba los libros de los pensadores, y lanzaba excomuniones sobre los profesores, y hacia el último plan de estudios, y apretaba los tornillos de la represion á todas las clases de la sociedad; cuando Roma hacia todo esto visible, y mucho mas invisible.

No tenemos derecho á expresar nuestros

temores, y mucho menos nuestras esperanzas. Hablar del porvenir es empresa que solo incumbe al génio. Pero así como del conflicto titánico de los industriales del Norte, contra los plantadores del Sur en los Estados Unidos de la raza anglo-sajona, ha resultado en la América del Norte la abolición de la esclavitud y la consagración de los derechos del negro, considerado como hombre, mirado como ser autónomo, y estimado como potencia capaz de tomar asiento en el Congreso de los legisladores; del mismo modo esperamos que algo grande ha de resultar de la formidable lucha que está próxima á entablarse entre los pueblos del Norte y del Mediodía.

Dos millones de hombres blancos han movido las máquinas de guerra en las regiones del Missisipi, para redimir á doble número de hombres negros. Los huesos de los descendientes de Europa han blanqueado al sol, después de haber sido repugnantemente disecados por el pico de los buitres americanos: la peste invisible ha envenenado el aire; el hambre ha devorado sus entrañas; dolores que no produce la naturaleza han llovido como diluvio sobre las masas humanas, artificialmente producidos por los génios de la metalúrgia y la mecánica, que saben forjar espadas y aguzar bayonetas, y fundir metales,

y tornear cañones, y fabricar mezclas horribles que, instantáneamente convertidas en gases, ocupan un espacio muchos centenares de veces mayor que el de sus componentes sólidos. La guerra pasaba por encima de todo, y cuando despues del combate paraba su caballo lleno de sangre hasta la cincha, diciendo:

«Yo soy la destruccion;» el espíritu generoso de estos tiempos, que con alas de azul y ráfagas de oro vuela por encima de todos los horizontes y agita la atmósfera estancada de todos los lugares de la tierra, se paraba allí en la altura, cerniéndose sobre el campo de batalla para decir al genio de la guerra:

»Si tú eres la destruccion yo soy la luz, el progreso, la vida, y de en medio de esas ruinas que amontonas y de ese surco sangriento que trazas, haré germinar el bien y surgir un inmenso adelanto para la humanidad: la redencion del negro.»

Pues bien: la cuestion de Oriente parece resucitarse de nuevo y los ejércitos de Europa volverán á verse, tal vez muy pronto, para concertar nuevas luchas. ¿Qué saldrá de esta contienda? Mil horrores para los pueblos del Norte y del Mediodía.

Quebrantadas ambas razas, con la última guerra franco-prusiana, que nos ha dado en

suma una generacion destruida; muertos los robustos y los jóvenes, porque ellos son la carne buena de cañon; encargados los valedurinos y los endebles, que no van á la guerra, de continuar una raza raquíica, miserable y de escasa vitalidad; las obras de la ciencia suspendidas; la voz de los periódicos ahogada; la pólvora volando las obras de la industria; el ingenio del hombre cabilando por matar al hombre; la peste diezmando las ciudades; los cascos de los caballos y los carros de la guerra destruyendo los plantíos; los ahorros perdidos; la brutalidad triunfante un dia.

Y, á pesar de tamaños males, Roma fué libre del papado para caer esclava á los piés de Víctor Manuel. Pero esta esclavitud tiene su gloria. Es ya la madre de Italia. Es la capital de un pueblo, de un continente, que le era suyo. Sus hijos habian sufrido los horrores de una tirania clerical. Esta obra no la ejecuta Mazzini, rodeado del pueblo, victoreado por los aldeanos. Es Víctor Manuel el que entra en la Ciudad Eterna, escoltado por su ejército. La obra está hecha á medias. Roma subió sobre el Vaticano. Los que maldecian á Mazzini aceptaban su obra casi en principio. El emigrado de Londres, al saber la noticia

exclamó: «¡Pio IX declarado infalible, cuando concluye su reinado!»

¡Oh! tú, Roma, la emperatriz del mundo antiguo, que tenias á tus hijos organizados para la guerra de las armas; tú, pontífice de los siglos del feudalismo, que tenias las gerarquías de tus milicias espirituales esparcidas de Septentrion á Mediodia, y de Oriente á Occidente; tú, caes ante un poder invisible, que no conoce la catapulta antigua ni la excomunion moderna; caes ante la idea de la libertad y de la emancipacion del pensamiento humano. Al lado de las estátuas de tus antiguos cónsules, se levantarán los triunfos de Mazzini, de Garibaldi y de Victor Manuel.

¡Estaba escrito!

No siempre habian de salir triunfantes el escándalo y la iniquidad. Algun dia los pueblos habian de odiar el fanatismo que estanca las sociedades; algun dia habian de encontrar santa á la víctima y en pecado al verdugo; algun dia habian de glorificar al mártir y no al martirizador.

La simonía, la podredumbre moral en instituciones que contrarian los instintos de amor y de reproduccion, la gangrena social de los conventos, la inquisicion, habian de concluir, que no siempre la ignorancia de los

pueblos había de fraternizar con la corrupción y con el crimen.

El torrente de los tiempos no es bastante á apagar la libertad, y las catástrofes de la historia nunca nos presentan al progreso enconando las llagas de las muchedumbres, porque los reformadores no quieren que sus obras pasen pronto, como las obras de los hombres.

Decid al mártir de la libertad:

¿A qué trabajas?

Y responderá:

Yo quiero la inmortalidad de mis afanes; por esa gloria trabajo, y siempre trabajaré por ella; así supiese cosechar desprecios y sacar miseria y hambre del crisol de mis tribulaciones. Yo sé que este es el mayor sacrificio de que tienen tradicion las gentes, y la idea que adero y represento penetrará el corazón de las muchedumbres, y arrollará después, como las cataratas del Niágara, las resistencias del abuso y las obstinaciones de la iniquidad, pues la verdad no pasa con las generaciones y los tiempos.

Y, al fin, el entusiasmo de la propaganda vulgariza su adorada idea, y la idea cambia el mundo.

¡Oh! ¡Cuánto has cambiado humanidad!

Ya, Roma, no eres el gran sifon á donde

afuian las riquezas del mundo por la fuerza de las armas, ó por la fuerza de los anátemas.

Siempre has sido lo mismo. Igual bajo el imperio de tus Césares que bajo el poder de tus Pontífices.

Siempre el centro de las riquezas y de los horrores.

¡Oh, abramos el libro de la historia!

Fijemos nuestros ojos en la Roma antigua, porque la Ciudad eterna resume la humanidad.

¡Sin duda ha cambiado el mundo!

¿Quién sufriría ahora que un Calígula se proclamase Dios y tomase por pontífice un caballo?

¿Que para la comida de un emperador se arruinase una provincia?

¿Que en un Circo se reuniesen 200.000 personas para presenciar espectáculos de carnicería, únicos capaces de conmover el corazón romano?

Un día se empapaba en sangre la arena del circo, al siguiente se inundaba el anfiteatro hasta la primera gradería, y en el improvisado mar había un combate naval ó nadaban caimanes y tiburones que devoraban mas bien que combatían á los egipcios ó á los negros: al otro día el circo estaba convertido

en bosque y á una señal del emperador salian de repente hasta cinco mil fieras, cuya conduccion habia fatigado las flotas todas del imperio: osos, rinocerontes, elefantes, búfalos y tigres que, rugiendo, morian en aquella selva plantada para solo un dia. Una lluvia artificial de aguas de olores refrescaba la atmósfera, y los despojos de ochenta millones de hombres! se repartian á la suerte entre los espectadores del Circo, que en cien dias vieron alguna vez morir hasta once mil fieras y diez mil gladiadores, y cristianos, y hermosísimas vírgenes.

¿Qué sentiríamos si hoy viésemos arrojar á un niño para ser devorado por bestias irracionales?

¿Qué si á los árboles de una calle se amarrasen criaturas racionales untadas de betun y materias inflamables, y pegarles fuego en la noche para alumbrar el paso del emperador?

¿Qué diríamos si ahora presenciásemos lo que ha pasado en la Roma pontificia?

Doscientos noventa y tres papas ha habido desde San Pedro á Pío IX.

Noventa han sido depuestos, desterrados ó muertos violentamente.

Veinte y uno han sido declarados herejes; veinte y ocho han acudido al extranjero para

sentarse en la Silla pontificia; muchos acusados de homicidio; Juan VIII fué asesinado, lo mismo que Leon VI, Leon VII y Juan XII; Estéban VI extrangulado; diez y ocho envenenados; Juan X ahogado; Leon III y Juan XVI mutilados; Juan XVI murió de hambre, Lucio II á pedradas, Gregorio XIII en una caja de hierro, Celestino V de un lanzazo, Bonifacio VIII se suicidó, Pio IV murió en los brazos de su amada.

¿Quién es capaz de contar los horrores de la historia del Papado?

¡Y se habla de infalibilidad!

• Pero... ¡Roma es libre!

Sea el que fuere el porvenir de la libertad, el mundo ha logrado ya una gran victoria. El poder temporal, absorbente y autócrático de los electos del sacro colegio, ha concluido ante el poder cosmopolita y democrático del progreso y de la civilización!

¡Poderes de la tierra! Ya nada sois como no os dejeis arrastrar del torrente mismo de la civilización, porque fuera, ó en contra, no es posible vivir.

¡Poderes de la tierra! Nunca penseis ir á la cabeza de las naciones, si en amor á los hombres no arde vuestro corazón: ni penseis ocupar un puesto de honor en las luchas del progreso, si jamás habeis asistido, temblan-

do de embecciones, á la representacion de los dramas de la humanidad en los teatros de la historia: ni os lisonjeeis de ser los gestores del porvenir, si vuestro pecho no palpita con las ideas que hoy empujan las naciones: ni creais que llegareis jamás á realizar los ideales de esta generacion, si nunca os habeis estremecido con el estruendo de las luchas del hombre, con la santidad del sacrificio, con la severidad del deber, con la fuerza del derecho.

Político sin filosofia, sin patriotismo, sin simpatías á lo nuevo, no puede ser hombre público, no puede dirigir á las naciones.

La ciencia del gobierno cambia el mundo, pero lo cambia cuando es ciencia, no empirismo; cuando sigue anheloso la marcha de la civilizacion, cuando dice á los pueblos que lo escuchan: «Seguid mis estandartes; yo conozco el camino; fiad en mí, que nunca os he engañado. Volved atrás los ojos: mujeres, por mí en parte sois compañeras y no siervas; hombres, por mí en mucho vuestra personalidad no es propiedad de nadie; esposos, vuestros hijos no pueden ser vendidos; naciones, las razas acabaron, el látigo de alambre no desgarré jamás las carnes de los negros, no hay ningun pueblo rey, no hay privilegios; pueblos todos, no podeis tener mas

esclavos que el vapor y la electricidad, el sonido y la luz; humanidad entera, sé sierva del derecho, solo ten ese amor; criaturas racionales, amaos unos á otros, socorreos; guerra á las tiranías del planeta, jamás guerra á los hombres; haced el bien y esperad, porque el bien fructifica y permanece.»

Cuenta una antigua tradicion oriental que, rendido del sueño y del cansancio, despues de sangrientísima victoria, un vencedor monarca, dejó caer su coronada frente sobre la humilde yerba de los campos. Una gota de rocío, purísima y vestida de colores, rodó hasta una perla de inestimable valor que realzaba la corona.

—Aparta, gota de rocío,—dijo la vanidad.

—¿Por qué? ¿No son mas brillantes mis colores que el oriente de tu nácar?—dijo el rocío temblando, y esparciendo en su temblor luces de rojo y azul.

—Aparta,—dijo tambien al despertar el déspota.

Y la gota de rocío saltó de la régia corona para fecundar una espiga de trigo que fallecia de sed.

La perla, enfermando, perdió su orgulloso oriente; al tirano quitó la vida un patriótico acero en las delicias de un festín; y los hijos de la espiga se multiplicaron maravillosa-

mente sobre la haz de la tierra. Y Dios, para premiar á la gota de rocío, infundió en ella un querubín de alas de oro con poder y virtud de alegrar por su hermosura las tristezas del corazón.

¡Roma! Tú, hasta ahora, has arrojado la gota de rocío; pero el rocío ha caído en la conciencia al soplo de la libertad, y las perlas de tu tiara pierden su oriente, y tú pereces en la embriaguez de tu insensato é infalible festín.

Ya te salvarás cuando no seas cortesana mas que de tu pueblo. Esa es nuestra esperanza. Mazzini decia, cuando Víctor Manuel entraba en Roma: «Algo se ha salvado... Este es el primer paso para que termine mi obra.»

Por lo demás, Mazzini vió la traslación de la corte de Víctor Manuel á Roma con pesar. Él habia trabajado por la unidad de Italia; él habia sido, si no el primero, el que mas habia puesto en la guerra contra el poder temporal que el Papa ejercia sobre los pueblos romanos, y sus enemigos, sus perseguidores, venian apoyándose en las armas del ilustre desterrado, para recoger el botín de una victoria que no era de ellos. Tamaña contrariedad le llenaba de pesar y le hacia llorar frecuentemente.

VI.

No por estas grandes contrariedades Mazzini quedó mudo para el pueblo. Redactaba en varios periódicos, colaboraba en muchos mas, y estaba consagrado á escribir cartas políticas á sus numerosos amigos.

Una de estas, modelo de ideas socialistas, dirigió á nuestro amigo Fernando Garrido, á propósito de la obra que éste comenzó á publicar en principios de 1870, titulada : *Historia de las clases trabajadoras*.

La carta del ilustre agitador dice así:

«Mi querido Garrido: Su cuaderno (las cuatro primeras entregas) encierra una porcion de buenos pensamientos, y es ademas una buena accion.

»Existe una mala inteligencia entre los hombres de la democracia y los socialistas; »mala inteligencia que ha producido la division que hizo posible la dictadura bonapartista; mala inteligencia que separa todavía »en Europa la clase media de las clases trabajadoras.

»Esta mala inteligencia proviene, como »decís, de haber confundido unos y otros los »sistemas socialistas con el pensamiento social, con el *principio de asociacion*.

»Unos han creído que el socialismo se encerraba en ciertas soluciones absolutas presentadas por algunos pensadores; y como casi todas estas soluciones partían del punto de vista gubernamental, y amenazaban por su uniformidad reglamentaria, suprimir toda personalidad humana, han condenado el socialismo en nombre de la libertad.

»Los otros han creído que el antagonismo de la democracia hacia sus sistemas provenía de la negación de su principio fundamental y de la necesidad que los había inspirado, y han condenado a la democracia en nombre de la asociación.

»Esta mala inteligencia existe para los hombres exajerados que hay siempre en todos los partidos, pero carece de base.

»Hay un terreno común bastante amplio en que todos podemos estar unidos.

»No hay para nosotros revolución puramente *política*. Toda revolución debe ser *social*, en el sentido de que su objeto es la realización de un progreso decisivo en las condiciones morales, intelectuales y económicas de la sociedad. Siendo la necesidad de este triple progreso más urgente para las clases trabajadoras, hacia ellas *sobre todo* deben dirigirse los beneficios de la revolución.

»No puede haber revolución puramente *so-*

»cial. La cuestion *política*, ó sea la organiza-
»cion del poder en un sentido favorable al pro-
»greso moral, intelectual y económico del pue-
»blo y de manera que haga imposible el anta-
»gonismo á la causa del progreso, es una con-
»dicion necesaria de la revolucion social. El
»bien, el adelanto de las clases trabajadoras,
»no pueden salir de una fuente impura, cor-
»rompida, ni de un estado de cosas que nie-
»gue, por el despotismo, hasta la misma exis-
»tencia del progreso.

»El trabajador necesita su dignidad de ciu-
»dadano y una garantía para la estabilidad
»de sus conquistas en la vía de la libertad.

»El santo y seña de nuestros tiempos es la
»ASOCIACION, que debe extenderse á todos.

»El derecho á los frutos del trabajo es el
»objeto del porvenir, y nosotros debemos
»trabajar para acercar la hora de la realiza-
»cion. La reunion del capital y de la activi-
»dad productora en las mismas manos será
»una ventaja inmensa, no solamente para los
»trabajadores, sino tambien para la sociedad
»entera, porque aumentará la armonía, la
»produccion y el consumo.

»Las asociaciones voluntarias, multiplica-
»das indefinidamente, además de reunir un
»capital inalienable, aumentarán progresi-
»vamente y llamarán en consecuencia al tra-

»bajo libre y colectivo un número de trabajadores cada día mayor.

»Esto es lo que yo entiendo por las dos palabras igualmente sagradas que no ceso de repetir:

»LIBERTAD: ASOCIACION.

»¿Acaso esto no es bastante para que nos unamos en el trabajo como hermanos? Un paso en la realización de estos dos principios, ¿no nos abriría á todos una ancha vía para discutir pacíficamente las cuestiones secundarias?

»Hé aquí lo que, si pudiera, repetiría yo todos los días á mis hermanos de España. Hé aquí lo que debeis repetirles en mi nombre: Libertad para todos; progreso para todos; asociacion de todos.

»¿Puede haber un verdadero demócrata, un socialista sensato que no se incline en el fondo de su corazón ante esos tres términos del problema de la humanidad? ¿Y no exige la inflexible lógica el trabajo asociado de todos para conquistar, desarrollar y consolidar la Libertad, el Progreso y la Asociación?

»Hagan lo que quieran para impedirlo, marchamos rápidamente á una crisis euro-

»pea, semejante á la de 1848 (1): ¡desgraciada
»España, y desgraciados todos nosotros, si
»las severas lecciones que entonces y en los
»años posteriores hemos recibido no nos han
»enseñado á unir nuestras fuerzas para la
»próxima lucha!

»Reunios todos, creyentes en la Libertad
»y en la Asociacion, contra los enemigos de
»estas dos grandes ideas, y estoy seguro de
»que conquistareis vuestro puesto entre los
»Estados-Unidos, libres y asociados de Eu-
»ropa.

»Vuestro afectísimo, *José Mazzini.*»

Pocos meses despues de escribir estas líneas Mazzini, sintióse herido de muerte. Los años le agobiaban. Consumido por el peso del trabajo, fatigado por haber gastado su existencia en las privaciones y la duda, Maz-

(1) Mazzini presagiaba aquí lo que vimos realizado tres años mas tarde, en Febrero de 1873, la proclamacion de la república. España no aprendió entonces en las lecciones de la historia á aunar todos los elementos y conservar la libertad. Querer hacer república con leyes monárquicas, es tan insensato como querer sostener la monarquía con leyes republicanas. Los hombres de 1873 lo hicieron muy mal. Otros conoceremos que en momentos históricos, parecidos á los de 1873, lo harán mejor.

zini murió viendo su patria entregada al que tantas veces le habia perseguido; á sus amigos todos en la apostasía, vendidos al tirano; y aquellos que le habian sido fieles, presos unos, como Garibaldi en la isla de Caprera, ó emigrados otros por Europa, esperando que la república triunfe en Italia y sea una verdad la unidad de la patria de Mazzini.

VII.

Conocidas eran las ideas de Mazzini sobre las cuestiones sociales. La emancipacion del obrero y el mejoramiento de las clases proletarias, eran sus constantes ensueños. Mas de una vez escribió estudiando estas cuestiones y dando doctrina propia. El sistema cooperativo era aceptado por él como principal base para que el obrero pudiera resistir en la gran crisis, por que atraviesa desde 1840, y estudiando la solidaridad, decia lo siguiente:

«La solidaridad es el lazo que une entre sí á todos los miembros de la raza humana en el presente, en el pasado y en el porvenir. Los pueblos y los hombres egoistas, que solo piensan y viven para sí, son los enemigos de la humanidad y de la naturaleza; de la hu-

manidad, á quien deben lo que son; de la naturaleza, que los impele á unirse con sus semejantes.

»Ellos llevan en su conducta su castigo. Los sufrimientos y las desgracias de los hombres y de los pueblos están en relacion con su egoismo, que les aleja, y los priva del amor de sus hermanos.

»El desarrollo físico, moral é intelectual, la felicidad de los individuos y de las naciones aumentan á medida que se acercan, que se aman, que se unen; prueba reveladora, irrecusable de su destino. Hé aquí por qué toda idea, toda institucion, todo poder que sea un obstáculo á la unidad de la raza humana está herido de muerte.

»Contra la humanidad y contra la naturaleza se puede luchar, pero nunca vencer.»

Tiene razon Mazzini; la union de la familia humana está santificada por todos los hombres que aman la democrácia y piensan un día tan solo, en favor del pueblo.

Pero Mazzini donde está mas acertado es en la impugnación que hace á *La Réforme intellectuelle et morale de la France*, libro que publicaba M. Renan á últimos de 1871. El escrito de Mazzini es altamente importante por la exposicion de doctrina nueva que forma así un dogma propiamente dicho, de

cuanto el gran agitador pensaba sobre el asunto que tanto ocupó al historiador francés. En el periódico *Fortnightly Review* apareció el trabajo de Mazzini, titulado *La Reforma Intelectual y Moral*, y no habrá ciertamente revista en Europa que no lo haya traducido y publicado con preferencia á otros trabajos. Tal es, pues, el mérito del último escrito de José Mazzini, que nosotros, para completar este libro, nos permitimos reproducir en capítulo aparte, no sin llamar antes sobre él la atención de todos los lectores que recorran estas páginas.

CAPITULO VI.

LA REFORMA INTELECTUAL Y MORAL, SEGUN
MAZZINI.—DOCTRINA DE M. RENAN.—IMPUG-
NACION DE MAZZINI.—DOS PALABRAS DEL AU-
TOR DE ESTE LIBRO.

I.

«Lleno de buen deseo—dice Mazzini,—y de esperanza por lo importante del asunto y por el nombre del autor, he abierto el libro de M. Renan titulado *La reforme intellectuelle et morale de la France*, libro que solo ha producido en mi ánimo desaliento y tristeza (1). Que Francia necesita una reforma moral es indudable. Una nacion que en 1871 ha contemplado con inerte indiferencia la desmembracion de su suelo y pasado de esto á un

(1) Este es el último estudio que ha escrito Mazzini. Lo terminó el 3 de Marzo de 1872, ocho días antes de su muerte. Sus ideas son tan nuevas, tan originales, que deben leerse con detencion suma y estudiarlas con interés.

vandalismo que trasformaba la santidad de la fé republicana en orgía de odio y de venganza; una nacion que ha tomado por ideal la idolatría de los sentidos y de la materia, está irrevocablemente perdida, á menos que no se intente supremo esfuerzo para traerla de nuevo á la esfera de los pensamientos elevados, á la adoracion del ideal, á la religion del deber y del sacrificio.

»A las grandes inteligencias de Francia incumbe el cuidado de dar este impulso fecundo, de tomar esta generosa iniciativa; la empresa corresponde á los escritores capaces de comprender las causas del mal y de encontrar los remedios que indican la tradicion nacional y las aspiraciones de la Europa moderna. Estos escritores son numerosos en Francia, y M. Renan se encuentra en primera fila; teníamos, por tanto, derecho á esperar que su libro sobre la *Reforma intelectual y moral* contendria poderoso análisis de las causas que han detenido el progreso de Francia desde 1815, alguna indicacion de los métodos por los cuales se podria dar nueva vida al organismo nacional y un llainamiento á los espíritus que trabajan por la misma causa, aconsejándoles que formen con él una cruzada moral. Estas esperanzas se han visto frustradas,

»No es la primera decepcion de igual clase. La inercia y, en cierto modo, la abdicacion de las grandes inteligencias ha sido general en Francia durante las últimas tempestades, y es uno de los síntomas graves de la decadencia que deploro.

»En la esfera de accion admira y duele ver hombres como Ledru-Rollin, Luis Blanc, Edgardo Quinet, Schoelcher, Arago y otros permanecer testigos pasivos de la insurreccion de París, que hubieran podido dirigir con su intervencion á un fin mas noble, y vacilar entre una Asamblea que orenan funesta y un movimiento que, abandonado á la direccion de materialistas incapaces, habia de acumular desastres sobre desastres.

»En la esfera de las ideas, los talentos mas grandes permanecen mudos y desanimados, como Quinet; ó persisten, á despecho de todo, en glorificar la grandeza y la omnipotencia de Francia, como Hugo; ó buscan remedio á los males presentes en la vuelta á lo pasado, como hace M. Renan. No hay uno solo que tenga el valor de denunciar á su patria las faltas y los errores que la han reducido á tal estado; que se atreva, sin espíritu de partido, pero con confianza en el porvenir, á enseñarle que encontrará su fuerza y su grandeza en el olvido de un pasado,

muchas veces glorioso y muchas mas impuro.

»Este fué el valor que tuvo Dante y este e servicio que prestó á Italia.

»La costumbre muy generalizada, y particularmente en Francia, de buscar un individuo ó un grupo de individuos para hacerles responsables de las faltas ó de las desgacias de un pueblo entero, es deplorable, porque conduce á la adulacion y á la inercia. El primer Napoleon, su sobrino despues, miserable parodia de aquel, el supersticioso respeto que á lo pasado profesaban los partidarios de los Borbones, el egoismo mezquino de Luis Felipe, son incidentes vulgares ó heróicos, de la historia de la nacion; no son causas, sino consecuencias. No trato de paliar las faltas de los individuos ni de aligerar la responsabilidad terrible que pesa sobre los que en provecho suyo, explotan los vicios del pueblo; pero las fuentes del mal están más profundas y el tentador penetra por una brecha que estaba ya abierta. Cuando una nacion cambia de soberano y de gobierno cada quince ó veinte años, y durante tres cuartos de siglo alterna entre pasajeros impulsos de libertad y profundas caidas, sin salir de un círculo fatal, aspirando siempre al progreso é incapaz de avanzar un solo paso, bien se advierte que el mal ha llegado hasta las

fuentes de la vida. Necesario es entónces buscarle, definirle, atacarle en sus raíces, sin prevencion de ninguna clase, y no veo que Francia intente ningun esfuerzo en este sentido.

»Treinta y siete años hace que publique por primera vez mi opinion sobre el carácter y los progresos del movimiento democrático en Francia y en Europa. Decia entónces que este movimiento se desvia y detiene á causa de dos errores fundamentales; la opinion arraigada en Europa, y particularmente en mi patria, de que la iniciativa del movimiento civilizador es mision propia de Francia, y la creencia, ciegamente aceptada por el partido de accion francés, de que la revolucion del 89 ha inaugurado nueva era, y que la obra por realizar consiste sencillamente en llevar á la práctica los principios de esta revolucion. Con frecuencia he hablado del primero de estos errores. El segundo nos explica el estado actual de Francia, y el libro de M. Renan me induce á estudiarlo más de cerca.

»La teoría política que domina las obras esenciales de esta revolucion es la *teoría de los derechos*, y la doctrina moral de donde ha salido es la materialista, para quien la vida es la *investigacion de la felicidad*. Esta doctrina inaugura la soberanía del *Yo*, y la teoría

que de ella nace inaugura la soberanía de los *intereses*. Poco importan los rayos de luz proyectados sobre las vías del porvenir por hombres que han muerto, profetas ó mártires de otras ideas y de otras aspiraciones: el carácter fundamental de la revolucion es el que acabo de indicar. Francia se ha apropiado este carácter, sin modificarlo en nada absolutamente, cuando el despotismo ha sucedido á la violencia, á las agitacioaes revolucionarias, sin variarlo tampoco despues de sus últimas derrotas.

»Quien conoce la lógica de la historia deduce fácilmente las consecuencias. Los derechos de diferentes individuos ó de distintas clases sociales, cuando no están santificados por la realizacion de un sacrificio, ni atemperados por una fe comun en alguna ley moral, producen, mas ó menos pronto, un conflicto, y á toda reivindicacion que se haga mezclaráse la pasion y el ódio. La falta de una ley moral, superior á los derechos, y á la cual todos los partidos pudieran apelar, conduce insensiblemente á los hombres á aceptar *los hechos consumados*: el éxito se convierte en signo y símbolo de la legitimidad, y se sustituye el culto de lo verdadero absoluto por el culto á lo que existe, disposicion de ánimo que acaba pronto por la adoracion de

la fuerza. Poco á poco buscan la fuerza hasta los que invocan los nombres sagrados de justicia y de verdad, y la buscan como el mejor medio de alcanzar el triunfo. La defensa de la libertad se confía á las armas de la tiranía; la revolueien se encarna en Saint-Just y en Robespierre, y el *terror*, elevado á sistema, se erige en apostolado.

»Cuando á la revolueion, ahogada por un soldado de fortuna ó por el maquiavelismo, sustituye un nuevo estado de cosas, las naciones educadas en estas doctrinas políticas permanecen fieles á ellas hasta en la nueva organizacion; la *fuerza* se convierte en *centralizacion administrativa*, y la vida pública queda entregada al monopolio del Estado; quien entonces trata de salir de la inercia es implacablemente reprimido. El egoismo se insinúa al mismo tiempo en el corazón de los hombres por la falsa definicion de la vida que la convierte en aspiracion á la felicidad: los impulsos generosos que, en la fuerza de la juventud ó en el movimiento espontáneo de una revolucion, hacen soñar con la felicidad universal, armonía entre los intereses individuales y los de la humanidad, quedan ahogados, gracias á la ausencia de fe y de deber, por los frios cálculos de la edad madura ó las realidades de la hora presente.

»Los que han logrado, fraternizando un momento con el pueblo, obtener lo que deseaban, olvidadizos de sus promesas y del pacto de solidaridad que han jurado, contentanse con gozar de sus propios derechos, y en cambio dejan al pueblo adquirir otros por todos los medios. Los intereses materiales se convierten en una medida de todas las cosas; riqueza y poder son sinónimos de grandeza á los ojos de la nacion. La política nacional es una política de desconfianza, de celos, entre los que gozan y los que sufren, entre los que tienen el uso de la libertad y aquellos para quienes la libertad es una palabra sin sentido. La política internacional pierde de vista toda regla de justicia, todo sentimiento de derecho, y se convierte en política de egoismo y de engrandecimiento, á veces de degradacion, á veces de gloria adquirida á costa de otro. El sofisma y el espíritu sistemático ennoblecen los crímenes y los errores, enseñan la indiferencia ó la muda contemplacion, el culto de la forma en el arte, la sumision ciega ó la salvaje rebelion en política, la sustitucion del problema de la produccion económica al problema humano; ó bien, volviendo los ojos al pasado, se renuncia á la accion y se escribe la historia.

»La expiacion sigue al crimen, mas ó me-

nos rápida, mas ó menos rigurosa, pero inevitable, implacable. Hé aquí, pues, el estado á que ha venido á parar Francia para adoptar la teoría de los derechos y de la felicidad como fin de la vida. La expiacion, que empezó por la imposibilidad de romper el círculo fatal de lo presente y avanzar en la vía de lo porvenir, ha entrado en segundo período, mas decisivo. Se agravará todavía si los pensadores de Francia, los hombres capaces de un patriotismo viril, no se ponen de acuerdo para hacer oír resueltamente la verdad á sus compatriotas, pues la verdad, dicha por pensadores extranjeros, provoca la resistencia del orgullo nacional que sobrevive á los desastres.

»En vez de reparar los pensadores del pueblo; que es lo que hacen con frecuencia monsieur Renan, M. Montegut y otros, todos los franceses que tienen influencia y sincero amor á su patria deben unirse para ejercer continuo apostolado de la verdad.

»Y voy á decir la verdad.

»La teoría de los derechos puede ocasionar la destruccion de una forma social tiránica ó en decadencia; pero es incapaz de fundar sobre base duradera una nueva sociedad. La doctrina de la soberanía del yo no puede crear mas que el despotismo ó la anarquía.

La libertad es un medio de llegar al bien, pero no es su objeto. La igualdad, comprendida en su sentido material, es una negacion absurda de la naturaleza, y, si pudiera realizarse, conduciria á la inmovilidad. El secreto de una organizacion social armoniosa no saldrá del sufragio, de un hombre, de una oligarquía ó de un pueblo entero, á menos que este voto no descansa en la aceptacion prévia de algun principio moral, principio que ponga en armonía la tradicion religiosa é histórica del país y las intuiciones de la conciencia individual, viniendo á ser el alma de una época. El pueblo no es una ficcion, es el *conjunto* de personas y de clases, asociadas para formar una nacion, animadas de una fe comun, fieles á un pacto comun, encaminadas al mismo fin: este fin es el soberano verdadero.

»La revolucion solo es sagrada y legítima cuando se ha emprendido á nombre del progreso y es capaz de verificar una reforma moral, intelectual y material en el pueblo entero. Las revoluciones emprendidas] para la supremacia exclusiva de una fraccion del pueblo sobre las demás, solo son rebeliones, tan peligrosas como estériles.

»La revolucion verdadera consiste en sustituir un nuevo problema de educacion al

precedente. El verdadero gobierno es la inteligencia, es el sentimiento del pueblo, consagrado á convertir en hechos el nuevo principio de educación. Debe, pues, organizarse el gobierno de tal manera que sea capaz y esté obligado á ser fiel intérprete de este principio, y que no tenga ni la tentación ni el poder de alterarlo. Todas las teorías de gobierno fundadas en la desconfianza, la sospecha, la resistencia, la libertad por sí misma, el antagonismo entre el gobierno y el gobernado, cual si fueran una idea orgánica, caracterizan períodos de transición, siendo protesta generosa y temporal contra un orden de cosas anormal y sistemático, pero estériles é incapaces de imprimir á la nación un impulso serio y eficaz.

»La autoridad es sagrada; no cuando es el cadáver de una autoridad muerta ó una mentira, sino cuando está dotada de la fuerza y de la capacidad necesarias para desempeñar su misión, que consiste en representar y desarrollar el principio moral de la época. El eterno problema de la humanidad consiste, no en destruir la autoridad, sino en sustituir, á las autoridades ficticias, una autoridad legítima. No se destruye nada ni se crea nada, pero todo se transforma conforme al

grado de educación á que hemos llegado ó somos capaces de llegar.

»La educación, la familia, la libertad, la asociación, la propiedad, la religión son los eternos elementos de la naturaleza humana. No se les puede separar, pero cada época tiene el derecho y el deber de modificar su desarrollo, conforme á la inteligencia del tiempo, á los progresos de la ciencia y á las condiciones sucesivas de las relaciones humanas. Ilustrada por estas ideas, la democracia debe abandonar la vía de las negociaciones. Útil y oportuna cuando se trataba de romper los anillos que encadenaban la humanidad á lo pasado, son peligrosas hoy que nuestra empresa consiste en la conquista de lo porvenir. Si la democracia no abandona esta vía se condena á perecer, como toda reacción, por la anarquía y la impotencia.

»La vida no consiste en la investigación de la felicidad, de una felicidad que es imposible en este mundo. O la vida es una misión, ó no tiene valor ni sentido. La vida no nos pertenece, es de Dios, y por ello tiene un fin y una ley. Nuestra empresa consiste en descubrir esta ley, encontrar este fin y conformar á el nuestro pensamiento y nuestras acciones. Es indispensable que á esta empresa presida la fórmula sagrada del deber. El

hombre no tiene derechos naturales, salvo *el de librarse por sí mismo de los obstáculos que le impidan cumplir libremente sus deberes.*

»Los demás derechos son únicamente consecuencia de nuestras acciones, realizacion de nuestros deberes. La propiedad material y la intelectual son únicamente medios de realizarlos, instrumentos que nos permiten desempeñar nuestra mision, nuestro fin, y no son sagrados sino con relacion á este fin. Considerándolos objeto de la vida lograremos acaso trasportar el egoismo de una clase á otra, pero no que el egoismo se sacrifique al bien general. Cualquiera que sea la ley, cualquiera que sea el fin que nos esté asignado, y á cada edad que pase, con mayor claridad se nos revela: no podemos avanzar en el descubrimiento de la primera, ni en la realizacion del segundo, sin poner en ejercicio todas las fuerzas de la humanidad. Nuestra union íntima con nuestros semejantes, es por tanto un deber. Cada cual de nosotros vive, no para sí mismo, sino para la humanidad entera; y, fuera del general progreso, no podemos realizar ninguno individual. La virtud suprema es el sacrificio y consiste en pensar, obrar, y, si necesario fuese, sufrir, no por nosotros mismos, sino por los demás, por el triunfo del bien sobre el mal. Las con-

diciones del problema no han variado; nuestra misión, hoy como antes, consiste en realizar la felicidad de todos; pero el espíritu no es igual, se ha modificado la intención con que la empresa se acomete, el camino que se emprende es nuevo, y esta diferencia producirá resultados diversos: educaremos la humanidad para el amor y la virtud, no para ese egoísmo odioso que es hoy la plaga del mundo.

»Francia ha olvidado estas reglas, entregando al materialismo sus nobles instintos; su amor á la humanidad se ha transformado en idolatría nacional; en vez del ideal á que rendía culto, lo que busca es el placer; sus aspiraciones á lo porvenir las ha sustituido con adoración ciega y vana á una revolución cuyo único objeto fué poner término á una época pasada. Su adhesión á las naciones hermanas y su creencia en la igualdad, las ha reemplazado con no sé qué ensueño de dominación moral. Merecidas son las pruebas por que ha tenido que pasar recientemente, expiación de su falta de fidelidad á las promesas con que había engañado á los pueblos, de su conducta respecto á Polonia, de su invasión en España en 1823, de este odio de clases que ha sustituido á la fraternidad republicana, de la cobardía que ha cometido,

aceptando el segundo imperio, Roma, México, Niza y la última guerra.

»Para renovarse y recuperar su grandeza es preciso que Francia repudie los últimos setenta y cinco años, y que entre por distinto camino.

II.

»El franco y viril lenguaje que yo esperaba dirigiesen los pensadores franceses á sus compatriotas, no lo he encontrado en el libro de M. Renan. Para el renacimiento de Francia evoca su pasado, el pasado al cual puso fin el 89. M. Renan es monárquico. Estudiando la historia de Francia, encuentra que la monarquía ha fundado la unidad territorial; y de este hecho, que por cierto exagera, deduce que su patria debe continuar siendo lo que era, monárquica; habiendo consistido el error de la revolución en decapitar la monarquía. Es muy cierto que las instituciones duraderas no se pueden crear *a priori*, ni por la imitación de un tipo ideal que presente un pueblo extranjero, ni por la intuición solitaria de un individuo. En este error, que M. Renan combate, han incurrido casi todos los socialistas modernos, y yo también. Las instituciones no se crean; son consecuencias,

resultado de las tendencias de las facultades especiales de un pueblo, de la organización social y de las costumbres que por largo tiempo se han formado en él, de la tradición histórica que nos revela la ley de su existencia. Pero si el estudio de esas tendencias, de esas facultades, de esas tradiciones, puede y debe guiarnos en el descubrimiento del principio que debería presidir á las leyes de ese pueblo y á sus instituciones, no bastaría para indicarnos el mejor método de practicar el principio. El error de M. Renan, error casi increíble en un pensador, consiste precisamente en confundir el principio y el método que debe aplicarsele. La monarquía no es un principio, es un método de gobierno, un instrumento que ha realizado ya su misión.

»Lo que nos revela la tradición histórica de un pueblo es su misión en el mundo, y á ella apropiamos la educación y las leyes; pero de qué forma y manera se realizará esta misión entre las naciones? Este es el problema que varía en cada edad.

»Roma tuvo, mas que ningun otro pueblo, la misión de civilizar á Europa y de formar el mundo latino-germánico. Esta misión la realizó por medio de diferentes métodos: por la espada de la república y del imperio, durante el gran periodo romano, por la palabra

pontificia en seguida, y en fin, durante el segundo gran período, por el ejemplo de nuestras municipalidades.

»Un principio atraviesa largos siglos hasta que, como antes he dicho, cuanto en él hay de fuerza y de vida se identifica con la humanidad y se encarna en ella; pero los instrumentos que están al servicio de este principio cambian con frecuencia, según la educación progresiva de las naciones.

»Es cierto, aunque no en absoluto como M. Renan cree (1), que la monarquía, por

(1) Las municipalidades francesas, aunque inferiores por su origen, carácter y forma á las de Italia, son, sin embargo, un elemento importante en la historia de Francia, y por la regularidad de su desarrollo en los siglos XI y XII prepararon las vías de la unidad nacional. M. Renan no hace alusión alguna á esta influencia, ni á los nobles esfuerzos de Estéban Marcel y de Roberto Le-coq en el siglo XIV, ni á Juana de Arco, ni á las audaces peticiones de los Estados Generales en 1601, ni á ninguna otra manifestación popular ó de la burguesía. Felipe Augusto, San Luis, Felipe el Bello y los siguientes reyes, conocieron bien la importancia de este movimiento, pero, sirviéndose de él contra la feudalidad, hicieron cuanto les fué posible por desviarle. La monarquía ha hecho la unidad territorial de la Francia; la unidad moral, el alma de la nación, ha sali-

sus luchas contra el feudalismo, contribuyó á formar la unidad nacional de Francia, del mismo modo que la aristocracia inglesa, oponiéndose á las tendencias despóticas de la monarquía, contribuyó á desarrollar el rasgo característico del genio nacional. También es cierto que Francia debe á esa unidad interesada que le dió la monarquía su tendencia á la centralización política y administrativa, y de aquí su inclinación á someterse á todo individuo coronado del prestigio que produce la victoria ó la tradición dinástica, y á implantar la libertad por la violencia, á sustituir la gloria militar á la obra de fraternidad y de afecto: de aquí también su ardiente deseo de igualdad, con tanta frecuencia mal entendida.

»En Inglaterra, al contrario, la larga lucha del patriciado contra el poder absoluto del rey engendró la tendencia á la descentralización, el gusto á la libertad individual, que predomina sobre todos los demás, y el respeto á la aristocracia, uno de los elementos históricos de la nación (1).

do allí, como en todas partes, de los instintos populares.

(1) Nosotros, los italianos, no debemos nuestras tendencias nacionales á ningún principio monárquico ni aristocrático cuya

»Pero, porque la educación del pueblo la haya dirigido en un principio una institución dominante, ¿debe deducirse que continuará dominando al través de todas las fases? El elemento histórico es importante en la vida de un pueblo; pero ¿pueda negarse que la intuición, la espontaneidad, el presentimiento de un nuevo porvenir existen también en el pueblo?

Nuestros municipios han tenido incontestable grandeza, pero ¿es razón bastante para volver á lo pasado y permanecer inmóviles entre las tumbas de nuestros antecesores? ¿Deben confundirse con la misma vida ciertas manifestaciones de la vida que estamos presenciando, y convertir el porvenir en un mosaico de sustancias desenterradas de las ruinas?

»La vida es inmortal; sucesivamente reviste nuevas formas, según los objetos inmediatos ó secundarios á que aspira en su camino hacia el fin supremo. La teoría de M. Renan

historia esté íntimamente unida á la nuestra. La vitalidad entre nosotros ha tenido el principio aristocrático; descansa en algunas grandes familias, no en la fuerza de un partido. No es á la monarquía, sino únicamente al pueblo á quien pertenece la iniciativa de toda empresa en favor de la unidad ó la libertad nacionales.

es contraria á la sana concepcion de la historia, contradice la ley del progreso que se impone al hombre cuando estudia los sucesos de la historia.

»El error de la revolucion francesa no ha sido la abolicion de la monarquía, sino la tentativa que hizo de edificar una república basada en la teoría de los derechos, que, aislada, conduce fatalmente á reconocer el hecho consumado, fundado en la soberanía del *yo*, y ésta, mas ó menos pronto, lleva á la soberanía del *yo* mas fuerte; basada tambien en el método, esencialmente monárquico, de la centralizacion, de la intolerancia y de la fuerza; basada, por último, en esa falsa definicion de la vida de que antes he hablado, definicion dada por los hombres de la monarquía, por los materialistas que habiendo suprimido á Dios, debian caer en el culto de la fuerza. Cuando el *yo* más poderoso de este período, Napoleon, se levantó, apoyándose en la fuerza y dijo: «prostérnate,» la revolucion se prosternó delante de él, y (con rarisimas excepciones) cuantos habian jurado vivir ó morir como hombres libres, se inclinaron y tomaron asiento en el Instituto ó en el Senado conservador. La verdadera causa de la impotencia que hace languidecer á Francia consiste en esa contradiccion entre el método y

el fin, en esa educacion inmoral con la cual la monarquía ha pervertido los buenos instintos de Francia, y contra la que no han luchado bastante las inteligencias mas preclaras.

»La monarquía, que ha largo tiempo cumplió la mision asignada por las circunstancias; la monarquía, derribada por una revolucion que reasume todos los movimientos populares precedentes; la monarquía, reanimada un momento, como cuerpo galvanizado, por las bayonetas extranjeras despues de la dictadura de Napoleon, puesta en tela de juicio cada veinte años por nuevas revoluciones, culpablé de haber ocasionado dos veces la invasion extranjera, desprovista de la confianza de sus mismos partidarios; la monarquía, que se sostiene por viles complacencias, que carece de fuerza vital, que solo tiene apariencia de vida, gracias á compromisos denigrantes, á forzadas concesiones, á hipocresías demasiado deshonorosas para ser de buen efecto; la monarquía, repito, llámese Chambord, Orleans ó Bonaparte, podrá añadir á las demás nueva capa de corrupcion, pero no devolverá la vida á la Francia.

»Es afflictivo que un hombre del mérito de M. Renan le proponga como remedio, y admira verle, arrastrado por las consecuencias

de su primer error, caminar de ruinas en ruinas en busca de elementos de una vida nueva, de un *recalentamiento* de instituciones esencialmente malas, y, por ahora, imposibles.

»Las instituciones religiosas y políticas que la obra del tiempo destruye no pueden ser restauradas, y la grande inteligencia de Machiavelo incurrió en un error al asegurar que de vez en cuando era preciso remontar la corriente de los acontecimientos. Las tentativas hechas para que el cristianismo tenga sus primitivas virtudes, para conciliar el Pontificado con la vida emancipada de los pueblos modernos, para renovar la monarquía en Europa, son ensueños de espíritus enfermos de ceguera intelectual é incapaces de comprender los destinos reservados á Europa.

«El arte mismo no puede rejuvenecerse en las fuentes de lo pasado. Las tentativas de Owerbeck y de su escuela en Alemania; las imitaciones de la escuela umbriana; los esfuerzos religiosos de algunos pintores ingleses han fracasado y fracasarán siempre. Estos artistas reproducirán las formas antiguas, pero no harán revivir el alma de los pintores que han tomado por modelo. Fray Angélico se arrodillaba, rogando en éxtasis antes de

ponerse a pintar, y los artistas a que antes aludo no rezan. La fe en los dogmas cristianos se apaga en el corazón de los hombres.

»M. Renan propone crear una nueva aristocracia. «No hay monarquía sin nobleza, dice. En el fondo ambas instituciones descansan en el mismo principio (1).» Esto es verdad, pero es un argumento mas en apoyo de nuestra fe republicana. ¿Puede crearse una aristocracia? Napoleon lo intentó, y su tentativa produjo miserable parodia.

«La base de la vida provincial debía ser un honrado y leal caballero de pueblo y un buen párroco de aldea, completamente dedicado a la educación moral del pueblo (2).»

»¿Dónde encontrareis ese honrado caballero de aldea y ese párroco exclusivamente dedicado a la educación moral del pueblo? ¿Dónde está esa aristocracia ilustrada de qué habláis en otros párrafos, que se eleva sobre el nivel de la demás clases, y es depositaria de la conciencia nacional? No se puede crear una aristocracia. O nace de la conquista, implantándose por medio de la espada en las naciones que el despotismo ha corrompido, ó de una superioridad individual incontes-

(1) A la página 77.

(2) A la página 78.

table, ó de largos servicios que á la patria han prestado algunas familias privilegiadas. Las antiguas familias nobles se han extinguido ó han degenerado. Las deudas contraídas por indignos descendientes, las hipotecas, han hecho desaparecer la mas sólida parte de su fortuna: sus bienes inmuebles están en manos de plebeyos prestamistas, y la navegación, los progresos de la industria y del comercio y su infatigable perseverancia, han hecho de la clase media una nueva fuerza social. La instrucción mas generalizada, la prensa, el espíritu público han abolido las castas intelectuales, y la ciencia y la inspiración encuéntranse hoy en todas las clases sociales. Es raro en estos tiempos ver unido un nombre aristocrático á alguna obra importante de la ciencia, de la filosofía, de la literatura, de la política, en una palabra, del progreso. La aristocracia hereditaria, la nobleza de sangre, no existe en Francia mas que de nombre. El fabricante ha reemplazado al caballero. La única aristocracia hoy dia es la de la fortuna, y la única en lo porvenir será la del génio; pero ésta, como cuanto de Dios proviene, saldrá del pueblo y trabajará para él.

» Los Estados no pueden descansar sino en elementos vivos que comuniquen la vida, y

la vida es el progreso, es la iniciativa. La monarquía y la aristocracia no viven, y por lo tanto no pueden comunicar la vida. La monarquía resiste, vejeta por medio de concesiones. La aristocracia muere del lento suicidio de la holganza. ¿Basta abrir una tumba para reanimar lo que en ella duerme?

»La victoria de Prusia ha sido la victoria de la monarquía del derecho casi divino, del derecho histórico.

»No, la monarquía prusiana es la mas joven de Europa; el verdadero vencedor es la nacionalidad alemana. Amenazar el Rhin era preparar Sedan. Esta amenaza es la que ha vuelto contra Napoleon III á la Alemania del Sur, á la Alemania católica, con las cuales contaba. El rey de derecho casi divino no ha triunfado sino porque enarbolaba la bandera de la unidad.

»La monarquía, la aristocracia, las dos Cámaras con sesiones secretas, París privado del derecho de elegir alcalde y ayuntamiento, la China colonizada por la conquista, todos estos remedios que M. Renan propone para los males presentes son ineficaces. El verdadero remedio está en otra parte y monsieur Renan se ha engañado grandemente en el problema que quiere resolver. La siguien-

te frase prueba que no ha comprendido toda la grandeza del asunto.

»Si es cierto, como parece, que la monarquía y la organizacion nobiliaria del ejército están perdidas en los pueblos latinos, preciso es decir que los pueblos latinos llaman una nueva invasion germánica, y la sufrirán.

»La invasion germánica que subyugó á las razas latinas en el siglo V, no triunfó porque á estas razas faltasen monarcas y patricios, sino porque la monarquía, convertida en despotismo, no realizaba ninguna mision, y el patriciado, sombra de sí mismo, no tuvo la energía de identificar su destino con el de la patria; porque la riqueza habia sustituido el materialismo á la antigua fe en el porvenir de Roma; porque el porvenir pertenecia al cristianismo, y esto no lo comprendieron los señores de las razas latinas; porque los escritores eran excépticos; las clases ricas, focos de corrupcion; el pueblo (exceptuando los cristianos) un mónstruo de brutalidad, de supersticion, de servidumbre.

»El problema que se propone á Francia es triple: político, social y religioso. Trátase de asegurar la mejor organizacion para colocarla nuevamente en vias del progreso, resolver la cuestion del trabajo, formar la educa-

cion moral, intelectual, económica de esta numerosa clase que el tiempo ha hecho entrar en la razón social. Trátase de establecer por medio del sentimiento religioso la noción de un deber común y el deseo de cumplirlo.

»En cuanto al problema político, ya he dicho que M. Renan busca la solución en la vuelta á lo pasado. Del problema social nada dice. En cuanto al religioso cree resolverlo por medio del compromiso mas extraño, y añadiré, mas inmoral que pensador alguno ha imaginado. Dirigiéndose á la iglesia, la dice:

«En cierto grado de cultura intelectual, es para muchos imposible la creencia en lo sobrenatural. No les obligueis á que carguen con una losa de plomo. No os mezcleis en lo que nosotros enseñamos ó escribimos, y *no os disputaremos el pueblo*; no nos disputeis nuestro puesto en la universidad, en la academia, y *os abandonaremos por completo la enseñanza de los campesinos*.

»Libro que contiene tal frase ¿cómo puede titularse *Reforma intelectual y moral*? Libro que proclama de tal suerte una moral doble que dice: «concedednos á nosotros los sabios la verdad, dejad al pueblo en el error:» libro que admite fraternidad activa entre hombres creyentes en la doctrina de Jesucristo y hom-

bres adictos á la doctrina del progreso; entre los que esperan en la *gracia* y los que creen en la justa retribucion de las acciones humanas; entre los que consideran la tierra teatro fatal del pecado y los que ven en ella una etapa en el camino del eterno ideal; que este libro lleve semejante título es para mí incomprensible. Podrá ser esta la doctrina monárquica, pero nunca será la nuestra.

»Continuemos siendo republicanos y apóstoles de nuestra fe para el pueblo y con el pueblo. Respetemos el genio, pero á condicion de que, como el sol, esparza su luz, su calor y su vida sobre las masas. La verdad es la sombra de Dios en este mundo, y quien procura monopolizarla es tan matador del alma como quien, oyendo los gritos de un moribundo á quien podria socorrer pasa adelante, es matador del cuerpo. La inteligencia, como todos los dones de Dios, ha sido dada al hombre para el bien general; quien ha recibido doble parte, ha recibido tambien doble obligacion de contribuir á él.

»Nuestra vida deberia ser un apostolado incesante de palabras, obras y ejemplos en pro de lo que creemos ser la verdad. Quien no ejerce este apostolado, niega la unidad de Dios y de la humanidad. Quien desespera de la inteligencia del pueblo, falta á la historia, en

la cual vemos que siempre el ignorante acoge con la lógica del corazón las nuevas verdades de la religion.

»Verdad es que el pueblo en Francia y en otros puntos está hoy extraviado y pervertido por los demagogos que especulan con la credulidad de unos y la ignorancia de otros; por los apetitos materialistas, por la exajeracion de principios verdaderos en sí mismos y por las ideas dominantes de la antigua revolucion, legítima en su tiempo respecto á la injusticia que combatia, y que para Francia continúa siendo promesa de nueva era.

»Pero, ¿no estamos acaso en un período de transicion? ¿No se encuentran los mismos errores en otros períodos análogos? ¿No se disiparán pronto estos errores, permitiendo á la idea, á cuyo alrededor se habian amontonado, brillar con el puro resplandor de una luz bienhechora? La hora que precede al alba, ¿no es acaso siempre la mas oscura, lo mismo en el cielo de los espíritus que en el cielo físico? ¿Es conveniente, por despecho contra los vapores que lo envuelven, maldecir del astro del dia? Permanezcamos fieles á nuestra fé republicana; luchemos por ella, con la conciencia serena aunque entristecida, rechazando á la vez la calumnia y el menosprecio, la exajeracion y la ingratitud,

el error y el mal. No abandonemos la verdadera fé bajo pretexto de herejía. Respetemos las ruinas de cuanto ha sido grande en lo pasado; pero sin que este respeto nos detenga en nuestro camino. Símbolo son de la vida de la humanidad nuestra madre, pero el porvenir está mas allá. Las pirámides son imponentes, pero inmóviles; son tumbas. Para nosotros, viajeros «en el vasto Océano del sér,» la consigna es el deber, la condicion de la existencia el movimiento.

III.

«Y basta ya con respecto á los errores que contiene el libro de M. Renan. Siendo á veces tan penetrante y audaz en sus miras, ¿cómo ha podido cometerlos? Familiarizado con la historia, debia haber aprendido en ella la ley del progreso y cómo se realiza. ¿En qué consiste que el hombre que declara extinguida la fe en lo sobrenatural cree en el principio monárquico, muerto desde hace tanto tiempo? ¿Por qué esta desanimacion? ¿Por qué aconsejar á Francia el culto de lo pasado, cuando en todo lo demas las miras de M. Renan se dirigen á lo porvenir? El movimiento ascendente de la democrácia es tan cierto para los que lo temen como para los

que lo aplauden; es un hecho europeo que preside las manifestaciones de la vida moderna; la represión es impotente porque, reprimido en un punto, estalla en otro con más fuerza. Cien años de continuo desarrollo revelan una vitalidad imperecedera. ¿Cómo quiere M. Renán que Francia vuelva á los reyes de la Edad Media, al noble de pueblo y al cura de aldea?

»El campo de la democracia está surcado de errores. Le desfiguran y alteran algunas ideas que conducen á inmorales consecuencias y algunas exajeraciones tan salvajes como peligrosas. ¿Por qué no atacarlas? Todos los errores de la democracia contemporánea hacen de la misma fuente, de una falsa dirección impresa á la idea democrática, de una concepción imperfecta de la vida y del mundo. Importa, pues, indicar esta fuente, examinar esta concepción. Otros escritores políticos siguen la misma tendencia de monsieur Renán; pero las anteriores obras de éste le dan una importancia considerable y mis observaciones se aplican con más utilidad á él que á cualquier otro.

»La forma, el lenguaje y algunas ideas secundarias tomadas de nuestra escuela, inducen á algunos lectores superficiales, á atribuirle tendencias espiritualista, y, sin em-

bargo, su doctrina es una emanacion, una variante de ese materialismo que impide reconocer la idea del progreso; idea destinada á ser síntesis y ley religiosa en los nuevos tiempos. El materialismo de M. Renan no es ciertamente el materialismo grosero del siglo XVIII, ni el de los alemanes degenerados de hoy dia; es el materialismo dulce, velado y un poco jesuítico de la escuela hegeliana. Para los sectarios de esta escuela, la verdad existe, pero es relativa, refleja, resulta de la duracion y extension, cualquiera que sea la forma que revista; es legítima en cuanto es la manifestacion del *yo*. El mundo existe, pero solo como una sucesion de fenómenos, siendo nuestra mision estudiarlos y comprenderlos. El ideal existe, pero en nosotros y no fuera de nosotros, y es la forma mas elevada de nuestras nociones de lo bello, de lo justo, de lo útil; es una concepcion, no un fin.

»Todas las cosas existen porque deben existir; el hecho solo de su existencia es su razen de ser. Toda revolucion, todo fenómeno, es á la vez causa y efecto. El bien no existe en sí, ó al menos es inútil é imposible descubrir si existe ó no; pero el hombre lo crea, y habiendo hecho de él la tradicion un elemento histórico considerable, es útil pre-

servar el símbolo y el nombre. Estas son las consecuencias de la concepcion materialista, que solo ve en el mundo una série de fenómenos producidos por la fuerza de la materia, encadenada por un lazo fatal, y constituyendo un movimiento circular, no progresivo.

»El efecto de estas ideas en el método histórico salta á la vista, y explica las miras de M. Renan sobre Francia. Habiendo eliminado todo ideal absoluto y supremo, toda ley providencial, solo le queda el hecho, el fenómeno, para juzgar á los hombres y á las cosas. La realidad móvil, contingente, relativa, toma el lugar de la verdad eterna. Toda concepcion de vida colectiva es imposible. Es el triunfo del análisis, pero del análisis incapaz de ascender al origen de los fenómenos, de agruparlos en clases, de estimar su verdadero valor. La tradicion es el único criterio, el único medio de formar idea del pasado de los pueblos, y este criterio se detiene necesariamente ante los misterios de lo porvenir. La tendencia innata del espíritu humano á ascender de fenómeno en fenómeno, le conduce á reunir las tradiciones y á aleccionarse en lo pasado.

»Una nacion es, para la escuela materialista, la expansion necesaria de un gérmen pri-

mario (ó hecho) que engendra larga série de consecuencias fatales, y de la misma suerte que la semilla contiene la série de manifestaciones que constituyen el árbol, série que forma un círculo, de la misma manera la nacion, cuando las consecuencias del primer impulso de vida que la ha formado están agotadas, no puede renovar su existencia sino volviendo á la fuente de donde ha sacado su primera vitalidad. Si pues, la tradicion revela que tal ó cual nacion, en su primera vida, ha tenido la forma monárquica, la monarquía llega á ser una necesidad para los discípulos de esta escuela. Si se puede probar que la libertad ha llegado á cierto grado de desarrollo bajo el régimen monárquico, resulta para ellos probado que la monarquía es la salvaguardia de la libertad; y si queda establecido que la nobleza se ha opuesto en los tiempos pasados á las usurpaciones de los reyes, señal es de la necesidad de la nobleza para el mantenimiento del equilibrio nacional. El ideal del gobierno de un pueblo consiste en preservar todos los elementos que han contribuido á su existencia en lo pasado y en hacer que vivan uno junto á otro en la mejor armonía.

»Fundándose en esta doctrina, M. Guizot ha proclamado la eternidad, la eterna legiti-

unidad de los cuatro elementos: la teocracia, la monarquía, la aristocracia, la democracia, cuyo sucesivo desarrollo al través de la vida política de los pueblos ha descrito. Por ello también Cousin proclamaba que el secreto de la filosofía consiste en la unión, la fusión de los cuatro elementos, el idealismo, el materialismo, el escepticismo y el misticismo, porque sucesivamente los encontró en lo pasado.

«Hegel decía que las instituciones de Prusia habían llegado á los últimos límites del progreso, y de igual suerte Cousin y Guizot proclamaban la inviolabilidad de la Constitución concedida á Francia por Luis XVIII, donde se encuentran en efecto representados, mas ó menos imperfectamente, los cuatro elementos del pasado.

»El fatalismo—optimista ó pesimista, poco importa—es resultado inevitable de las enseñanzas de esta escuela, y las consecuencias del fatalismo son la justificación del mal, la contemplación sustituida á la acción. ¿Quién condenará el mal, en efecto, si todos los hechos están inevitablemente encadenados por una serie de fenómenos, á la vez efectos y causas, en virtud de ciertas fuerzas de la materia, inmutables porque son inteligentes?

¿A qué luchar contra acontecimientos que les basta serlo, para ser legítimos?

» ¡Cuántos escritores franceses, ingleses y alemanes hemos visto en estos últimos años hacer sabiamente la apología del mal y profanar la austera moral de la historia con la rehabilitación de César, de Sila, de Neron y de Calígula!

» Un espíritu de contemplación muda é inerte, que se contenta con comprender y admirar, ha reemplazado en la mayoría de los pensadores al espíritu de acción que deduce, prevé, transforma. El estudio del pasado absorbe casi todas las inteligencias del siglo. El carácter de casi todas las obras que la imprenta ha producido en nuestra edad es la crítica, y parece que la conciencia de lo porvenir se ha extinguido entre nosotros. El arte se lamenta, maldice ó imita. No conozco ninguna poesía, excépto la de Polonia, que demuestre el sentido de su verdadera misión, el cual consiste en excitar al hombre á la acción.

» El sabio se propone un objeto especulativo, sin aplicación directa al orden de los hechos contemporáneos... El pensador se cree con escaso derecho á la dirección de los asuntos de su planeta, y, satisfecho de esta participación que le cabe en suerte, acepta la im-

potencia sin pesar. *Espectador en el universo*, sabe que el mundo no le pertenece sino como objeto de estudio.

»Estas líneas, escritas por M. Renan en el prólogo de sus *Estudios de historia religiosa*, reasumen perfectamente la situación del espíritu de todos los pensadores contemporáneos. En esta escuela ha adquirido M. Renan no solo sus gustos á la contemplación estéril, sino también su inclinación hacia el extraño remedio que propone á la Francia enferma, el escepticismo que respiran las mejores páginas de su obra, la tendencia á aislar al hombre que piensa, del hombre del pueblo, del vulgo, y ese espíritu de indiferencia religiosa que tan poco se parece á la tolerancia. Las cuestiones que se ha dedicado á tratar con una serenidad impasible, son cuestiones que han costado y costarán todavía á la humanidad lágrimas de sangre. El pensador no tiene derecho á convertirlas en objeto de análisis, de gimnasia intelectual, á permanecer indiferente á su solución práctica, ó faltar, por gustos de estética, al deber más sagrado que al hombre incumbe, al deber de propaganda, al apostolado de lo que considera verdad.

»La inteligencia es el tesoro, el depósito sagrado que Dios confía al pensador, á fin de

que lo distribuya entre sus semejantes. Aristófanes y Sócrates, el acusador y la víctima, tienen respectivamente *su razon de ser* (1), pero á condicion de que condenemos la memoria del primero y elevemos un altar en nuestros corazones en honor de Sócrates mártir. La tiranía tiene tambien á veces *su razon de ser* en la concepcion de un puebló, en la sustitucion del egoismo á la religion del deber; pero las almas honradas están obligadas á encender la llama de la virtud, á excitar á la resistencia, á esgrimir la pluma y la espada contra la tiranía y los tiranos; el mal es el instrumento ciego, inconscienté del progreso en el mundo, pero solo á condicion de ser combatido, acosado, eliminado poco á poco. Estamos en esta tierra, no para contemplar, sino para trasformar á la criatura, para fundar, en cuanto de nosotros dependa, «el reino de Dios en este mundo,» no para admirar los contrastes del universo. Bajo la contemplacion, lo que frecuentemente se oculta es el egoismo. Nuestro mundo ño es un espectáculo, es un campo de batalla donde todos aquellos que aman lo justo, lo bello, están obligados á ocupar su puesto; co-

(1) Esta frase es toda completa de monsieur Renan.

mo capitanes ó como soldados, como conquistadores ó como mártires.

»Tengo gran necesidad de consignar estos principios en mi patria, donde los espíritus recién salidos de las tinieblas, del silencio y de la inmovilidad, tienen, mas que en ninguna otra parte, sed de nuevas doctrinas, son poco capaces de comprender los peligros, forman juicios precipitados y están muy dispuestos á prendarse de cuanto tiene un exterior bello ó apariencias de audacia.

»La escuela á que pertenece M. Renan ha desviado desde M. Guizot los estudios históricos y pervertido la inteligencia de lo pasado, contribuyendo poderosamente á entorpecer el sentido moral y á debilitar el espíritu de accion, que es el único lazo entre el pensador y el hombre del pueblo. Esta escuela confunde la historia de la ciencia política y de la filosofía con la ciencia y la filosofía en sí misma, la vida con alguna de sus pasajeras manifestaciones; las ideas con los instrumentos destinados á hacerlas prevalecer en la realidad. Es la negacion del progreso, porque el progreso es una revelacion continua de la libertad humana, que es la eleccion *responsable* entre el bien y mal; de la moral que absuelve ó condena; de la historia que trascribe y conserva los juicios de la moral.

»A esta escuela, nuestra escuela italiana, si tenemos alguna, opondrá las sencillas pero fecundas afirmaciones siguientes: Toda existencia tiene un fin. La vida humana, con la conciencia del suyo, tiene la misión de cumplirlo y marchar sin cesar hacia adelante, librando eterno combate á los obstáculos que obstruyen su camino. El ideal no está en nosotros, sino fuera de nosotros, no siendo creación del hombre y descubriéndolo poco á poco la inteligencia. La ley que preside este descubrimiento se llama progreso. El método, por el cual se realiza este progreso, es la asociación, la asociación de todas las fuerzas y de todas las facultades humanas. La Providencia nos ha dado tiempo y espacio para realizar este ideal, y en él está el campo de la libertad y de la responsabilidad para cada uno de nosotros. Tenemos que elegir entre el mal, que es el egoísmo, y el bien, que es el amor, el sacrificio. Habiéndonos concedido Dios la facultad de escoger, de descubrir el camino del progreso, las instituciones sociales tan solo son medios por los cuales trasformamos nuestro pensamiento en acción, para realizar los designios de la Providencia.

«Las obras colectivas exigen la división del trabajo. La diversidad de naciones es

una consecuencia de esta necesidad. Cada nacion tiene mision especial y actitud particular que la induce á realizarla. Este es el signo. Cada nacion es uno de los obreros de la humanidad que para el bien general trabaja. Las naciones que descuidan el cumplimiento de su mision propia, que se abandonan al egoismo, caen y entran en un período de expiacion proporcionada á su error, á sus equivocaciones. Lo mismo para las naciones que para la humanidad, las fases de la educacion sucesiva se llaman épocas. Cada época revela una parte del ideal, un rasgo de la divina idea. La filosofía prepara las vías de este descubrimiento; la religion santifica despues é impone como deber la nueva idea, la política la traduce en hechos en la vida práctica, y el arte la simboliza.

»La *iniciacion* de una nueva época ó proclamacion de un nuevo principio, se verifica por medio de una revolucion. El desarrollo pacífico de este principio constituye la época que comienza.

»Durante la evolucion adoptan y emplean las naciones diversos instrumentos, distintas herramientas. La monarquía, la nobleza, la teocracia, son otros tantos instrumentos que se cambian segun los tiempos, segun los mayores ó menores servicios qu

pueden prestar, hasta que el pueblo entero, llegando á comprender completamente el principio y a simulándose á él, se convierte en su intérprete ilustrado y progresivo.

»Las revoluciones son á los pueblos y á la humanidad lo que la instruccion es al individuo.

»De esta suerte se divide la tradicion de un pueblo en períodos, señalado cada uno de ellos por una revolucion que crea un instrumento, en lugar del antiguo usado ya. Esta tradicion no se puede conocer á fondo sino por el estudio de uno ó dos períodos. El período nuevo debe en efecto tomar del pasado los elementos que le han sido útiles y no están en desuso. Gracias únicamente á este estudio de toda la tradicion, podremos escoger con provecho los materiales del porvenir.»

IV.

Tales eran, pues, las ideas de Mazzini, en punto á la cuestion intelectual y moral, ocho dias antes de morir.

No hemos leído otro escrito mas didáctico y acabado que este, criticando al libro de M. Renan. Sin aceptar nosotros por esto todas las ideas aquí expuestas por Mazzini,

hemos de pasar sin hacer ni tan sola una consideracion sobre ellas. Porque no es nuestro propósito hacer aquí la crítica del estudio de Mazzini; que aparte de todo no da en él sino ideas muy abstractas que por lo mismo necesitarian de ser por él mas esplicadas. Pero le defenderemos del ataque que hoy sufren las ideas expuestas por él en la réplica á M. Renan.

Los alemanes, los krausistas, mejor dicho, le denuncian como esclavo de la conciencia, puesto que segun ellos, defendia el cristianismo mas ó menos disfrazado, y militaba entre los que comulgaban en las religiones positivas. Los materialistas, por otra parte, le llaman *místico creyente*, cuando en verdad, y á lo sumo, lo que debieran llamarle era *místico Deista*.

Sucede, pues, á Mazzini en filosofía, lo que le ocurría á P. J. Proudhon en 1860, con los políticos que se disputaban el arte de hacer feliz á los pueblos. El profundo socialista francés se oponia á la unidad de Italia (1),

(1) Proudhon queria mas la Confederacion establecida en la paz de Villafranca que la nacionalidad bajo ninguna monarquía, aun con la del hijo de Carlos Alberto, que es el rey mas demócrata que ha tenido la Italia. A nuestro juicio tenia razon Proudhon.

contra la teoría de las nacionalidades que Cavour habia aceptado, siguiendo la gran corriente del siglo. A juicio de Proudhon la libertad de Italia se perdía cuando Víctor Manuel reuniese bajo su cetro todos los nueve estados que la componían. Y cuando se habia dicho lo contrario, cuando se venia explicando otra cosa, cuando la revolucion obraba precisamente para lograr lo que Proudhon condenaba, los amantes de la unidad italiana lo excomulgaron, los demócratas lo censuraron y la prensa liberal lo calumnió groseramente. Proudhon volvió por su nombre ultrajado y escribió un nuevo libro, *El Principio federativo*, que sirvió para confundir á sus detractores. El sistema de las grandes descentralizaciones, dentro de un principio federativo que consagraba toda la organizacion de los pueblos al pacto ó contrato social, era el que oponia Proudhon frente al de las nacionalidades que se habian resucitado desde la caída de Napoleon I. Y cuando Proudhon explicó su programa, cuando fundó sus principios en puntos concretos, determinando el *todo* y la *parte* de su federacion, los críticos aplaudieron, los periódicos le felicitaron y el mundo democrático conoció á su maestro que traía la nueva fórmula con que en adelante se habia de comulgar.

Mazzini no ha explicado bien sus ideas religiosas, por eso no hay fundamento bastante para que los críticos le muerdan. En ningun escrito suyo declara que esté con la Iglesia Romana.

Por el contrario, afirmándose en la libertad de conciencia, base de la emancipacion del hombre, sostiene el principio del libre exámen y se hace solidario, con los reformadores modernos, de todas las conquistas que, en punto á ideas religiosas, debemos á los enciclopedistas franceses, si se exceptua la del ateismo, que Mazzini siempre tuvo su Dios, no á la manera de Jersey, que exigia á todos los súbditos americanos que creyesen en el suyo, en Jesucristo; ni como los legisladores del estado de la Pensilvania, que obligaban á todos los ciudadanos á jurar por la fé de una religion que pocos guardaban despues.

Mazzini amaba demasiado la libertad para no conocer cuanto el hombre debe ser para sí y en relacion á los demás. Enhorabuena que se le censure á Mazzini por no haberse consagrado antes de 1848 al estudio de un sistema político que hubiera hecho á Italia mas libre y feliz; pero nunca se le podrá decir, como los krausistas, que era un místico creyente, como significando que creia en la re-

velacion y en la creacion segun] el Viejo Testamento.

Mazzini no queria para su pátria sino la unidad bajo el Gobierno de la república. No sabemos si en otro ensayo que le hubiese tocado hacer, como en 1848, aceptaría el principio federativo, desconocido entonces y explicado despues por Proudhon, que fué el primero que lo formuló. Creemos que sí. Mazzini habia perdido en 1850 todas sus antiguas ideas centralizadoras que tan comun fueron tambien en los hombres de 1793, como en los de 1848. Los primeros llevaban á la guillotina á un rey, creyendo así acabar con la monarquía, mientras decretaban todo género de centralizaciones. Los segundos, expulsaban de Italia al Papa para establecer el reinado de la libertad, y se entregaban á la oligarquía tiránica de los caciques que lograron medrar al barullo de un pueblo que no tenia aun la conciencia limpia para obrar, ni la Cabeza libre para pensar. Visto así, Mazzini nunca es censurable, ni por filósofos ni por estadistas que sean justos y sepan cuanto valia el gran agitador del siglo presente.

Aparte de estas consideraciones, Mazzini era deista, y deista solamente. Pero, qué, los hombres mas importantes de la revolucion y de la enciclopedia francesa, ¿no lo

fueron? Rousseau y Robespierre ¿no tenían su Dios, su Providencia, á la cual confiaban, á la que apelaban para todo lo mas supremo de la conciencia? Errores fueron estos de la época. No todos pudieron perder la fe como Voltaire, ni romper con el presente como Danton. Italia, por otra parte, no es un país donde sus hijos, formados al calor de la tradicion religiosa, educados entre los cuadros de Rafael y los frescos de Miguel Angel, puedan olvidar tan pronto el eco que arrulló la cuna de su infancia. Mazzini, pues, era deísta porque debía serlo, porque en su idiosincracia no cabia otra cosa, y apelaba á la Providencia, y recordaba á Dios, sin que por esto pudiera llamarse ni católico, ni tal vez cristiano. Consignemos estos hechos para esclarecer la verdad, y que siempre sea así Mazzini conocido de la historia tal como era y nada mas.

CAPITULO VII.

LA MUERTE DE MAZZINI.—DOS SESIONES DE LA CÁMARA DE ITALIA.—EL CADÁVER DE MAZZINI.—FUNERALES EN ROMA.

I.

La muerte de José Mazzini fué un golpe fatal para la causa de la revolucion de Europa.

El ilustre génio cierra sus ojos al mundo cuando España era aún presa de la monarquía extranjera, cuando Portugal se agita en los primeros síntomas de una revolucion pronta á estallar, y finalmente, cuando la corona de los príncipes de Saboya tiembla sobre las sienes del hijo de Cárlos Alberto.

Un poco de vida mas, y Mazzini consigue ver coronada su obra revolucionaria que comenzara en 1848.

Pero la fatalidad no ha permitido tanto bien.

Mazzini muere cuando comienza á realizarse su inmortal obra.

Italia llora aun á su primer hombre.

II.

En la Cámara de los diputados de Italia se vió claramente las simpatías que gozaba Mazzini en su misma patria.

Las manifestaciones del Congreso italiano eran una muestra de que el nombre del gran revolucionario se tenia como recuerdo santo de la patria de Petrarca, siquiera por cuanto habia trabajado por libertarla y regenerarla.

El día 11 de Marzo de 1872, á las dos y media de la tarde, el presidente de la Cámara de diputados, al declarar abierta la sesión, daba lectura á la siguiente *orden del día*:

«Señores diputados:

»La Cámara, conmovida profundamente
»por el anuncio de la muerte de José Mazzini, en memoria de los grandes servicios
»prestados á la causa nacional, expresa su
»profundo dolor y pasa á la orden del día.»

Esta orden del día estaba firmada por una treintena de diputados, entre los cuales citaremos, como mas importantes, á los seño-

res Lázaro, Miceli, La Cava, Chiaves, Farini, Depretis, Crispi, Corrado, Friscia, Fanelli, Morelli y Avezzana.

Apenas se habían leído las firmas, cuando confusamente y en medio de la extremada inquietud de la Cámara, pidieron la palabra Friscia, primero, Morelli, Fanelli y otros muchos despues.

Fanelli (desde la tribuna).—Sres. diputados: Hoy es un día de dolor y luto para la nación entera (*Rumores á la derecha*).

Si, la muerte de José Mazzini es una desgracia nacional (*nuevos rumores*), una pérdida que hiere en lo mas vivo del corazón, del alma á cuantos han dividido con él el amor de la patria y los peligros por la libertad y por la gloria de Italia.

Para nosotros, representantes del pueblo italiano; para nosotros, hijos de la revolución y de la libertad, es un deber sagrado y un derecho ineludible el hacernos solemnemente intérpretes del dolor del país.

Morelli.—Pido la palabra.

Fanelli (Hablando entre los rumores).—Yo propongo, señores, y creo ser el intérprete de todos los patriotas italianos; yo propongo que la Cámara acuerde que, para eternizar la memoria de Mazzini, se coloque una lápida en el Capitolio.

Presidente.—Honorable Fanelli, V. S. habla y no tiene la palabra.

Fanelli.—He dicho.

Morelli.—Pido la palabra (*Vivos rumores en la derecha*).

Presidente (Agitando la campanilla).—Hagan silencio (*Los rumores continúan*).

Morelli (Con acento de desdeñoso desprecio hacia la derecha).—«¡Quantam videre miseriam!»

Paternostro.—Entre los rumores declara se adhiere á la órden del día leída por el señor presidente. Multitud de diputados hacen lo mismo. Desde las tribunas públicas se oyen vivas á Mazzini.

Presidente.—Yo creo que la órden del día presentada espresa clara y terminantemente un sentimiento de aflicción, al cual pueden asociarse los diputados de todos los partidos, sin escrúpulo alguno.

Voces.—¡Sí! ¡Sí!... ¡No! ¡No! (*Grande tumulto*).

Presidente.—Se va á leer la órden del día (*El Presidente la leyó*).

Voces.—¡Bien! ¡está bien!... ¡Es poco!... (*Muchas voces*).

El presidente.— La pongo á votación..... quien la apruebe que se levante.

Todos los diputados presentes (cerca de 170) se levantan como movidos por un resor-

te; solo el honorable Lanza, con una pierna sobre otra, permanece frio é impasible en su asiento.

Las miradas de las tribunas se clavaron en él, y sus compañeros de Parlamento trataban de disculpar al viejo diputado que en aquellos momentos patrióticos disentia así de la voluntad de la Cámara.

En la sesion del dia 14, celebrada tambien bajo la presidencia de Bianchieri, despues de aprobada el acta de la anterior, dijo:

Machi.—Señores diputados: pido la palabra para presentar una peticion del gran maestro de la Fraternidad artesana de Florencia. Machi leyó...

(En esta peticion la *Fratellanza* exhorta al Parlamento á deliberar sobre que los desposjos de José Mazzini sean colocados en Santa Cruz, donde se encuentran los de otros grandes é ilustres italianos).

Pido á la Cámara la urgencia para esta peticion, ya que viene de una sociedad patriótica y lleva por objeto honrar la memoria del grande hombre en quien la Cámara reconoce, con la órden del dia votada por unanimidad, el dia 11, sus altísimos títulos al reconocimiento nacional; por otra parte dejo enteramente á la Cámara que decida si los restos del ilustre José Mazzini deben quedar-

se en Génova, cerca de la tumba de su madre, conforme con el deseo que Mazzini mismo manifestó en vida, ó bien si deben trasladarse, como sin duda alguna es de ello digno, al panteon de las glorias italianas.

Frischia.—Aprovecho la ocasion para declarar que el otro dia, cuando no me fué permitido hablar, intentaba expresar el mismo pensamiento que la sociedad artesana de Florencia.

(La urgencia de la peticion se declara por unanimidad).

No acordó la Cámara que el busto de Mazzini fuese colocado en el Capitolio en el salon destinado á contener los retratos de los italianos ilustres; mas el pueblo romano lo acordó así por su propia cuenta y en la tarde del domingo 17 de Marzo fué llevado su busto en procesion, con gran aparato, al Capitolio, donde lo recibió una comision del municipio romano, al grito de: *¡Viva el ilustre libertador de la patria! ¡Viva Mazzini!*

III.

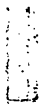
El cadáver de Mazzini, despues de la inhumacion simulada en el cementerio de Génova, le fué confiado al profesor Gorini,

que se encargó de su petrificación completa en un plazo de ocho meses.

Conservar los cadáveres perpétuamente, dándoles las apariencias de la vida, ha sido en Italia objeto de constante investigación para una porción de sábios. Puede decirse que es un estudio especial de aquel país desde hace siglos, y que, al decir de Mr. Julio de Precy en la *Liberté*, ha dado resultados increíbles.

Segun el citado escritor, el profesor Gorini posee un museo de cadáveres y piezas anatómicas de las mas curiosas que dice aquel haber visitado. Ciertas preparaciones momificantes dan á los cadáveres la extraña propiedad de recobrar todas las apariencias del sueño, despues de una permanencia de algunas horas en el agua, y permiten un sério estudio anatómico. Otras preparaciones dan á los cadáveres la dureza de la piedra y les permiten resistir á la humedad, á las intemperies y á la accion combinada del frio y del calor.

El de José Mazzini, segun la preparacion del profesor Gorini, se conservará eternamente con todas las apariencias de vida.



IV.

El pueblo italiano, siempre consecuente con el que tantos sacrificios hizo por dar la unidad á la patria, ha celebrado respetuosamente la muerte de su libertador, y hasta en la misma Roma ha tenido lugar una grande manifestacion, especie de ceremonia fúnebre, en honor de Mazzini. El dia 17, á las once de la mañana, se dirigió al Capitólio una manifestacion con un lujoso carro en el cual iba el busto del gran revolucionario. Las calles que recorrió la manifestacion estaban adornadas con colgaduras en los balcones, crespones negros y coronas fúnebres. La concurrencia era numerosísima.

Estos rasgos nos enseñan el vivo amor que profesaba la Italia entera al gran revolucionario del siglo XIX.

CAPITULO VIII.

UNA CARTA DE GARIBALDI.—CONATOS DE NUEVOS TRASTORNOS.—LA FUTURA ITALIA.

I.

Cuando algunos capítulos de este libro publicábamos en Julio de 1872, en varios artículos que reprodujo la prensa española revolucionaria, y algunos otros periódicos de Italia y Portugal, quisimos conocer la verdad histórica que encerraban nuestras consideraciones sobre Mazzini y el movimiento revolucionario de Italia, y remitimos al ilustre general Garibaldi los periódicos que insertaron nuestro desaliñado trabajo. El desterrado en Caprera, el herido en Aspromonte, nos dirigió la siguiente carta, que demuestra bien claramente el entusiasta recuerdo que Garibaldi guarda por el gran revolucionario:

«CAPRERA 10 de Octubre de 1872.

»Sr. D. Nicolás Díaz y Perez.

»Mi estimado amigo: Vuestros escritos sobre la vida de Mazzini me han venido á re-

»recordar mis trabajos de ayer, mi obra de
»siempre. He sufrido mucho repasando vues-
»tras reseñas, y parece veo á Mazzini desde
»1832 á mi lado, comenzando la obra que por
»él solo se ha realizado, en su primera parte,
»con la unidad italiana, y que pronto se ter-
»minará, con el establecimiento de la repú-
»blica en Roma, fundamento de la república
»latina á que aspiramos todos los hombres
»que amamos la democrácia.

»Sus artículos sobre Mazzini me recuerdan
»tambien que la libertad no puede buscarse
»allí donde vive la monarquía, y el ultra-
»montanismo impera.

»Destruyamos á los tiranos de Europa; pro-
»clamemos la república universal y no olvi-
»demos que los pueblos del Mediodía, como
»los del Norte, pueden vivir juntos bajo una
»confederacion que les permita velar por sus
»íntimos intereses. De este modo continua-
»remos la obra del inolvidable Mazzini.

»De V., siempre afectísimo amigo, *J. Ga-
ribaldi.*»

II.

Los justos deseos del ilustre general ita-
liano se realizarán muy pronto, y la obra
de Mazzini la veremos consumada antes de

muy poco tiempo, para bien de la libertad.

Los políticos mas profundos de Italia anuncian desde Bolonia á *El Gaulois*, que el gran partido llamado de accion ha terminado la organizacion del movimiento repúblicano que hace tiempo se venia preparando en todas las antiguas capitales de Italia. Todo está dispuesto: hombres y armas. Cuando los revolucionarios crean llegado el momento oportuno, estallará el movimiento contra Víctor Manuel al grito de viva la Italia federal. El Gobierno de Víctor Manuel, que logró desbaratar el complot socialista del Coliseo, ha tenido que prevenirse contra las tentativas de los revolucionarios dispuestos á derribarle.

Tambien dicen de Roma á *El Gaulois* que se ha formado allí un partido llamado de la abdicacion del rey. Susurrábase que el príncipe Humberto estaba al frente de él, pero no habia de ello la menor prueba formal.

Pronto, muy pronto, la causa de la libertad triunfará en toda Europa sin que pueda estorbarlo ni los manejos jesuíticos de los clericales, ni el juego de la política alemana, que hoy viene interviniendo en todo. Que esto es una verdad innegable, nadie lo disputará; y por lo que hace á Italia, los últimos sucesos del día 8, ocurridos en Rímíni, atestiguan

claramente que el germen revolucionario está vivo en Italia, aunque aparentemente las manifestaciones del Gobierno tiendan á negar todos los síntomas revolucionarios.

Las proclamas del comité revolucionario-social de Italia, haciendo un llamamiento á las clases proletarias y pidiendo la insurrección de todos los obreros, ha dado resultados. El Gobierno de Víctor Manuel, por su parte, se conforma con desvirtuar los sucesos de Rímini, mientras hacía publicar en la prensa ministerial de Florencia los siguientes telegramas á mediados del año anterior:

«ROMA 8 de Agosto.—Los delegados de las diversas sociedades políticas, mas ó menos secretas, presos el domingo, acusados de complot contra el Estado, mientras celebraban un conciliábulo cerca de Rímini, han sido trasladados al fuerte de Spoleto.

La mayor parte de ellos son de la Romagna. Desde tiempo inmemorial la Emilia viene siendo el foco principal de la agitación republicana y socialista en Italia. Allí pululan las sectas de todos matices. No hay gobierno que no sea combatido por ella.

En 1849 la república romana se vió obligada á enviar á aquella comarca á Orsini (el autor del atentado contra Napoleón), para que, en calidad de comisario de la república,

hiciese entrar en razon á una sociedad de perturbadores políticos.

Otras prisiones y pesquisas se han llevado á cabo en distintos puntos de la Península. Entre los presos hay varios discípulos de Mazzini y algunos individuos de la Internacional; dos clases de agitadores que hasta ahora se habian mostrado cierta aversion entre sí.

Se habian reunido en Rímini para fusionarse, aunque decian que su único objeto era ponerse de acuerdo con motivo de las próximas elecciones.

Es dudoso que con los papeles cogidos haya motivo para una causa; pero la redada hecha per la policia tendrá al menos el resultado de introducir el desorden en el partido avanzado.

La junta liquidadora de los bienes eclesiásticos de Roma ha tomado posesion de 97 casas religiosas, distribuyendo á los exclaustrados cédulas con la renta anual de 984.882 francos, habiendo producido 12 millones los bienes vendidos.

Han sido presos algunos empleados del ferro-carril del Mediodia acusados de complicidad en las tentativas revolucionarias.

Se confirma el próximo viaje del emperador de Alemania á Italia, donde pasará

una pequeña temporada, visitando las principales poblaciones. Italia aprovechará esta ocasion para dar una gran prueba de simpatía al monarca de la nacion, á la cual debe el Véneto y su completa unidad.

Los periódicos ultramontanos pretenden que la conspiracion descubierta en las Romanias es una farsa de la política para asustar á las gentes y obtener el triunfo ministerial en las próximas elecciones.

Las asociaciones disueltas por la policía han protestado contra la órden del Gobierno.

Muchas de ellas estaban bajo la invocacion de Mazzini, y tenian un carácter secreto. Las autoridades se han visto obligadas á violentar las puertas de algunas de las casas donde estaban establecidas. Garibaldi era presidente honorario de muchas de ellas.

Se trata de declarar á Sicilia en estado excepcional en vista de la agitacion que reina en aquella isla.»

Tales son, pues, los detalles que del movimiento iniciado el dia 7 en Rimini, nos dieron los periódicos ministeriales de Italia. La prensa francesa, muy enterada en los sucesos políticos de la córte de Victor Manuel, anuncian estos dias trastornos en Italia, y *Le XIX Siecle* por su parte dice lo siguiente:

«Las cartas y los telegramas de Italia dan

mas gravedad de lo que se supuso al principio á las tentativas revolucionarias de aquel país. Hoy se sabe que los revoltosos consiguieron formar varias partidas armadas en las inmediaciones de Bolonia, cortando el telégrafo y la vía férrea. Perseguidos activamente por la tropa han sido dispersados unos y reducidos á prision otros. La mayor parte de ellos eran obreros.

La energía desplegada por el Gobierno italiano desde los primeros momentos, ha evitado sérios desórdenes y mucha efusion de sangre. En Italia ha tomado grande incremento el partido republicano exaltado, y el Gobierno de Roma se propone seguir una política muy represiva.»

¿Muy represiva?... Tanto peor para él, pues así el pueblo le hará expiar todos los crímenes que ha cometido contra la libertad.

Ne se afianzan las dinastías liberales que, como la de Saboya, nace de la aureola popular y se consolida con el plebiscito, inaugurando una política de resistencia, una dictadura que viene muy mal con los tiempos que corren. Si la democrácia ha sido la bandera con que se ha levantado esa monarquía; si la democrácia ha sido el arma con que ha destronado á ocho soberanos de derecho divino, á ocho seculares monarquías; si la revolución

ha sido la piedra angular que unió á toda la Italia á los piés del trono de Víctor Manuel, éste será siempre esclavo al gran principio popular que redimió á Italia de la tiranía. Y si así no fuese, Víctor Manuel perecerá mas pronto entre el fragor de una lucha tenaz y el anatema de un pueblo que sabe luchar por su independendencia.

Italia no está satisfecha, no puede estarlo bajo el régimen del sistema constitucional que no es bastante, que no puede serlo cuando las aspiraciones del pais van encaminadas á realizar el ideal de la mas perfecta democracia, ideal que no cabe con la monarquía, ni con ninguno de los regímenes pasados. Y que luchará hasta lograr sus propósitos el pueblo italiano, no se puede dudar. Hoy quiere conquistar los derechos individuales y garantizar la inviolabilidad de la conciencia, base de la emancipacion humana. Hacer libre la tribuna, libre la prensa, libre la enseñanza y libre la asociacion; abolir los privilegios y las trabas que hoy matan á la industria y al trabajo; resolver la cuestion territorial y la obrera; derogar la Iglesia oficial y establecer una administracion eminentemente popular. Con esta bandera, el partido democrático de Italia va á todas partes. Animado del espíritu progresivo que mueve á

los demás pueblos latinos; confiado en el triunfo de sus salvadores principios, luchará constantemente hasta que logre el planteamiento de las doctrinas democráticas, que se abren paso por todas partes, desde Rusia hasta Portugal, desde la Servia hasta Suecia y Noruega, los pueblos escandinavos, donde tambien el gérmen de las ideas liberales se siente de una manera poderosa, y toman asiento en sus códigos las doctrinas democráticas que los enciclopedistas franceses, de últimos de siglo XVIII, llevaron á todas partes.

Que el porvenir es de la libertad y que la democracia triunfará sobre las antiguas instituciones, nadie lo pone en duda. Hay una transicion entre lo pasado y lo porvenir, que se marca en todos los actos mas culminantes de estos tiempos.

Los antiguos poderes hereditarios, las instituciones de derecho divino, seculares como todo lo eterno, cedieron el puesto al torrente revolucionario que se inspira en la opinion pública, y apela al plebísquito para transigir con el pueblo.

Esta transicion, en el momento histórico que atravesamos, señala el próximo triunfo de la democracia, el reinado de la santa libertad.

III.

Pero ¿qué porvenir le aguarda á Italia? Hoy no es, como en otros tiempos, la señora del mundo; es solamente el país de los grandes recuerdos, pero de los recuerdos solamente. Harto conocida es la historia de Italia antigua, cuya gloria ha recorrido el universo. Emporio de la civilización romana, dió leyes y mandó sus leñendarios hasta los confines de la tierra, para atar al carro de los cónsules á todos los pueblos del mundo. Bossuet dice «que la idea dominadora de ese gran pueblo era la de libertad, de esta libertad que quiere ver obedecidas las leyes y los hombres, que convierte todos los intereses particulares en el interés comun, que hace considerar la pátria, no como una idea vana y abstracta, sino como una madre bienhechora, poderosa, querida y respetada.» Tiene razon Bossuet. No era para el buen romano el Gobierno la ocupacion ni el interés de unos cuantos; era una cosa pública que afectaba á todos igualmente y en que cada uno tomaba una parte mas ó menos activa.

Como en los pueblos espartanos, el espíritu de nacionalidad dominaba todos los sentimientos y trazaba todos los deberes; y así se

crela que honrar á Roma era respetar y honrar el nombre romano; ofenderla era ofender personalmente á todos. La república, dice Voltaire, era la verdadera familia de los romanos, y así es como en muchos casos se hizo superior á la ley la naturaleza.

Italia cayó cuando Roma, relajada, se prostituyó y perdió su altiva dignidad. El oro, el lujo, corrompió poco á poco aquel pueblo gigante que habia llevado la civilizacion por todas partes. Desenfrenadas una vez la ambicion y la concupiscencia, destruyeron la libertad y desterraron la justicia. Ocuparon otros usos y otros principios el lugar de los antiguos y todo cambió de faz. Los particulares se hicieron más opulentos que la república; el descanso fué preferido á los peligros, el placer al trabajo, los juegos y los espectáculos á los ejercicios del cuerpo. Pervertidas así las costumbres, los romanos se acostumbraron finalmente á la servidumbre, y aquella inmensa grandeza cayó derribada ante la corrupcion universal, para acomodarse al yugo de los bárbaros. Y la Italia que habia sido la cuna de las grandezas del pueblo romano, pasó desde entonces por todo género de vicisitudes, sufriendo el yugo de mayor número de dominadores, pues desde la caída del imperio hasta los tiempos pre-

sentes todos los déspotas han tenido derecho á mandar sobre ese pueblo que llena la historia del mundo con sus pasadas grandezas.

En cuanto al antiguo reino de Nápoles, despues de pertenecer á los romanos, á los griegos y á los sarracenos, fué conquistado en el siglo XI por los caballeros y peregrinos normandos que acaudillaba el déspota Roberto Guiscard, los cuales obtuvieron igual triunfo en Sicilia. Esta parte de la Italia perteneció despues á los alemanes y mas tarde á los franceses, cuyo rey Cárlos de Anjou, lo obtuvo del Papa. En 1282, el dia de Páscoa, al sonar las vísperas, sus poseedores fueron degollados por los aragoneses que se apoderaron del país. Esta sangrienta matanza, cuyo recuerdo nos llena de horror todavia, es la que se indica con el nombre de *Vísperas Sicilianas*. La corona de Nápoles, despues de ceñir la frente de varios soberanos, fué devuelta en 1815 al hijo de Cárlos III, su antiguo poseedor. La Cerdeña, Parma, las Dos Sicilias y los demás estados de la Italia han corrido las mismas desgracias que Nápoles. Pero sobre todo Roma, que ha sufrido los horrores de la dominacion pontificia. Cuarenta y una vez las tropas extranjeras han tenido que ocupar la Italia para sostener las tradiciones del papado, y otras tantas veces

el pueblo italiano ha tenido que reconocer su impotencia para luchar por la independencia de su patria.

En 734 los franceses, guiados por Cárlos Martel, vienen á Roma llamados por Gregorio III.

En 756 otra vez los franceses invaden el territorio pontificio llamados por Estéban II y mandados por Pipino.

En 776 nueva intervencion francesa al mando de Cárlo-Magno, llamada por Adrian.

En 779 el mismo Carlo-Magno restaura á Leon III.

En 872 pasa á Roma otra expedicion francesa á las órdenes de Cárlos el Calvo, llamada por Juan VIII.

En 877 el mismo Papa llama de nuevo á los franceses.

En 879, cuando el emperador Basilio, el mismo Papa llama á los griegos.

En 891 el emperador Arnolfo envia á los alemanes á peticion del Papa Formoso.

En 894 se repite igual expedicion con el mismo Papa.

En 956 Juan XII llama á los alemanes, en el reinado de Otton I.

En 964 el mismo Otton es llamado por Leon VIII.

En 967 es tercera vez llamado por Juan XII.

En 985 Otton III interviene á petición de Gregorio IV.

En 997 se repite la misma intervencion.

En 1013 es llamado Enrique II de Alemania á petición de Benito VII.

En 1060 Nicolás II llama á los normandos.

En 1084 el normando Guichardes es llamado por Gregorio VI.

En 1130 Lotario II de Alemania es llamado por Inocencio II.

En 1137 se repite la misma expedicion á Roma.

En 1150 Federico Barba-Roja es llamado por Eugenio II.

En 1261 otra intervencion francesa al mando de Cárlos de Anjou, á petición de Urbano II.

En 1272 Rodolfo de Alemania es llamado por Nicolás III.

En 1309 Bonifacio VIII llamó á Cárlos de Valois.

En 1320 los alemanes llegan á Roma á petición de Juan XXII.

En 1351 Inocencio VI, llama á sus Estados á Cárlos IV de Alemania.

En 1386 Luis de Hungria viene á Roma por mandato de Urbano VI.

En 1411 Segismundo de Alemania es llamado por Juan XXIII.

En 1479 Sixto IV llama á los turcos.

En 1487 Carlos VIII de Francia es llamado por Inocencio VIII.

En 1499 son llamadas por Alejandro VI las tropas francesas.

En 1500 se repite la misma expedicion á Roma.

En 1508 el mismo Papa llama á sus Estados á los austriacos y franceses.

En 1511 el mismo llama á los ingleses y españoles.

En 1520 Carlos V es llamado por Leon X.

En 1521 el mismo Papa llama á los soldados ingleses, españoles y austriacos.

En 1525 otra vez es llamado Carlos V por el Papa Clemente VII.

En 1831 los franceses y austriacos son llamadas por Gregorio XVI.

En 1849 Pio IX pide amparo á los franceses, austriacos y españoles.

En 1860 el mismo Papa pide auxilio á los legitimistas franceses, irlandeses y belgas.

En 1867 el mismo, llamó de nuevo á los franceses.

En resumen: para sostener hasta el siglo XIX el poder temporal y la autoridad de los Papas, ha sido preciso que las naciones extranjeras enviaran cuarenta y una intervencion á Italia, clasificadas así:

Alemanas.....	14
Francesas.....	13
Españolas.....	3
Normandas.....	2
Griegas.....	1
Húngaras.....	1
Turcas.....	1
Austro-Franco.....	1
Anglo-Hispano.....	1
Hispano-Anglo-Austro.....	1
Franco-Austro.....	1
Austro-Hispano-Franco.....	1
Irlan-Belga.....	1

Total..... 41

Tales son los datos desconsoladores que nos presenta la estadística con respecto á la historia del poder temporal de los Papas. ¿Qué otro pueblo del mundo ha sufrido lo que Italia? Unida hoy como un solo hombre, agrupada en torno de Roma, su porvenir es ya otro, es el porvenir de los pueblos libres. Por la idea democrática luchó bajo la voz de Mazzini; por la idea democrática venció con Garibaldi; por la idea democrática redimió á Roma, y por la idea democrática será grande y feliz. El porvenir de Italia está en la libertad. A medida que vaya conquistando los derechos populares, y cuando su soberanía le

pertenezca de derecho , Italia será grande, y, como otras veces, poderosa y feliz. Hoy puede decidir la suerte de los pueblos latinos. Haciéndose republicana como Francia, republicana será Portugal y España, y así formar todos los pueblos del Mediodia los Estados confederados de la Europa latina. ¿No era esto lo que Mazzini intentaba, desde 1865? ¡Quién sabe! Aun la obra del gran revolucionario puede realizarse, y nosotros gozar de los bienes que traerá en sí una federacion necesaria á los altos intereses sociales de la humanidad.

CAPITULO IX.

UNA CARTA CRÍTICA SOBRE LA ITALIA DE
JOSÉ MAZZINI.

Sr. D. Nicolás Diaz y Perez.

Mi estimado y distinguido amigo: Ha dado usted á la estampa un libro excelente, un libro bellísimo, algo mas que esto, un libro consolador.

Porque en estos dias sombríos, amigo mio, todo lo que contribuye á levantar el alma del pueblo, abatida por el desengaño, por amargas decepciones, por súbitas ruinas de lo que se creia mas firme en la conciencia humana, todo libro que se propone separar la nube que enlutece á los ojos del pueblo la faz divina de la democracia, todo libro que tiende á señalar á los que sufren abajo en los abismos sociales las radiaciones, que se dilatan

arriba, en las cimas del ideal, todo libro que muestra la estrella del progreso resplandeciente al través de la bruma de lo presente, es, cualquiera que sea su mérito como obra del arte, un libro bueno, es un libro santo, es un libro eminentemente consolador.

Hubo un tiempo, tiempo de inexperiencia, infancia en que el pueblo aspiraba y esperaba: entonces se le prodigaron á manos llenas esperanzas. Hoy este pueblo, madurado en la reflexion y en la accion, cruzada la frente tempestuosa por los surcos de la duda y del dolor, meditabundo y sobrecogido ante las ruinas que va dejando á su paso, necesita algo mas que esperanzas, necesita consuelos.

Esto nos explica por qué en las épocas de decadencia, por qué en los tiempos en que el nivel moral de los hombres desciende, por qué despues de grandes catástrofes, vienen los historiadores á ocupar el puesto de los tribunos. Porque si el tribuno exalta el ánimo y lo impulsa á romper las barreras que se oponen al progreso, el historiador consuela á los heridos, á los moribundos, á los vencidos en aquellas grandes batallas, demostrándoles que su sangre no se ha derramado en vano, que su agonía no es estéril, que su derrota no es completa, puesto que en los tiempos pasados iguales dolores soportaron otros

hombres en la defensa de otras ideas y en los combates por otros principios. Por eso, en pos de Demóstenes aparece Sócrates; en pos de Cicerón, Tácito; en pos del Dante y de Rienzi, Guicciardini; en pos de Danton, Thiers; en pos de Padilla, Mariana; después del tribuno, el historiador, para consolar, para animar y fortalecer con los relatos del pasado, á los pueblos heridos por los abrojos del presente.

Así, pues, cuando tantas decepciones oscurecen nuestra razón, cuando tantas apostasías nos hacen vacilar en la fé, levantar del sepulcro la visión de un hombre que siempre esperó, que nunca se doblegó, que siempre vivió marchando por la tierra con los ojos puestos en el cielo, es para los que dudan, para los que vacilan y lloran, un espectáculo lleno de sobrenaturales consuelos.

El cristianismo á los que sufren les señala la *vía crucis* salpicada con el sudor y la sangre del Cristo, y allá, en la cumbre árida, la cruz con los brazos abiertos á los dolores del género humano; nosotros á los pueblos extraviados y dudosos debemos mostrarles el camino en que se ven impresas las huellas del mártir y del apóstol, y allá, al fin, su tumba, que ofrece al fatigado un punto de reposo y al creyente un altar.

Debo, pues, felicitar á V.: la tumba de Mazzini inspirará altas enseñanzas y nobles consuelos, tanto para el pensador desconcertado por la brutalidad de los hechos, como para los pueblos que marchan en la noche sin otro guia, sin otro faro, que su instinto.

Muchas veces me ha preguntado V. qué pensaba de Mazzini y de la Italia, como si mi modesta opinion tuviera algun peso en la balanza, en la que ya ha arrojado la suya, decisiva, inapelable, el primero de los publicistas demócratas españoles, el Sr. Pí y Margall.

Y como para vencer mi resistencia á cerrar su bello libro, abierto con tan elocuentes páginas, con algunas otras mias, y como mias pálidas y modestas, me decia V. que la produccion de aquel muy querido y respetado maestro, no tenia otro objeto que presentar á Mazzini en la elevada esfera de las ideas, y que V. deseaba que yo me concretase en breves líneas á pintar esa Italia en que Mazzini ejerció su alta mision de apóstol de la libertad.

He visitado no hace mucho tiempo la encantadora Italia, he bordeado las costas siempre célebres, immortalizadas por los mas altos hechos y habitadas por los pueblos mas ilustres de la tierra.

Permítame V., amigo mio, que inserte aquí algunas líneas que pintan la impresion de embriaguez y de asombro que produjo en mí la maravillosa tierra italiana. Son páginas arrancadas de mi cartera de viaje:

«Bien pronto descubrimos sobre la costa de Sicilia á Mesina, su bahía llena de barcos, su catedral marmórea, sus iglesias bellísimas; y ese aspecto lleno de arte que distingue á las ciudades italianas por la combinacion de lo antiguo y lo moderno y por la armoniosa línea que en general siguen las edificaciones. En el cabo de Rosaculmo, promontorio Celorum de los antiguos, unos pescadores sicilianos tienden sus redes como los pescadores de Teócrito, cuyos idilios tienen una verdad local, que solo se comprende, pasando por frente de Sicilia en una bella mañana de Mayo, cuando las rocas de los cíclopes se cubren de espuma, cuando Scila y Caribdis suspiran dulcemente y los montes se llenan de rebaños y las playas de pescadores. El cuadro no há cambiado desde los tiempos de Teócrito, por mas que los monasterios cristianos se-asienten en las faldas del Etna y una locomotora pase rugiendo por las grutas de Polífemo.

»La isla de Sicilia tiene una naturaleza riente á pesar de la amenaza eterna del vol-

can. Sus valles sombríos, sus cadenas de montañas formando un cortejo al Etna, sus costas pobladas, su cielo azulado, cielo Mediterráneo, como el de España, profundo y brillante; su mar lleno de peligros, el estrecho que la separa de Italia, que parece un punto de vista escogido por Dios para la inspiracion y el amor; Sicilia entera, abierta en el mar, perfumada y colorida, como una gran flor, ofrece al navegante la mas bella de las perspectivas y el mas permanente de los recuerdos, sobre todo si viene, como yo vengo, de las zonas abrasadas donde la naturaleza es unas veces exuberante hasta ser salvaje, como en la India, otras erial hasta parecer muerta, como en Arabia, mientras que Sicilia reúne en admirable armonía todos los lados graciosos y sublimes, rientes y severos de la naturaleza! el Etna coronado de lava y el bosquecillo coronado de azahar; el cráter que vomita fuego, y la fuente que derrama perlas; Scila que ruje y la sirena que canta.»

.....

Hablando de Nápoles decia mas adelante en el libro á que me refiero:

«Recorrimos varias calles desiertas: la ciudad dormia; algunas luces brillaban en los balcones entreabiertos de las altas casas, y nuestros pasos resonaban en el pavimento de

lava como sobre la bóveda de una tumba.

»Mas de una vez pensé que aquella ciudad dormida, podia fácilmente despertarse envuelta en la lava del Vesubio, cuya cumbre amenazadora se velaba en la noche. Destino terrible de Nápoles, que no impide que coma sus *macarroni* y baile su tarantela sobre las ruinas de las ciudades sepultadas, al borde de aquel hermoso golfo, que el Vesubio convier- te de tiempo en tiempo eu un golfo del in- fierno.»

Ante las magnas perspectivas de esta tier- ra, me he preguntado siempre, lo mismo que en medio de las espléndidas creaciones de la naturaleza y del arte en nuestra Alhambra, cómo, bajo un cielo tan sereno, pueden ha- berse deslizado los siglos sobre tantos pue- blos esclavos, sin mejorar su condicion, ni romper su cadena. Vagando por aquel mar bellísimo, fija la mente en la suerte de los mártires italianos, y los ojos fijos en la pláci- da estrella de la tarde, me he dicho con el poeta:

*¡Es un horror para el azul del cielo
Que haya tantos dolores en la vida!*

Nación heroica y noble, presa del extran- jero, objeto de todas las ambiciones euro-

peas, Italia ha sentido sobre su frente la planta de cuantos conquistadores se han levantado en el horizonte de Europa. Pudo un momento esperar su libertad del soldado de la revolucion, de Bonaparte, cuando despues de las guerras de la república francesa, limpio el suelo de Italia de reyes absolutos, proclamada la república en Nápoles, en Roma, en Milan, parecia resucitar en el fondo de la tumba en que el Dante y el Petrarca la habian llorado en versos inmortales.

Pero Napoleon pasó por Italia como un meteoro, y bien pronto la obra de la propaganda republicana se esterilizó al empuje de las restauraciones.

En vano la revolucion llamó veinte veces en cincuenta años al pueblo italiano adormecido. Algunos hombres valerosos acudian al llamamiento del deber, pero el pueblo no respondia unánime, ni el corazon italiano latia con el mismo entusiasmo en Nápoles que en Roma, en Milan que en Venecia.

Era preciso, pues, hacer solidarios á todos los italianos, establecer la fraternidad en la idea y en el combate entre todos los pueblos que bajo el yugo extranjero ó de los reyes absolutos, ni podian entenderse fácilmente al través de las guardadas fronteras, ni estrecharse las manos cargadas de cadenas.

Esta solidaridad, la fundaron las sociedades secretas, el carbonarismo, la masonería. La idea trabajó en la sombra extendiendo subterráneamente al través de toda Italia los hilos de la inmensa red en que debían caer uno en pos de otros los gobiernos que mantenían dividida y esclava á la nación italiana.

El misterioso obrero que realizaba este trabajo, fué Mazzini.

Los esfuerzos que para conseguirlo tuvo que desplegar fueron inmensos.

Usted en su libro los ha narrado para enseñanza de los pueblos que aspiren á conquistarse la libertad y el derecho.

Pero á este gran ciudadano estábale reservada la suerte de todos los que trabajan una idea humanitaria; la de verla triunfante en los últimos días de la vida, cuando la muerte viene á poner término al trabajo del obrero, sin darle tiempo de recoger el premio.

Como Moisés, Mazzini vió la tierra prometida desde lejos, la tierra de la libertad llena de la luz de una aurora nueva.

El pueblo italiano, ingrato y olvidadizo, no comprendió que aquel anciano, firme y sereno, que espiraba oscuramente en el momento mismo en que la patria renacía, era el libertador, era el genio que durante medio

siglo habia vivido en las Catacumbas en que se preparaba el triunfo de la Italia libre.

Italia, embriagada por los brillantes soldados que entraban en la Ciudad Eterna, convertida en capital del pueblo italiano, olvidó al modesto pensador, al filósofo que en su lecho de muerte trazaba páginas tan ardientes y sentidas como las de sus años juveniles, páginas consagradas á levantar el sentido moral de los pueblos latinos.

Mazzini se encontró solo en sus últimos dias, solo con sus recuerdos, fatigados el cuerpo y el alma por la tarea titánica de toda su vida. Cerca de él, otro anciano venerable, su secretario, el poeta demócrata, Maurizio Quadrio, soldado de la libertad como Mazzini, lo acompañaba en sus últimos dias; ambos alegres al ver que la libertad reinaba en Italia, aunque olvidándolos á ellos, sus fundadores.*

Frecuentemente se habla de la melancolía de los grandes hombre olvidados por su patria ingrata; Jesus mismo sintió las tristezas y los dolores del aislamiento, del desamparo y de la ingratitud universal, y este dolor hirió su alma mas hondamente que los tormentos de la cruz y las injurias del pretorio.

Mazzini pareció extraño á este sentimiento de melancolía y de desesperacion. En su le-

cho de muerte no tuvo una palabra de reproche para sus conciudadanos. Murió con la calma de Sócrates, sonriendo inefablemente, confiando en que la historia y la patria al fin le harían completa justicia; no renegó de la humanidad, ni de la libertad que habían sido sus ídolos; trabajó hasta el último momento; bajo la mano de la muerte su voz se dirigía aun á la democracia y murió estóico, impasible; como el sol de la tarde, se hundió en la tumba para surgir al nuevo día en la historia.

Madrid 22 de Marzo de 1876.

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE LIBRO

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	3
Prólogo, por D. Francisco Pi y Margall.	7
Capítulo primero.--Mazzini.--La ané- dota del génio.--Nace Mazzini.-- Su juventud en la prensa.-- <i>Los</i> <i>Carbonarios</i> de Italia.--La propa- ganda periódica de Mazzini. . . .	17
Capítulo II.--La bandera de la unidad italiana. — <i>La Juventud Italiana</i> , Güerrartzi, Cárlos Alberto y Maz- zini.--Las aspiraciones de Mazzi- ni.--Campana del Piamonte; Ro- marius en Novara y la derrota le- jendaria; la anexion de la Lom- bardía al Piamonte y las nuevas derrotas de los mazzinianos.--Ri- casoli, Cavour y Mazzini.	36
Capítulo III.--Mazzini y Cárlos Alber- to.--La Jóven Italia y El «Dio et Popolo.»--La tentativa de Saboya y la derrota de sus planes.--«L' Apostolato Popolare» y «L'Educa- tore.»--Remordimientos de Cárlos Alberto y la intentona de 1844.-- La carta de James Graham y «La Liga para la libertad de Italia.»-- Mazzini, triunviro de Roma.--Los traidores de la república.	67

Capítulo IV.—Mirada retrospectiva.— Italia en 1846-48.—Causas de la reaccion.—Giovane María Mastai Ferretti.—Pio IX.	97
Capítulo V.—Comocion de Europa por los sucesos de 1849.—Italia en 1850.—Preparativos para el des- embarco de Sicilia.—La Legion Ibérica.—Ocupacion de Roma por Víctor Manuel.—Garrido y Mazzi- ni.—Sus ideassobre la solidaridad.	149
Capítulo VI.—La reforma intelectual y moral, segun Mazzini.—Doctri- nas de M. Renan.—Impugnacion de Mazzini.—Dos palabras del au- tor de este libro.	186
Capítulo VII.—La muerte de Mazzini. —Dos sesiones de las Cámaras de Italia.—El cadáver de Mazzini.— Funerales en Roma.	233
Capítulo VIII.—Una carta de Garibal- di.—Conatos de ntevos trastor- nos.—La futura Italia.	241
Capítulo IX.—Una carta crítica sobre la Italia de José Mazzini, por Ra- fael Ginard de la Rosa	257

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS.

- La Marina española contemporánea (1868).**
Literatura extremeña, desde los tiempos de Roma hasta nuestros días.
La reforma de la Iglesia romana.
En alta mar, recuerdos de un marino (novela).
De Madrid á Lisboa, impresiones de un viaje.
¡Bandera negra! leyenda en verso.
La Constitucion de 1869, comentada, anotada y comparada, con un prólogo de Adolfo Joarizti.
El Eucaliptus glóbulus-jigante.— Memoria acerca de este árbol.
Opúsculo de la Historia general de Talavera la Real.
El segnovia jigantea.— Memoria acerca de este árbol.
Memoria acerca del ante-proyecto de la Exposicion universal de Madrid para 1874.
Memoria acerca de la fábrica de calzado de D. José Soldevilla.
Historia de Talavera la Real, villa de la provincia de Badajoz, precedida de las noticias biográficas del autor, por D. Gregorio García Meneses.
Los Jesuitas (traduccion de A. Oliveira Pires.)

PARA PUBLICAR.

La corte de Portugal (continuacion De Madrid á Lisboa).

Del movimiento religioso contra el Papado, con un prólogo por D. Tristan Medina.

El Papado y la Iglesia romana, con un prólogo por G. García Meneses.

Nuevo manual del magnetizador práctico (traducido de A. Regazzoni).

Pintores extremeños.

Los tiempos que se fueron.

Historia general de Badajoz, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, con un prólogo por D. Francisco Diaz y Figueroa.

Recuerdos perdidos.—Coleccion de artículos y poesías varias.

Documentos inéditos de la Inquisicion en Portugal.

EL MUNDO CÓMICO

SEMANARIO HUMORÍSTICO ILSTRADO

Isabel la Católica, número 10, bajo, Madrid.

Esta interesante publicacion contiene chispeantes artículos, anécdotas, cuentos, epigramas, con caricaturas de nuestros mejores dibujantes grabados por distinguidos artistas.

PRECIOS DE SUSCRICION

En provincias: un trimestre 13 rs.: un semestre 26 y un año 52.

Los suscritores por 6 meses recibirán como regalo el album cómico que semestralmente se publica.

En la administracion de este periódico, se hallan á la venta algunas colecciones completas de este interesante y ameno semanario, al precio de 140 rs. en Madrid y 150 para provincias.

Cada coleccion consta de 156 números.

JOSÉ MAZZINI

Este libro se halla de venta en las principales librerías de Madrid; en Badajoz librería de Romero; Cáceres, librería de Giménez; Plasencia, librería de Amor y litografía de P. Sanchez.

Los pedidos al autor, Manzana, 21, tercero Madrid.

HISTORIA DE TALAVERA LA REAL

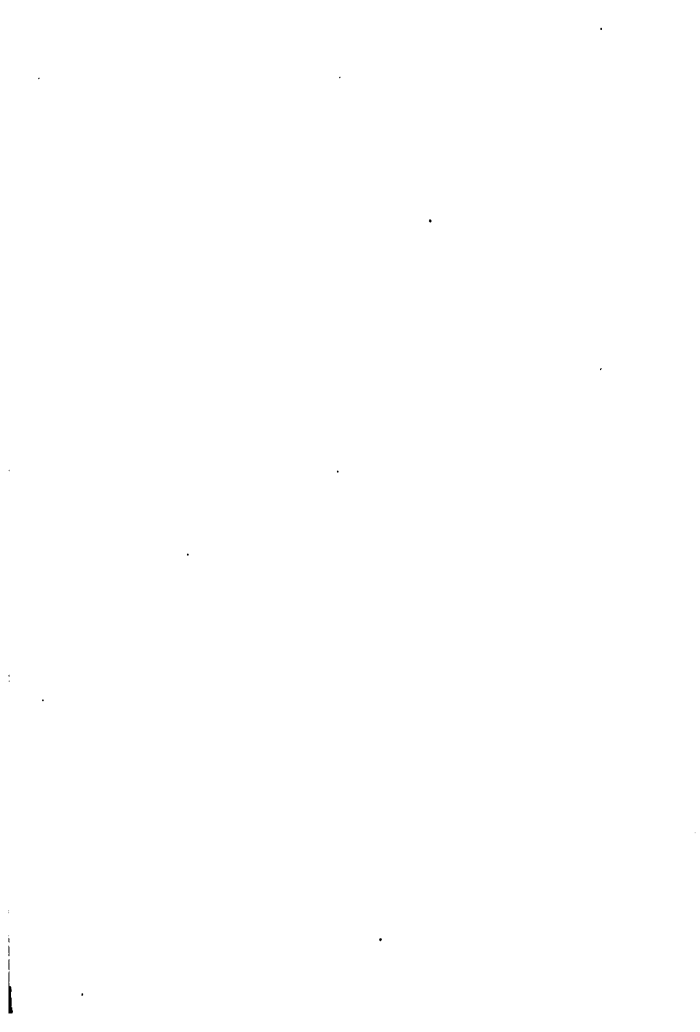
VILLA DE LA PROVINCIA DE BADAJOZ ..

por

D. NICOLAS DIAZ Y PEREZ

*individuo de la Academia Española de
Arqueología, etc.*

El autor ha escrito una importante monografía de la Evandriana Túrdula de nuestros primitivos pobladores y presenta la historia de este antiguo pueblo céltico desde su origen hasta nuestros días, con datos inéditos, inscripciones, monedas y objetos antiguos, como fósiles, piedras y restos aparecidos en las excavaciones practicadas por él en 1870. Al final se dan varios apéndices, todos á cual mas importantes. Es el único libro escrito sobre la Historia de Talavera la Real. Se remite á provincias á los que acompañen al pedido 30 rs. por cada ejemplar en pasta, papel vitela, con el retrato del autor en fotografía. En Madrid, 26 rs. Los pedidos al autor, Manzana, núm. 21, tercero, Madrid.





This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

